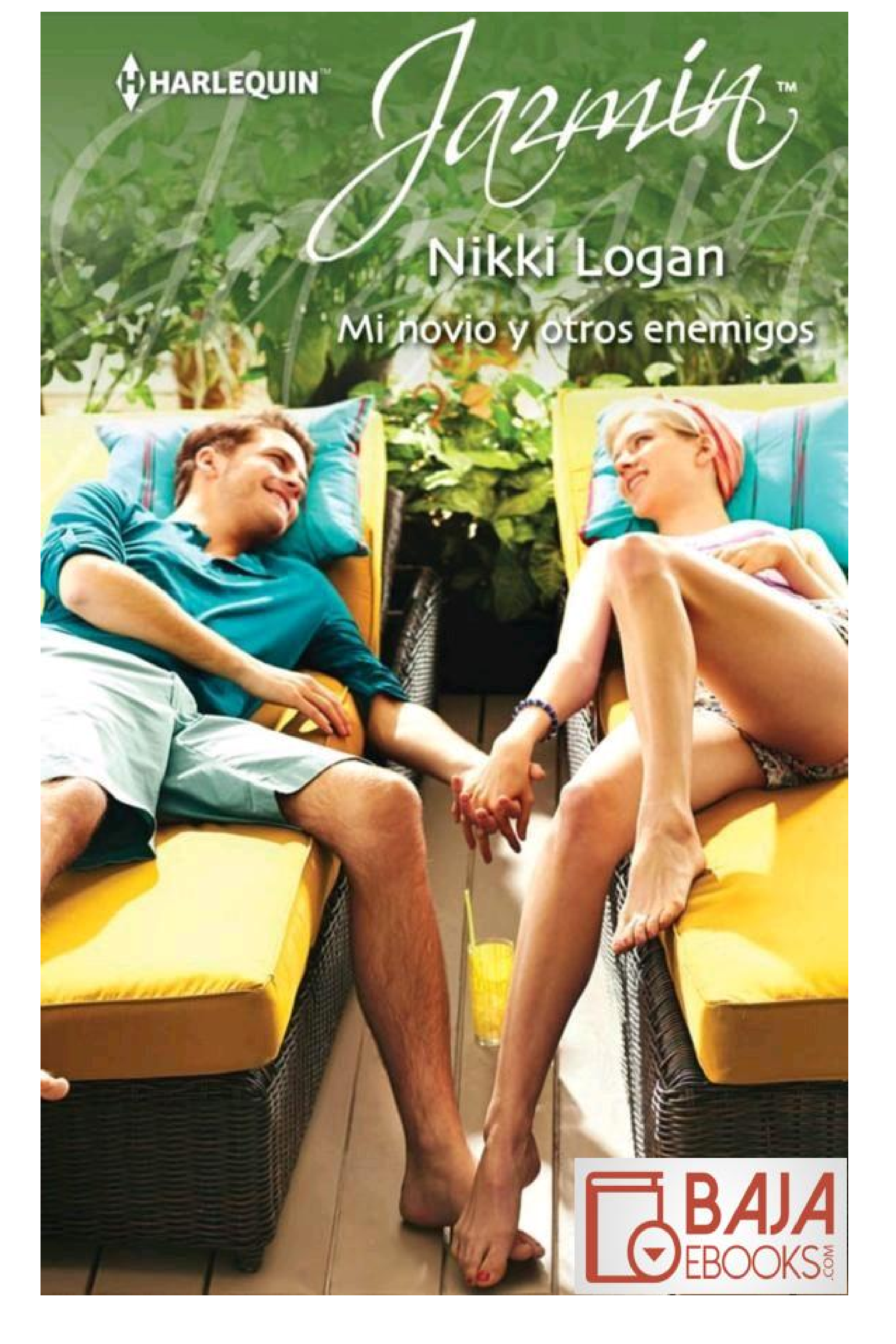

HARLEQUIN™
Jazmín™
Nikki Logan
Mi novio y otros enemigos
BAJA EBOOKS .COM



Nikki Logan

Mi novio y otros enemigos



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Mi novio y otros enemigos, n.º 2542 - marzo 2014
Título original: My Boyfriends and Other Enemies
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4125-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Tash Sinclair miró al guapo hombre de cabello entrecano que charlaba con un acompañante más joven, al otro lado de la ajetreada cafetería. El azul eléctrico del puerto de Freemantle se extendía tras ellos. Tendría que haber estado concentrada en el hombre mayor, Nathaniel Moore era la razón de que estuviera allí, pero no podía dejar de mirar al hombre modestamente vestido que se sentaba frente a él.

No estaba tan curtido como Moore y, en vez de más de cincuenta años, tendría unos treinta, como ella. Algo en él captaba su atracción cuando menos podía permitírselo.

Se obligó a volver a mirar al hombre mayor.

Nathaniel Moore parecía relajado, casi despreocupado y, por un momento, Tash dudó. Estaba a punto de lanzar una granada contra esa serenidad. No sabía si era correcto. Pero, en cierto modo, se lo había prometido a su madre.

El hombre joven hizo una seña al camarero para pedir más café y el suéter verde musgo se tensó sobre sus anchos hombros. Tash se obligó a seguir mirando a Nathaniel Moore.

No era difícil ver lo que había atraído a su madre hacía treinta años. El ejecutivo tenía un cierto aire a Marlon Brando. Además, Tash tenía docenas de diarios, décadas de recuerdos y reflexiones que detallaban esa atracción. Adele Porter, que había recuperado su apellido de soltera después de que Eric Sinclair la abandonara, había expresado sus sentimientos en sus diarios desde el día en que su divorcio se hizo efectivo.

Tash volvió a estudiarlo. Su madre había muerto amando a ese hombre y él, por lo que había leído y según rumoreaba la familia, había correspondido al amor de Adele.

Sin embargo, habían estado lejos el uno del otro la mayor parte de su vida.

No habría pensado en leer los diarios, en buscarlo, si no hubiera sido por el mensaje que él había dejado en el buzón de voz del móvil de su madre. Una felicitación en su cincuenta cumpleaños, a una mujer que no la recibiría, tenía tan poco sentido como que Tash hubiera mantenido activo el móvil de su madre para poder escuchar su voz en el contestador. Cuando necesitaba hacerlo.

Porque era su voz. Y, por lo visto, eso era lo que ambos

necesitaban oír.

Nathaniel alzó la cabeza y miró a su alrededor. Entonces ella vio sus profundas ojeras y su mirada perdida. Reflejaba la expresión que Tash había lucido durante semanas.

Nathaniel Moore seguía viviendo el duelo y Tash habría apostado sus mejores obras a que lo estaba haciendo en soledad.

Su acompañante se puso en pie y acercó las tazas vacías al extremo de la mesa, para facilitar su recogida a los camareros. De camino hacia el aseo pasó muy cerca de su mesa. La miró como solían hacer los hombres, con admiración pero con aire ausente, como si la tasara. Esa mirada que indicaba que nunca la llevaría a casa a conocer a su familia. Tal vez le regalaría lencería en Navidades, pero nunca pondría un anillo en su mano.

Era la historia de su vida. Normalmente ignoraba a esa clase de hombres, pero quería ver de qué color eran sus ojos. Alzó levemente la cabeza y chocó con su mirada. Se quedó sin aire.

No era guapo en el sentido clásico, pero tenía labios firmes y mandíbula angulosa. Sus ojos eran profundos y azules como el vidrio cobalto más valioso con el que había trabajado en su vida. Transformaban su rostro. Devastadores.

Apartó la mirada, sin aliento. Él siguió andando como si no hubiera ocurrido nada.

Ella inspiró profunda y lentamente. No estaba acostumbrada a fijarse en los hombres más allá de sus manierismos y, sus dotes sociales, las cosas que le decían quiénes eran en realidad. Con él, había estado tan ocupada estudiando la forma de su boca y el color de sus ojos que no había visto más. No había pensado en más.

Se obligó a mirar al hombre que seguía sentado a la mesa, ahora solo.

«Hazlo», dijo una voz. Fusión de la de su madre y la suya. Esa voz era la razón por la que estaba allí y por la que había prestado atención a la foto de Nathaniel Moore en el periódico. La razón por la que había descubierto dónde trabajaba y cómo entrar en contacto con él. La voz plantaba semillas, la empujaba hacia delante.

«Hazlo ahora».

Tash llevó la mano al móvil y pulsó una tecla sin dejar de mirar al hombre. Él metió la mano en el bolsillo, relajado. Tash, consciente de que iba a poner fin a su serenidad, estaba a punto de colgar cuando él contestó.

–Nathaniel Moore.

La voz profunda y suave fue como una tenaza en el corazón de Tash. Se le secó la boca. Al no oír respuesta, él miró la pantalla de su móvil.

–¿Hola? –movió la cabeza y empezó a cerrar el teléfono. Eso la

hizo reaccionar.

–¡Señor Moore!

–¿Sí? –él enarcó las cejas.

–Señor Moore, siento interrumpir su almuerzo… –se maldijo al comprender que había delatado su presencia allí, pero él no pareció darse cuenta.

Estrechó los ojos y le pareció que él había palidecido y tensado la mano sobre el teléfono.

–Señor Moore, soy Natasha Sinclair. Creo que conoció a mi madre.

Nada.

Tash observó las expresiones que se sucedían en su rostro: horror, incredulidad, dolor, esperanza. Pero sobre todo dolor.

La mano libre, temblorosa, toqueteó una servilleta. Tardó un siglo en hablar. Tash vio que miraba con pánico hacia el aseo, por si su compañero de mesa regresaba.

–Suenas igual que ella –susurró él por fin.

–Lo sé. Lo siento. ¿Está bien? –la dolía hacerle eso al hombre al que su madre había amado.

Él se sirvió un vaso de agua y tomó un sorbo.

–Sí. Estoy bien. Solo anonadado. Sorprendido –corrigió, como si lo que había dicho le pareciera grosero.

–Anonadado, diría yo –Tash rio con suavidad–. Quería llamarlo para asegurarme de que sabía… –calló. Era obvio que lo sabía. Su expresión lo decía todo.

–Sí, me enteré. Lamento no haber podido ir al funeral. No fue… posible.

–No tuvo oportunidad de decirle adiós –Tash estaba al tanto de la enemistad entre sus familias; había leído al respecto en los diarios de su madre.

–Natasha, siento tu pérdida –su voz sonó ronca–. Era una mujer fantástica.

Tash inspiró profundamente y captó un delicioso aroma a tierra y especias. Supo, sin mirar, quién estaba pasando junto a su mesa, de camino para reunirse con Nathaniel Moore. Él le dedicó una mirada de reojo, nada casual.

A Tash se le aceleró el corazón y no fue solo porque se le acababa el tiempo.

–Señor Moore, quería que supiera que, independientemente de lo que opinen nuestras familias, mi puerta estará abierta para usted. Si quiere hablar o hacer preguntas…

El joven llegó a la mesa y se dio cuenta de inmediato de que algo iba mal. Nathaniel Moore se puso en pie bruscamente.

–Un momento, por favor. ¿Me disculpas? –Nathaniel se apartó de la mesa, señalando el teléfono. Preocupados ojos azules lo siguieron y

luego escrutaron a la clientela con suspicacia. Tash echó la cabeza hacia atrás y simuló una carcajada cuando la miró. Él no podía tener ni idea de con quién hablaba Nathaniel, pero no quería crearle problemas al hombre al que su madre había amado hasta el día de su muerte.

No por primera vez, Tash imaginó cómo sería amar, y ser amada, hasta el punto que detallaban los diarios manuscritos de su madre.

–¿Sigues ahí?

–Sí –miró a Nathaniel que estaba de espaldas a ella, medio oculto tras una enorme palmera–. Señor Moore, solo quería que supiera que mi madre nunca dejó de amarlo –vio como él dejaba caer los hombros cubiertos por una chaqueta Armani–. Siento hablar tan claramente, pero temo que no tenemos tiempo. Sus diarios están llenos de sus recuerdos de usted. Sobre todo… al final.

–Has perdido tanto –dijo él con voz ahogada–. Soportado tanto.

Tash miró hacia la mesa y negó con la cabeza. Los duros ojos azules observaban a Nathaniel.

–No, señor Moore. He tenido tanto –«Más de lo que usted tuvo. Más que una sola noche extraordinaria». Tomó aire–. Por duro que haya sido perderla, la tuve treinta años de mi vida. Fue un regalo.

–Ella lo era –la cabeza cana se inclinó hacia el teléfono. Siguió un silencio y Tash adivinó que él se esforzaba por contenerse.

–Debe irse. He llamado en mal momento.

–¡No! –carraspeó, miró hacia la mesa y dejó escapar un suspiro. Los ojos azules lo miraron directamente–. Sí, lo siento. No es buen momento. Estoy con mi hijo…

Tash volvió a mirar al joven. Era Aiden Moore. El joven emprendedor, comidilla de la escena social. De repente, su atracción física hacia él le pareció desagradable y vulgar, dado que, por lo visto, la compartía con la mitad de las mujeres de la ciudad.

–Tengo tu número en mi teléfono –dijo Nathaniel recuperando la compostura ejecutiva que lo definía, según las revistas de negocios–. ¿Puedo llamarte después, cuando pueda hablar?

Ella asintió, aunque seguía mirando al joven Moore. No podía ser atractivo. No podía oler como un jeque árabe. No podía ahogarse en esos ojos azules.

No si era el hijo de Nathaniel Moore.

Los Moore odiaban a los Porter, y a los Sinclair por asociación. Todo el mundo lo sabía. El heredero no iba a ser distinto.

Tash tardó un momento en darse cuenta de dos cosas. Primero, había bajado la guardia y lo había mirado demasiado tiempo. Segundo, la mirada azul hielo estaba clavada en ella, abierta y especuladora.

Recogió su bolso, dejó dinero en la mesa y salió rápidamente, con

el teléfono pegado al oído como si siguiera hablando, aunque Nathaniel ya estaba de vuelta en su mesa.

Sintió la punzada de la mirada de Aiden Moore hasta que salió a la calle.

Capítulo 2

La mujer que tenía ante él apenas le recordaba a la que había visto en la cafetería, pero Aiden Moore había aprendido hacía mucho a no juzgar un libro por su cubierta. Podía haber parecido frágil la última vez, pero al observarla sujetar la caña de metal con la bola de cristal fundido en la punta, ver el control con el que la hacía girar y la acercaba al horno, empezaba a tener dudas de que fuera a doblegarse ante la dureza despiadada que lo caracterizaba. La espalda que aparecía y desaparecía tras la bola de fuego no carecía de fortaleza.

Cambió de plan allí mismo.

Esa mujer no respondería a una de sus calculadas miradas de negocios. No se vendería ni se dejaría ahuyentar. Esperar a que se rindiera tampoco funcionaría. La concentración con la que daba forma al cristal fundido, girando una y otra vez la caña, expresaba una paciencia que él no tenía. Una determinación que no había esperado encontrar en ella.

Ella alzó la resplandeciente masa y balanceó el largo tubo en una especie de mordaza. Después se inclinó hacia delante con unas pinzas metálicas y empezó a tironear de los bordes de la masa de cristal sin solidificar.

Era diminuta. Se había quitado la parte de arriba del mono de trabajo y atado las mangas a la cintura; solo una especie de chaleco la protegía de peligrosas salpicaduras. Un exceso de confianza o de estupidez. Teniendo en cuenta cómo había atraído la atención de su padre, suponía que se trataba de lo primero. Estaba seguro de que, si las gafas de protección no los ocultaran, vería en sus ojos una inteligencia tan aguda como las esquirlas de cristal que cortaba de la pieza. En la cafetería había llevado gafas de sol para disimular su vigilancia, pero él había notado cuánta atención prestaba a su padre y que intentaba ocultarla. Cuando se sintió descubierta se levantó, pero tuvo tiempo de memorizar su rostro, sus labios, el corte estilo elfo de su cabello. Suficiente para reconocerla una semana después cuando la vio en el parque que había frente a la sede de MooreCo. Acompañada por su padre.

Ella sumergió el ardiente objeto en un cubo de agua y quedó envuelta por una nube de vapor. Cuando se disipó, Aiden se dio cuenta de que lo miraba. Diminutas gotas de vapor brillaban sobre cada pelo de su cuerpo, recordando el aspecto del material que

trabajaba.

Pero esa mujer estaba a años luz de la fragilidad del cristal.

–Señor Moore. ¿Cómo puedo ayudarlo?

Tardó un momento en recuperarse del descaro con el que había admitido saber quién era. Además, el tono suave pero agudo de su voz indicaba que estaba nerviosa y lo ocultaba bien. La admiró por ambas cosas.

Se preguntó como afrontar el asunto. «Poniendo fin a su aventura con mi padre» no iba a funcionar. Carraspeó.

–Me gustaría comprar algunas de sus piezas para nuestro vestíbulo. Algo único. Natural. ¿Tiene algo así disponible?

Ella no podía decir que no; todas sus piezas eran así. Tash Sinclair tenía una gran reputación en los círculos artísticos. Se subió las enormes gafas hacia la frente.

–No está aquí por eso.

Aiden tomó aire. Estaba hipnotizado por las gemas de sus ojos chocolate, gloriosos como una de sus piezas de cristal. Y cargados de suspicacia.

Se le ocurrió un idea ridícula: tenían los ojos cambiados. Él tenía la tez morena y los ojos azules de su madre. Tash era muy blanca, nórdica, con ojos marrones que tendrían que haberle pertenecido a él. Una combinación cautivadora.

–Puede que no haya venido por eso, pero lo digo en serio. Su trabajo es excepcional –entró en el taller y examinó las piezas que llenaban las estanterías. Jarrones altos e intrincados; tortugas, manatís, dragones de mar y medusas de cristal cargados de detalles. No era una sala de exposiciones sino el lugar donde creaba sus carísimas piezas.

La mirada de ella lo siguió. Vio de reojo que alzaba la mano al cabello revuelto para bajarla rápidamente. Aiden estrechó los ojos. A pesar de estar seduciendo a su padre, tenía tiempo para preocuparse por su aspecto ante él.

Eso le dio una idea. Si Miss Artesana estaba empeñada en atrapar a su padre, tal vez el arma más efectiva de su arsenal no fueran sus miradas de hielo, ni su talonario. Tal vez haría falta algo más personal.

Él mismo.

Si andaba en busca del apellido o el dinero de los Moore, él tenía ambas cosas. Tal vez renunciaría al padre, casado desde hacía treinta años, por el hijo, joven y soltero.

Claro, que si ella supiera lo que realmente pensaba cuando la miraba, echaría a correr. Aunque trabajara con fuego a diario, no daba la impresión de saber jugar con él. No como Aiden, que disfrutaba de juegos rudos, cortos y ardientes con mujeres volátiles, brillantes y

ambiciosas. En nada similares a ese ejemplar diminuto, artístico y poco femenino, con enormes ojos sin maquillar.

Eso le evitaría complicaciones. Él era el torero y ella el toro. Su objetivo era mantener su atención el tiempo suficiente para que olvidara a su padre. Hacerla bailar a su alrededor alejándola más de la familia a la que quería proteger.

Su madre había sacrificado su vida criándolo. Lo mínimo que podía hacer era devolverle el favor haciendo que su marido le fuera fiel.

Si aún no era demasiado tarde.

–¿En qué estás trabajando? –preguntó él, tuteándola, mirando el cubo de agua humeante.

–Era una pieza para un jarrón ornamental. No me ha gustado –tiró de la caña y sacó la inadecuada obra que había en su punta. El cristal se había rajado por todas partes.

–Me lo llevaré.

–No estará en venta hasta que me satisfaga –tiró el cristal al cubo de reciclaje–. Además, dudo que aprecies un jarrón ornamental de color rosa.

–Aprecio la calidad. En todas sus formas –clavó los ojos en los de ella. Típico estilo Moore.

Ella frunció las cejas levemente. En vez de sonrojarse, como él esperaba, parecía irritada.

–Si aún te gusta cuando esté acabado, haré dos para el mostrador de recepción. A un precio.

–No espero descuentos de amigo.

–Me alegro, porque no somos amigos. Ni siquiera te conozco –sus ojos brillaron–. Pero parece que tú sí a mí. ¿Por qué has venido aquí?

Aiden solía utilizar el silencio a su favor en las juntas directivas. La rapidez con la que un oponente rompía el silencio decía mucho de él. Pero en ese caso, pasaron más de diez segundos y la diminuta mujer se limitó a parpadear y esperar con total serenidad.

Maldiciendo para sí, rompió su propia regla.

–Nos estuviste observando en la cafetería.

Los ojos de ella se ensancharon un poco.

–Dos hombres guapos... Estoy segura de que no era la única que miraba –su forma de decirlo hizo que sonara muy lejos de ser un cumplido.

–Te viste con mi padre la semana pasada.

–Enfrente de vuestras oficinas. Nada clandestino. ¿Sabe tu padre que lo vigilan?

–Yo pasaba por allí –mintió él.

–Entonces, ¿sabe él que me vigilan a mí?

Aiden parpadeó. Era un desperdicio que esa mujer se dedicara al

arte. Tendría que ser ejecutiva en una de las empresas subsidiarias de MooreCo. Por primera vez, se planteó que el interés de su padre por la bonita rubia no se debiera solo a sus carnosos labios y ojos inocentes. Natasha Sinclair tenía cerebro y no temía utilizarlo.

–Cena conmigo.

–¡No! –su carcajada fue casi insultante.

–Entonces, enséñame a soplar vidrio.

–Desde luego que no –su expresión atónita dejó claro que le había pedido algo muy personal.

–Haz algunas piezas para MooreCo –dijo él. Eso era trabajo y ella era una artista profesional. No podía negarse..

–¿Tendría que ir a vuestras oficinas? –los ojos oscuros lo miraron, calculadores.

Era un riesgo aproximarla a su padre, pero él estaría allí para interponerse. Y eso le permitiría tenerla cerca: donde debían estar los enemigos. Se la ganaría. Y obtendría información sobre qué había entre ella y su padre.

–Para concretar el diseño y la instalación.

Ella titubeó. Él se felicitó por su astucia.

–¿Estarás tú allí?

–Naturalmente. Soy el cliente.

–¿Cuándo quieres que vaya? –preguntó ella, tras un leve y femenino resoplido de incredulidad.

Él revisó mentalmente la agenda de su padre y eligió el día en que un compromiso ineludible lo llevaría al otro extremo de la ciudad. Le dio la fecha y la hora.

No tenía nada de malo cargar la baraja a su favor. Así se ganaba la vida. Buscaba o creaba oportunidades y las volvía ventajosas para él.

–De acuerdo. Te veré entonces –sin esperar su respuesta, se bajó las gafas de protección pulsó un pedal en el suelo y se volvió hacia un soplete que empezó a lanzar una llamarada azul.

Aiden no ocultó su sorpresa, dado que ella ya no lo miraba. Nunca lo habían hecho callar con tanta eficacia. Con firmeza sin llegar a la grosería. Empezaba a dudar que hubiera tenido el control de la conversación siquiera un momento. Pero al menos, se iba con su objetivo cumplido. Lo que hubiera habido entre Natasha Sinclair y su padre había tocado fondo. Él se había interpuesto.

No podría haber ido mejor.

Si no fuera por su monumental ego, Tash habría besado a Aiden Moore por haberle proporcionado la excusa perfecta para acercarse al amor de su madre. Habían intentado seducirla las suficientes veces como para que no se le escapara una señal. Todos los hombres con los

que había salido habían empezado por comprarle una o expresando interés por su obra. Desdeñaba ese tipo de ventas, por lucrativas que fueran, y a esa clase de hombres.

Sabía por experiencia que los hombres con el carisma y estatus social de Aiden Moore no consideraban un futuro con mujeres como ella. Las querían como amantes, para lucirlas en cenas aburridas o para conseguir votos electorales en distritos artísticos. Había salido con muchos.

Le daba igual. Aiden era un Moore y ella era una Porter, si él no había descubierto el vínculo, lo haría pronto. El feudo entre sus familias solo incrementaría el antagonismo que, obviamente, ya sentía hacia ella.

Porque tenía que ser eso lo que había zumbado en el estudio mientras él había estado allí.

Nathaniel le había dicho que olvidara las diferencias entre sus familias. Pero era fácil desdeñar un feudo familiar cuando se era la causa de él. Ella lo había heredado. Igual que Aiden.

Subió las escaleras de la estación de tren y fue hacia el edificio con el cuaderno de dibujo bajo el brazo. La excitación de un nuevo encargo burbujeaba bajo su piel, junto con cierta ansiedad por volver a ver a Nathaniel. En público. Él había cancelado una reunión importante al enterarse de su visita, aprovechando la oportunidad para verla por cuestiones de trabajo. Para legitimar sus conversaciones a escondidas.

Estaba segura de que a ambos les merecía la pena. Pasaban horas hablando de su madre, de sus familias y de sus vidas. Nathaniel Moore no era hombre que se arrepintiera de sus decisiones, pero era humano y necesitaba dar descanso a los fantasmas del pasado. Y ella seguía necesitando aferrarse al recuerdo de Adele Porter-Sinclair.

–Natasha. Bienvenida –la voz sedosa salía de un taxi que había aparcado ante MooreCo. Aiden pagó al conductor y la escoltó al interior del edificio poniendo una mano en su espalda.

La primera vez que había estado allí, su nerviosismo le había impedido apreciar el entorno. Pero, sin duda, era una oportunidad grandiosa para ella. El vestíbulo de MooreCo era de techos altos, moderno y, gracias a la luz australiana que entraba por las paredes de cristal, tenía un aire celestial. Diminutas partículas de polvo bailaban en los rayos de sol. Era el mejor expositor posible para su obra.

–Tendrás que firmar la entrada –Aiden la condujo al mostrador de seguridad.

–Gracias, señorita Sinclair –dijo el guarda, tras darle una tarjeta identificadora–. Informaré al señor Moore de que va en camino.

–Ya lo sé –rio Aiden a su espalda.

–Disculpe, me refería al señor Moore senior. Está esperando la

llegada de la señorita Sinclair.

Tash notó que el cuerpo masculino que tenía a su izquierda se tensaba. Pero Nathaniel era un adulto y podía socializar con quien quisiera, le gustase o no a su hijo.

–Subamos pues –masculló Aiden.

El viaje en ascensor fue breve y tenso. Aiden tenía el ceño fruncido y la contemplaba de reojo en los paneles de espejo. Tash se esforzaba por parecer alegre y relajada, aunque estaba segura de que eso lo estaba enojando aún más.

Cuando las elegantes puertas se abrieron, Tash salió y un rostro familiar la esperaba. Dio un paso y le ofreció la mejilla a Nathaniel, que la besó.

–Natasha. Es una alegría inesperada verte aquí –miró el rostro tenso e inexpresivo de su hijo–. No sabía que os conocierais.

–Yo podría decir lo mismo, padre.

–Tengo entendido que vas a crear maravillas para nuestro vestíbulo de recepción, Natasha. Estoy deseando ver los diseños.

–Y yo trabajar con vosotros –dijo ella, como exigía la cortesía–. ¿Empezamos?

–¿Y tu reunión con los Larhills? –le murmuró Aiden a su padre mientras recorrían el pasillo.

–Pospuesta, por suerte –puso una mano sobre el hombro de su hijo–. No me habría gustado perderme la visita de Natasha.

–¿De qué os conocéis? –preguntó Aiden, abriendo la puerta de la sala de reuniones.

–Yo conocía a su madre.

«Amaba a su madre», oyó Tash con toda claridad. Aiden estrechó los ojos con sorpresa.

–Pero no descubrí su increíble talento artístico hasta hace muy poco –siguió Nathaniel–. Veamos qué puede hacer por nuestro aburrido vestíbulo.

Ella casi podía oler la frustración y confusión de Aiden. Habría sentido pena de él si no hubiera sido por la forma depredadora con la que la había buscado e invitado a salir. Además, suponía que la pondría de patitas en la calle cuando descubriera que era una Porter. Encargo o no encargo.

Sin embargo, por primera vez sintió un pinchazo de culpabilidad por entrometerse en sus armoniosas vidas con su carga de secretos.

En su descargo, no iba a cobrarle a Nathaniel por la obra. Iba a ser un regalo de su madre al hombre que amaba.

–La luz del vestíbulo es perfecta para piezas de cristal –empezó, dirigiéndose a Nathaniel–. Está bien orientado para la luz invernal y es lo bastante alto para un trabajo en cascada. Algo importante.

–Hemos pasado de un par de jarrones a «algo importante» muy

deprisa –Aiden arqueó una ceja.

–El espacio determina la pieza.

–Yo había creído que sería yo quien determinara la pieza –dijo él–, siendo el cliente.

–Los clientes siempre opinan eso –Tash alzó la barbilla, desafiante.

–Puede que sea tu encargo, Aiden, y tu creación, Natasha, pero es mi edificio –Nathaniel se rio–. Diría que somos socios igualitarios.

Ella volvió a mirarlo; le gustaba la idea de una sociedad con Nathaniel Moore. Incluso si implicaba tolerar a su hijo.

–¿Eres propietario de todo el edificio? –Tash no había sido consciente de lo ricos que eran los Moore. Un edificio entero en el distrito de negocios no era barato.

–¿Acabas de subir el precio? –preguntó Aiden.

–Aiden... –los ojos marrones de su padre lo miraron con desaprobación.

–Lo he dicho porque eso significa que no hará falta el acuerdo del resto de los inquilinos. Ahorrará tiempo y complicaciones –explicó ella.

–¿Hablamos del diseño? –dijo Nathaniel, claramente complacido con su respuesta.

En la experiencia de Tash, el número de veces que un hombre consultaba el reloj en una reunión era directamente proporcional a la importancia que se daba a sí mismo. Aiden tendría que haberlo mirado cada minuto, pero no lo hizo. Ni una sola vez. Le dedicó el cien por cien de su atención.

–Creo que tengo suficiente para empezar –dijo–. La semana que viene podré enviaros unos bocetos previos por correo electrónico.

–Tráelos –sugirió Nathaniel. Aiden frunció el ceño–. Almorzaremos juntos. Hoy ya es tarde.

–De acuerdo. Eso suena bien –aceptó Tash. Había estado demasiado nerviosa para almorzar antes de ir y se moría de hambre. Esperaba que alguna de las cafeterías que había de camino a la estación tuviera la cocina aún abierta.

La despedida fue breve. No podía darle a Nathaniel un abrazo delante de toda la oficina. Aiden llamó al ascensor y le abrió la puerta. Entró detrás de ella.

–Supongo que tendrás cosas mejores que hacer –apuntó ella. «En vez de acosarme», pensó.

–Te pediré un taxi –murmuró él.

–Voy a volver en tren.

–Te acompañaré a la estación –dijo él, sin despegarse de sus talones.

–Voy a parar a comer algo.
–Fantástico. Estoy hambriento.
Ella lo miró de reojo. La mayoría de los hombres al menos se inventaban alguna razón para merodearla antes de lanzarse. Aiden Moore ni si quiera se molestaba en buscar excusas.
–No voy a salir contigo, Aiden –dijo, decidiendo pararlo en seco.
–No recuerdo habértelo pedido.
–No. Simplemente lo has supuesto. Nuestra relación es profesional.
–Solo es un almuerzo, Natasha –estrechó los ojos–. No voy a hacerte proposiciones mientras tomamos un sándwich tostado.
–En mi experiencia, eso es lo que suele ocurrir –enderezó la espalda. Los hombres asumían. Se creían con derecho.
–Entonces has tenido malas experiencias –comentó él, ladeando la cabeza.
–Sería difícil no estar de acuerdo –rio ella.
Había pasado los últimos cuatro años de instituto decepcionando a chicos llenos de testosterona que pensaban que su ropa hippy era reflejo de sus valores. Y siendo decepcionada por ellos. Esperando a uno diferente. Uno al que le gustara por lo que era, no por lo que podía obtener de ella.
Después de graduarse llegaron los hombres que querían una artista poco convencional que añadir a su lista de trofeos. Y después Kyle...
–Almorzar. Solo eso –él la miró con ironía–. Hasta que quieras algo más.
En fin. Había una fina línea entre la seguridad y el engreimiento. La primera la atraía, la segunda la horrorizaba. Estaba harta de hombres pagados de sí mismos. Le lanzó una mirada desdeñosa y fue hacia la salida. En el cristal de la puerta vio el reflejo de su sonrisa. Serena. Genuina.
Sintió un pinchazo en el estómago. Era una bonita sonrisa para un egocéntrico.
Pararon en una cafetería a dos manzanas de allí. Aiden eligió una mesa del fondo.
–¿De qué se conocen mi padre y tu madre?
–Conocían –se aclaró la garganta. La pregunta la había sorprendido–. Falleció el año pasado.
–Lo siento. No lo sabía.
–No tenías por qué saberlo.
–¿Cómo se conocieron inicialmente?
–Iban a la misma universidad.
Era la verdad, pero no completa. Eso era algo que no podía compartir. No era su secreto.
–Entonces, es posible que tu madre y la mía también se conocieran. Pero ella lo dejó antes de licenciarse, así que puede que no.

–¿No se licenció? –preguntó Tash, intentando cambiar de tema.

–Por mi culpa, me temo. En aquella época las universidades no eran como ahora. Mis abuelos la sacaron de allí cuando se quedó embarazada.

–¿No volvió nunca? ¿No terminó la carrera?

–Creo que criar a un hijo y ser la esposa de un ejecutivo de altos vuelos ocupó su vida –sus ojos se nublaron–. Sacrificó mucho por mí.

–Eres su hijo.

–Aun así, se lo agradezco.

–¿Se lo dices a ella? –preguntó, perdiéndose en la curiosidad de sus ojos–. Lo primero de lo que me arrepentí cuando perdí a mi madre fue de no decirle cosas obvias. De no darle las gracias.

Por su vida. Por tanto amor. Día a día.

–Lo sabe –los ojos de él se suavizaron.

Tash se preguntó si se refería a su madre o a la de él. En cualquier caso, Aiden Moore no era asunto suyo, ni ella de él.

–¿Decías en serio lo del sándwich tostado? –le preguntó, pasándole una carta.

–¿Eres rubia natural? –preguntó él al mismo tiempo. Rápidamente, notando su súbita tensión, puntualizó–. Lo digo por tus ojos. Pensaba que era genéticamente imposible tener pelo rubio y ojos marrones. Es como lo de que todos los gatos color naranja son machos.

Ella se relajó un poco.

–Tengo ambas cosas desde que nací. Y conozco a una gata naranja. Esas cosas pasan.

Pensó en la vieja gata naranja de Kyle. Una de las cosas que la había atraído de él era cuánto amaba a esa gata. Pero había comprobado que la gente que trataba bien a los animales no siempre hacía lo mismo con las personas. Era otro mito.

Como el del amor incondicional.

O igualitario.

Empezó a estudiar la carta de la cafetería.

Aiden la imitó, pero conocía la carta y le daba igual. Había picado algo antes de la reunión y no estaba hambriento. Al menos de comida. Tenía hambre de información.

Que su madre hubiera fallecido explicaba por qué la mujer no estaba aconsejando a su hija que no saliera con un hombre que le doblaba la edad. Quizá también explicara la vulnerabilidad que veía en sus ojos.

–¿Siempre has sido sopladora de vidrio?

No parecía tener edad suficiente para haberse convertido en una maestra en su oficio. Con las gafas de sol apartando el pelo de su poco

maquillado rostro, aparentaba veinte años. Fresca. Casi inocente.

Las apariencias engañaban. Tenía edad suficiente para haberse ganado una excelente reputación en los círculos artísticos y para haber descubierto que, siendo bella, había formas más rápidas de ganar dinero que haciendo jarrones.

–Doce años. Visitamos una fábrica de cristal en el colegio y me fascinó. Empezó como un hobby y lo convertí en profesión cuando dejé el instituto.

–¿No tienes estudios superiores?

–Nada formal –alzó la barbilla–. Estaba demasiado ocupada montando mi taller.

–Es un buen sitio –dijo él–. Las becas de arte deben de ser cuantiosas hoy en día.

–No lo sé –ella apretó los labios–. Hace años que no recibo una.

–¿Te mantienes solo con tus ventas? –él la escrutó atentamente.

–Intercambié piezas por ocupar un lugar en el taller, hasta que me establecí lo suficiente para empezar a vender comercialmente.

–Así que en algún lugar hay un coleccionista de Tash Sinclair con una casa llena de caballitos de mar de cristal, ¿no?

–Él tenía un local vacío y yo era una buena inversión en potencia. Crecimos a la par.

–Ah, un mecenas –adivinó él.

–Entonces lo era –los ojos de ella se oscurecieron un instante–. Ahora es el alcalde.

Kyle Jardine. Aiden lo conocía. Un pez grande en un estanque pequeño. Demasiado complacido consigo mismo considerando lo poco que había conseguido en la vida: un cargo político de medio rango. Justo el tipo de hombre a quien podía engañar una guapa cazafortunas.

–Un mecenas notable.

–Lo bastante notable para dejar de apoyarme en cuanto consiguió la candidatura –ironizó ella.

Tenía gracia que una oportunista acabara siendo tratada así. Se preguntó si estaba intentando que su padre ocupara el lugar del otro.

–Pero que me dejara libre me permitió descubrir que podía defenderme sola. Y sí, hace dos años que soy autosuficiente. Soy propietaria de mi taller, gracias a él, de mi casa, gracias a mamá, y pago mis impuestos y ceno bien gracias a mi dedicación al cristal siete días a la semana.

–Y gracias a tu reputación. Tus piezas no son baratas.

–Eso no tardarás en comprobarlo.

Él soltó una risita e hizo una pregunta que se salía de su guion, por pura curiosidad.

–¿No te molesta que Jardine se enriqueciera gracias a tu talento y

luego te diera de lado?

–Él solo puede vender cada pieza una vez, yo hago una nueva a la semana. Cuando eres artista, cada pieza proporciona a alguien más dinero que a ti. Es la naturaleza de la bestia. No merece la pena encapricharse de la obra propia.

Él se preguntó si aplicaba esa misma táctica de supervivencia respecto a las personas.

Llegó la camarera a tomar nota. Tash pidió el desayuno completo, a pesar de que eran la cuatro de la tarde. Él pidió un tentempié y otro café.

–¿A qué se debe tu fascinación con la Naturaleza? ¿Todas esas criaturas marinas, pájaros y colores tormentosos?

–Hago lo que el cristal me pide –se encogió de hombros–. Suele ser algo natural.

–«El cristal me pidió esto». ¿En serio? ¿Eso no es un po-
co… hippy?

–Soy hippy –sonrió–. Convencida.

Si era el caso, ese día lo había disimulado muy bien. Llevaba un top oscuro con un corpiño bordado y una falda larga. Femenina y fluida. No veía sus pies, pero le habría gustado saber si llevaba sandalias y las uñas pintadas. O una campanita alrededor del tobillo. O un tatuaje.

«Controla, Moore». Fantasear con los adornos de los pies de una mujer era una perversión.

–¿Qué? –dijo ella, mordiendo un colín.

–Tengo un recuerdo –dijo él, preguntándose qué había revelado con su expresión–. De mis padres cuando yo era un niño. Mi madre vestía de forma parecida a la tuya. Puede que fueran algo… orgánicos, en su juventud.

–¿A mediados de los ochenta? El movimiento de la Nueva Era florecía entonces. ¿Acaso creías que tu padre había nacido vestido de ejecutivo?

El recuerdo que su subconsciente le había ofrecido llenó su mente. Sí recordaba a su madre con ropa informal, junto a un río, riendo con su padre y rodeando a Aiden con los brazos. Era la felicidad de su madre lo que le resultaba incongruente. Hacía mucho que no la veía mirar a su padre así. Con adoración. Se dijo que tal vez fuera más imaginación que recuerdo real.

–Entonces, ¿no sabes mucho del pasado de tus padres? –preguntó ella, con expresión neutra.

–¿De antes de que yo entrara en escena? –Aiden sabía que intentaba sonsacarle información sobre su padre–. En realidad no. Él estudiaba Empresariales y Derecho a la vez; ella arte, hasta que lo dejó a finales del segundo curso. Nada más.

–¿No sientes curiosidad?

–No, es agua pasada –si sus padres hubieran conservado amigos de su época universitaria, él lo sabría. Habrían visitado su casa cuando era niño.

Por eso era extraño que no supiera nada de la madre de Tash.

–¿No será que, como no te concierne, no te importa? –ella enarcó una ceja.

–Mi familia está unida, pero siempre mantuvieron a los niños al margen de su pasado –de hecho, recibían una reprimenda si metían las narices en cosas de adultos.

Por eso sabía que su padre se iba a enfadar mucho si se enteraba de que estaba interceptando a una cazafortunas. A Aiden le daba igual. No iba a permitir que Natasha Sinclair desviara la atención de su padre de la esposa con la que llevaba treinta años casado.

Nathaniel era guapo y rico. Las mujeres ambiciosas lo buscaban, pero no solían tener éxito. En los años que llevaba trabajando con él, nunca lo había visto fijarse en serio en una mujer. Y menos en una tan joven. Pero sabía que lo había hecho al menos una vez. Un infame recuerdo que su familia no comentaba.

Si ella quería un Moore rico, tendría que ser el heredero. Era más que capaz de ocuparse de ella y la idea lo excitaba. Un soplo de aire fresco por fin.

No lo sabía. O lo disimulaba muy bien.

Tash miró hacia los suburbios que se extendían al otro lado del río, en el horizonte. La planta ejecutiva del edificio de MooreCo tenía una de las mejores vistas de la ciudad.

Aiden Moore desconocía el pasado compartido por sus padres. Igual que ella hasta que empezó a leer el primer diario. Para ser un secreto familiar, estaba muy bien guardado.

Miró a ambos hombres. «Por cierto, ¿sabías que mi madre y tu padre fueron amantes?».

No le debía ninguna lealtad a Aiden, pero sí a Nathaniel, el amor de su madre, así que no podía desvelar el secreto si no lo hacía él. Era obvio que se llevaban bien, se tenían respeto pero no compartían intimidades. Ella nunca habría imaginado una relación similar con su propio padre. Tenía que concentrarse para no sonreír cuando se pinchaban el uno al otro.

–Bueno –dijo, inclinándose hacia delante–. ¿Todo el mundo está contento con el diseño?

En la mesa había seis modelos de cristal y un boceto a lápiz. Peces de varios tamaños, caballitos de mar, tiras de algas y un grupo de peces.

–Esto son rayos de sol penetrando el océano.

–Nunca hemos tenido nada parecido en ninguno de nuestros edificios –Nathaniel sonrió–. Será espectacular.

–¿Cuánto va a costar? –preguntó Aiden.

–Aiden –ladró su padre–. Eso no importa.

–Para mí será como una exposición de mi obra –dijo Tash, para paliar la tensión entre los hombres–. Solo cobraré el coste del material.

Aiden frunció el ceño.

–No, Tash. No debes... –empezó Nathaniel.

–No voy a cobrarte por mi tiempo, Nathaniel –lo miró a los ojos–. Pero hará falta mucho cristal, así que agradecería que cubrieras el coste.

–Por supuesto que pagaremos el material, pero... –Nathaniel sabía que no podía insistir en pagar su tiempo. Pensó un momento–. Habrá que hacer una inauguración oficial. Eso compensará tu tiempo con proyección y relaciones públicas.

–No necesito compensación por mi tiempo.

Los ojos de Aiden iban de uno a otro.

–Bueno, yo quiero dar publicidad a este maravilloso diseño, y si eso te consigue nuevos clientes, mejor que mejor. Está decido. Permitiré que no pases factura a MooreCo por tu tiempo y arte; a cambio celebraré una fiesta para celebrar la adquisición de una gran obra de arte.

–Si insistes –rezongó ella, lanzándole una mirada asesina. Acababa de ganarla por la mano.

–Buena chica –él sonrió.

–No es mal trato, ¿verdad? –dijo Aiden con el ceño fruncido.

Ella supo que se había callado un «para ti».

Capítulo 3

Tash bajó del caro automóvil luciendo los tacones más altos que tenía. Necesitaba esos centímetros de más estando con Aiden.

–Sigo sin entender por qué necesito una invitación a una fiesta que se celebra en mi honor.

–Considéralo ser escoltada como una VIP más que como una invitación –murmuró él.

Ella habría creído eso de su padre, pero no de Aiden. No podía negar que le encajaba el papel de escolta. Era sensual, guapo y falso... y tenía el cuerpo perfecto para serlo.

–¿Algo te ha hecho gracia?

–No –Tash controló su sonrisa–. Admiraba la arquitectura. Nunca he estado dentro de este edificio –la última frase, al menos, era verdad.

–Te encantará. La restauración es encomiable –posó la mano en la parte baja de su espalda y la guio escalera arriba–. Pensé que al menos habrías visto las vidrieras. Por eso elegimos este lugar para la fiesta. Y esta hora del día.

Ella alzó la vista hacia las impresionantes vidrieras del ala oeste del edificio, deslumbrantes a la luz de la última hora de la tarde.

–Las he admirado desde fuera, por supuesto.

–Natasha. Aiden –Nathaniel fue hacia ellos tan apuesto como siempre–. ¿Habéis llegado juntos?

La barbilla de Aiden se alzó unos milímetros, los suficiente para que ella supiera que había mentido al decir que tenía que escoltarla. Pero era demasiado divertido captar su incomodidad para incidir en el asunto. Tash ofreció a Nathaniel sus mejillas para que las besara y miró a su alrededor. Una enorme pantalla mostraba fotos profesionales de sus prototipos de cristal, tan bien iluminadas que hacían honor a las obras definitivas.

–Esto es bellísimo. ¿Todas tus fiestas son tan excepcionales?

–Normalmente. Aiden pone el listón muy alto.

–¿Lo has organizado tú? –Tash miró a Aiden con sorpresa.

–No he elegido las flores personalmente, si es eso lo que preguntas, pero conozco a los mejores planificadores de la ciudad y sé cómo sacar lo mejor de ellos.

«No lo dudo», pensó ella.

–¿Me disculpáis? –dijo Nathaniel–. Empiezan a llegar los invitados.

Movió el brazo en el aire y las imágenes de la enorme pantalla se apagaron al tiempo que la música. Se hizo el silencio.

Y empezó la fiesta.

–¿Te apetece beber algo? –le murmuró Aiden al oído. La mano que no había abandonado la espalda de Tash empezaba a ser puro fuego.

Ella odiaba que su encanto y su carisma tuvieran efecto, así que se apartó.

–No hace falta que me escoltes, Aiden. Soy muy capaz de llegar al bar sana y salva –lo cierto era que apenas bebía alcohol, y menos en eventos profesionales–. Estoy segura de que tienes muchas mejores cosas que hacer que ser mi sombra.

En ese momento, se dio cuenta de lo que él hacía: controlar su llegada, su salida y sus movimientos mientras estuviera allí. ¿Por qué?

–Esta noche es muy importante para mi padre. Estoy aquí para interferir si... algo va mal.

–¿Y qué piensas que voy a hacer? ¿Tumbarme en la barra del bar y beber de una botella?

–Pagaría por ver eso –dijo él, con ojos chispeantes como el mar.

–No lo dudo, considerando en qué tienes fama de gastar el dinero –ignoró su expresión de sorpresa–, pero he asistido a muchos eventos como este, Aiden. Sé lo que toca. Aparecer, estar guapa y ser lo bastante abierta para parecer interesante pero no descocada. Intrigar sin ofender. Generar especulación, pero no cotilleo.

Todo era cuestión de apariencias.

Se acercó al bar y pidió un cóctel sin alcohol en voz baja. Si el oyó que no quería alcohol, no dijo nada. Lo importante era que pareciera un cóctel y mantener el control de sus facultades.

–¿Crees que eso es por lo que estás aquí? –pregunto él, ceñudo–. ¿Para entretener?

Ella tomó un sorbo a través de la bonita paja de cristal. Un gran detalle dado el motivo que había originado la fiesta.

–Esto es un poco distinto, lo admito. Pero el principio no cambia porque cambie el acompañante –musitó ella–. Lo importante es que no haré nada que pueda avergonzar a Nathaniel delante de sus socios.

–¿Crees que eso es lo que me preocupa?

–No sé qué creer, Aiden. Solo sé que desde el día en que te conocí «interfieres»–era un gusto devolverle el término– entre tu padre y yo. MooreCo ya me ha proporcionado una ingente comisión. ¿Qué más imaginas que quiero de él?

–Tú lo has dicho, no yo.

De repente, Tash comprendió lo que ocurría. Había sido una estúpida. Lo miró atónita.

–¿Crees que quiero seducir a tu padre?

–Está obsesionado contigo –su expresión, por primera vez, perdió la impasibilidad–. Lo envuelves con tu atención y tus sonrisas sugerentes, lo mantienes colgado de ti, impotente.

«¿Sonrisas sugerentes?». No sabía qué la ofendía más: el que pensara que intentaba seducir a Nathaniel o el comprender que el interés que Aiden había mostrado por ella hasta entonces era puramente estratégico.

–Es un hombre adulto, Aiden. Estoy segura de que en sus cincuenta y cinco años en el planeta ha conseguido evadirse de mujeres mucho más bellas y arteras que yo.

–Entonces, ¿a qué viene el interés?

–Conocía a mi madre.

Aiden rezongó y la llevó detrás de un enorme tiesto, ocultándola de la vista de los invitados.

–Pues soluciona tus dependencias con otra de sus amistades. Deja a mi familia en paz.

Ella sentía una horrible presión en el pecho. El término «dependencias» la había afectado más de lo debido, pero algo aún peor le quitaba el aire: comprender quién era ese hombre.

–¿Familia? Creí que hablábamos de dinero.

–¿Será porque el dinero es lo único que te importa? –desdeñó él.

Ella casi nunca pensaba en el dinero. Incluso en el caso de Kyle, había creído que tenía sentimientos auténticos por ella. El dinero era solo lo que los había unido. Eso y la necesidad.

–Eso es lo que esperas de la gente. Porque es el lenguaje que utilizas tú.

–¿Intentas decirme que el dinero no importa?

–Importa; soy realista. Pero eso no es lo que hace girar al mundo.

–Por favor, no digas que es el amor –se mofó él, mirándola como si proviniera de otro planeta.

–Iba a decir que es la gente. Lo que importa es la gente y, sí, el amor es parte de eso. Amor por los demás. Por nuestras familias –afirmó ella.

–¿Preferirías ser amada a ser rica? –inquirió él con obvia incredulidad.

–Lo dices como si fuera peor que preferir ser rico a ser amado.

–Puede que lo sea.

–¿Tu madre es así? –lo miró fijamente.

–¿Qué tiene que ver mi madre con esto? –su rostro se había vuelto pétreo.

–Eres muy distinto de tu padre. Solo se me ocurre que eres así por la influencia de tu madre.

–¿Así cómo? ¿Distinto de ti? Si eres tan hippy respecto al amor, la gente, las flores y el sol, tendrías que aceptar mejor nuestras

diferencias.

–No rechazo las diferencias. Solo intento comprenderlas.

–¿Por qué? No te caigo bien. No quieres estar en mi compañía. ¿Qué diablos importan?

Ella se pregunto si, en el fondo, estaba dolido por su falta de interés en él. Miró sus ojos duros y le pareció imposible creerlo.

–Supongo que no importa –lo cierto era que no podía dejar de sentirse interesada–. Pero te has empeñado en espiarme y tengo la sensación de que nos veremos a menudo.

–Pues si te estoy espiando, lo hago fatal.

–No. No espiando. Tu acoso es mucho más espeluznante –se arrepintió de sus palabras de inmediato. Espeluznante habría sido un insulto para cualquier hombre. Más aún para un cliente.

–No creo que me hayan definido así antes –dijo él atónito.

–¿Cómo le gustaba definirte a la última mujer a la que subyugaste?

Él torció la boca y sus ojos oscurecieron.

–La última mujer a la que subyugué me suplicó que lo hiciera –jadeó. Bajó la mirada y deslizó un dedo por las lazadas de su corpiño. El rubor tiñó el escote de Tash, que se dio la vuelta y fue hacia el bar.

–Buen intento –rio con indiferencia simulada–. Pero no me lo trago –pidió un cóctel al barman.

–¿Qué es lo que no te tragas?

–El seductor chico malo y rico, el hijo sobreprotector, el socio de negocios dominante.

–¿Estás diciendo que no soy todas esas cosas?

–Oh, sin duda las eres, pero no me trago que solo seas eso. Hay algo más. Tendré que descubrir qué es.

–No soy ningún misterio, Tash. Lo que ves es lo que hay.

–Te dedicas a los negocios, Aiden. Lo que se ve nunca es lo que hay –miró a su alrededor–. Si me disculpas, veo a alguien a quien debería saludar –giró en redondo y, con un revoloteo de faldas, lo dejó allí parado y boquiabierto.

Tash Sinclair hizo la ronda del salón como una profesional. Diez días antes él habría pensado en otro tipo de «profesional», pero empezaba a verla con otros ojos. Menos ciegos.

Había hecho un análisis muy preciso de él, lo había dejado clavado en la cruz de su mal comportamiento y lo había ignorado durante las dos horas siguientes. Iba de invitado en invitado, encandilando a los hombres y conquistando a las mujeres. Era exactamente lo que le había dicho: lo bastante intrigante para que múltiples ojos la siguieran por la sala, pero lo bastante discreta para no proporcionar material a la prensa amarilla. Había pasado junto a su padre varias veces y las

miradas que intercambiaban eran tan neutras que no podían dar lugar a comentario alguno.

A no ser que uno lo buscara.

Aiden se preguntó si no estaría buscando algo que no existía. Reaccionando a un incidente ocurrido veinte años antes y que seguía sin entender. Algo había creado tensión en toda su familia y abierto una grieta entre sus padres. Algo relacionado con una mujer. Él había crecido con los ecos de ese suceso y el recuerdo de su madre llorando en la bodega y maldiciendo una y otra vez un apellido: «Porter».

Era lo único que sabía. Pero le había enseñado una lección temprana sobre la fidelidad. Y sobre todo lo que podía ser un hombre a la vez: empresario de éxito, padre cariñoso, marido traidor. Había aprendido a compartimentar, igual que suponía había hecho su madre, para seguir queriendo al hombre que podía hacer algo así. El matrimonio seguía en pie y él también.

Pero Aiden no lo había olvidado. Ni tampoco lo que había aprendido sobre la confianza.

Siguió a Tash con la mirada.

–Es especial, ¿no? –dijo una voz a su izquierda–. ¿Te has acostado ya con ella?

Aiden se giró hacia quien hablaba.

–Merece la pena –siguió el hombre–. Es una dinamo.

El desdén y desprecio de los ojos de Kyle Jardine fue como un golpe en el estómago para Aiden. Sintió una oleada de ira.

–Duras palabras, considerando que te hiciste rico gracias a ella, Jardine.

–O ella se hizo rica tumbada de espaldas. Aunque, bueno, admito que solía ponerse encima.

El deseo de defender a Tash se estrelló con su imagen, rubia y gloriosa, cabalgando sobre él. Tendrían que haberle gustado las palabras de Jardine; confirmaban que era la cazafortunas que suponía. Y que había alcanzado el éxito yendo de cama en cama.

Pero, para su sorpresa, no lo creía. Ni por un momento. Tash no era así.

–No sabía que estabas en la lista de invitados –murmuró Aiden, que sabía que no era el caso.

–Un error administrativo, supongo. He venido con Shannon Carles.

Esa debía de ser su nueva chica «dinamo».

–No era consciente de quién era la protegida de tu padre –siguió Jardine, sin percatarse de la tensión que irradiaba Aiden–. ¿Debería avisarle de que no tiene nada de inocente?

–Su vida personal no concierne a MooreCo –dijo Aiden, cerrando los puños–. Solo hemos contratado su destreza artística.

–Eso solo durará una semana –rezongó Jardine. Vació su copa–. Es

insidiosa.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Aiden, a su pesar.

–No será tu intención. No sabrás cómo ha ocurrido. Pero un día su cepillo de dientes estará en tu baño y su leche favorita en tu nevera.

–Eso no suena demasiado siniestro –de hecho, durante un instante, le sonó bastante bien.

–Es como una de esas arañas que te atrae con su baile seductor y, cuando te tiene atrapado, ¡bam!, deja de ser tan bella y seductora.

–No da la impresión de ser una viuda negra –Aiden no podía imaginársela así.

–Me refiero a que empiezan las lágrimas y la dependencia.

«Dependencia». Él mismo había utilizado esa palabra antes. Aiden miró a Jardine. Se preguntó si él mismo daba una impresión tan desagradable a la gente. Tal vez incluso a Tash.

–Es clásico. Cuando muerdes el cebo, cambia –dijo Jardine, alejándose–. Es lo único que digo.

Aiden pensó que estaba diciendo mucho más. Y probablemente a la mayoría de los asistentes. De repente, los ojos que seguían a Tash dejaron de parecerle benignos. Echó un vistazo a la sala y descubrió a la acompañante de Jardine junto a la otra barra de bar. Sacó su móvil.

Carles y él tenían al menos dos amigos en común. Y le debían más de un favor.

Diez minutos después, Carles metía su móvil en el bolso y escuchaba la retahíla de un airado Jardine mientras iban hacia la salida. Él no podía quedarse allí solo y ella acababa de recibir una llamada urgente de su departamento de marketing.

–Desafortunado, pero inevitable –dijo ella. Aiden, sonriente, abrió la puerta para que salieran.

Cuando se volvió hacia la sala captó la mirada de alivio de Tash. Supo, sin duda, que Jardine había disfrutado pinchándola con su presencia.

–Imbécil –farfulló entre dientes.

–Espero que no me lo digas a mí, cariño –dijo una voz familiar a su espalda.

–Mamá –dijo, volviéndose hacia ella.

–Bueno, aquí estoy. Espero que merezca la pena –anunció ella. Hacía años que Laura Moore no asistía a un evento de MooreCo. Las fiestas empresariales, a diferencia de las cenas, no eran su fuerte. Se sentía incómoda sin un papel central.

–Gracias por venir –murmuró, besando su mejilla. Lo malo era que la razón por la que se lo había pedido ya no le parecía tan sólida como esa mañana a las ocho. Entonces había pensado que la presencia de su madre recordaría a Tash que Nathaniel Moore tenía una amante esposa y que podía arruinar un matrimonio. Y que eso ayudaría a su

padre por las mismas razones.

«Insidiosa». Una fea palabra de un hombre desagradable, pero no podía olvidarla. Era cierto que Tash estaba dejando de ser persona non grata para él. Todo un éxito, considerando hasta qué punto lo había sido el día que entró en su taller.

–¿Con quién está hablando tu padre?

A Aiden se le encogió el corazón, pero se tranquilizó al ver que no se trataba de Tash.

–Margaret Osborne. La esposa de...

–Trevor Osborne, sí, ahora la reconozco. Cielos, los años no la han tratado bien.

Él se estremeció por el alto volumen de su voz. Suponía que al estar tanto tiempo apartada de la escena había perdido sus dotes sociales en asuntos de negocios. Pero ni siquiera en sus mejores momentos habría estado a la altura de Tash ganándose a todos los asistentes.

Condujo a su madre por la sala, hacia su padre. Los ojos de Nathaniel se agrandaron con alarma.

–¿Laura?

Ella acercó el rostro para aceptar un beso y sonrió ante la sorpresa de su esposo.

–Estoy tan asombrada por estar aquí como tú. Tu socio junior me invitó.

–Siempre estás invitada, Laura. Lo sabes.

Aiden nunca había visto tan descompuesto a su padre.

–¿Nathaniel, crees que...? –Tash apareció al lado de Aiden y se detuvo al captar la tensión–. Oh, siento interrumpir –miró con curiosidad a su madre.

Nathaniel estaba, literalmente, sin habla.

–Laura Moore –dijo la mujer, presentándose con una sonrisa–. ¿Y usted es?

–Soy... –empezó Tash, pero ambos hombres la interrumpieron a la vez.

–La invitada de honor –dijo Nathaniel.

–Natasha ha venido conmigo –dijo Aiden.

Tash le lanzó una mirada atónita. Él no sabía por qué diablos había dicho eso. Tal vez porque haber invitado a su madre empezaba a parecerle la peor idea que había tenido en toda su vida.

–Oh, ¿eres la artista? –Laura salvó el momento–. Nathaniel me ha enseñado fotos de tu trabajo. Es maravilloso.

Tash sonrió y Aiden reconoció su sonrisa de «trabajo». La que había utilizado con todos esa noche y con él las primeras veces. Que no pudiera ser educada con la esposa de su mejor cliente despertó de nuevo sus sospechas.

–Gracias, señora Moore.
–Por favor, llámame Laura.
Eso pareció inquietar a Tash, pero mantuvo la sonrisa falsa en los labios. Se preguntó si era el único que había visto el minúsculo gesto de dolor.
–¿Nos conocemos? –preguntó Laura–. Me resultas muy familiar.
–No creo –intervino Nathaniel–. ¿Tal vez por alguna foto del periódico?
–Puede –se llevó los dedos a los labios y movió la cabeza–. No importa, ya me acordaré.
–¿Quieres beber algo, Laura? –preguntó Nathaniel. Todos los ojos se posaron en la copa de vino que ella ya tenía en la mano.
–Tash tiene mucho talento –murmuró Aiden, para salvar la metedura de pata de su padre. Había pretendido interponer la figura de «la esposa» entre Tash y su padre, no causar dolor a su madre. Y si su padre seguía así, ella sospecharía algo–. Su obra va a dar un gran relieve al vestíbulo de entrada a MooreCo.
–Gracias, Aiden. Creo que es la primera cosa agradable que has dicho sobre mí.
–Tu trabajo es muy bueno –puntualizó él.
Ella se rio alegremente.
–Aun así acepto el cumplido. Tengo la sensación de que no sueles prodigarte en tus halagos.
Su madre, de inmediato, llegó a la conclusión equivocada. O no, dado que Aiden había cometido la estupidez de decirle que era su acompañante.
–Es un Moore, Natasha –dijo con tono de conspiración–. Podrías morirte esperando una palabra agradable.
Aiden vio cierta confusión en el rostro de Tash. Tal vez prefería imaginarse a Laura Moore como una esposa fría y distante. No lo era.
–¿Empezamos con los discursos, Tash?
Ella se dio la vuelta, ofreció la única sonrisa genuina de la noche a su padre y, tras excusarse, ambos fueron hacia el pequeño escenario.
–¿Una artista, Aiden? Eso es raro en ti –dijo su madre en cuanto ellos fueron hacia el escenario.
–Tal vez porque no suelo conocer a artistas.
–Parece muy dulce.
–Eso sí que sería raro en mí. Además, ¿cómo lo sabes? Solo habéis hablado unas palabras.
–No necesito conversar con ella para saberlo. Y percibí la electricidad que emitís los dos juntos.
Él pensó que tal vez había malinterpretado el origen de lo que había percibido. Quizás las chispas eran entre Tash y su padre, y la causa del cortocircuito en el cerebro de este último.

–Tráela a cenar.

Aiden pensó que no iba a llevarla a casa de sus padres. Ni en broma.

Las luces se atenuaron y se hizo el silencio entre la gente. Su padre subió al escenario con Tash. Ella se situó al borde de la zona iluminada, educada y tímida, pero intrigante. Pelo rubio con un mechón borgoña cayendo sobre la frente lisa. Sombra alrededor de los ojos y poco más en su rostro inteligente. Hombros y escote cremosos sobre el corpiño cerrado por una cremallera. La luz resplandecía sobre su piel; era fácil imaginarse bajando esa cremallera para ver si la piel que ocultaba era igual de perfecta.

–La luz la favorece –susurró su madre.

A él lo irritó oírla alabar a la mujer que estaba robando la atención de su esposo.

–Creo que simplemente sabe cómo utilizarla.

–No es propio de tu padre estar tan alterado. ¿Será porque estoy aquí? ¿O tendrá una amante secreta escondida en algún lugar de la sala?

Aiden se rio cuando se esperaba que lo hiciera y miró a su padre. El hombre tenso y formal del escenario distaba mucho del hombre relajado y jovial de hacía diez minutos. No encajaba con las bellas imágenes del diseño de Tash, que se veían en la gran pantalla que había tras él.

–...dicho esto, les presento al espíritu creativo de la última adquisición de MooreCo –tomó aire y miró a su mujer–. Natasha Sinclair.

El aplauso del público casi ahogó el gemido de su madre, pero Aiden lo sintió en la súbita tensión de su cuerpo. Vio que, pálida y con los labios apretados, miraba de su marido a su protegida.

Tash empezó a hablar y la cadencia de su voz hipnotizó a la audiencia mientras describía la intención creativa de su tema marítimo, pero eso no palió la tensión de la madre de Aiden, que giró y fue hacia la salida. Él la siguió.

–¿Mamá...? –era obvio que ocurría algo grave. Algo que tendría que haber sabido antes de invitarla a ir allí esa noche.

–Retiro lo de antes –gimió ella–. No traigas a esa mujer a cenar.

«Esa mujer». Él había oído a su madre utilizar esa expresión hablando con sus hermanas, cuando nadie sabía que escuchaba. Pero entonces Tash habría sido una niña, no podía ser «esa mujer».

–¿Qué ocurre, mamá?

–¿Es que no fue lo bastante malo hace veinte años? –clamó ella–. Ahora la trae de nuevo a nuestras vidas a través de su hija. Dios, sabía que me resultaba familiar por algo...

–Cálmate –agarró el brazo de su madre–. Dime cuál es el problema.

–El problema, Aiden, es tu acompañante –lo miró con expresión de agonía.

–¿Natasha?

–¿Sabías quién era cuando me pediste que viniera esta noche?

Él se sintió asolado por la culpabilidad. No había llevado allí a su madre para causarle dolor. Y, en el fondo, no creía que su padre y Tash hubieran hecho nada malo. Aún.

–Es Natasha Sinclair. Una artista... –empezó.

–Puede que sea una Sinclair, pero también es una Porter –dijo su madre con infinito desdén.

Capítulo 4

–«Conocía a mi madre…» –ladró Aiden, empujando a Tash al diminuto guardarropa lleno de abrigos. Cerró la puerta y echó el cerrojo.

–Aiden, ¿qué…? –empezó ella, asustada por su expresión acusadora.

–Tuve que llamar a un taxi porque mamá estaba demasiado histérica para conducir. Me contó la sórdida aventura de tu madre con mi padre. Nunca la habría invitado de haberlo sabido.

–¿Está bien?

–No –apretó los labios–. No te hagas la inocente. Su hermana va de camino a su casa para reparar el daño que has hecho esta noche.

–¿Yo? La invitaste tú.

–Nos buscaste. Te introdujiste en mi familia. Nada de esto habría ocurrido si no fuera por eso.

–Eso no es lo que… –dijo. Pero él no la escuchaba, claro que no. Era un Moore.

–En mi familia la conocemos como Porter –siguió él–. ¿Por qué?

–¡En tu familia era una paria ! –siseó ella, harta de su actitud de macho dominante–. Porter era su apellido de soltera. Así la conocían en la universidad.

–¿Universidad? Pero eso fue años antes.

–Allí se conocieron. Estaban en el mismo curso. Mi madre y la tuya. Eran amigas.

–¿Amigas? –eso lo desconcertó–. Supongo que entonces no debería de sorprenderme tu comportamiento, eres tan traicionera como ella.

–Tu padre también traicionó –dijo ella acercándose a él e irguiendo los hombros.

–Oh, sí, a él también tengo cosas que decirle. Pero esta conversación va sobre ti.

–¿Por qué? Yo tenía siete años cuando tuvieron… –no fue capaz de decir «una aventura». Ni siquiera era la palabra correcta para definir un único fin de semana. Aun así sabía que su amor había durado décadas.

–Eres culpable por asociación –la miró con ira–. ¿Por qué has reaparecido en nuestras vidas?

–Porque ella murió, Aiden. Y murió amando a tu padre –se tragó un sollozo–. Quería conocer al hombre que fue dueño de su corazón

tantos años.

–¿Por qué removerlo todo?

–No he removido nada. Quería conocerlo, hablar con él. Darle paz. Fuiste tú quien te empeñaste en contratarme y hacer que entrara en vuestras vidas. Tú quien trajiste a tu madre esta noche y arrancaste una costra de hace décadas.

A pesar de que tenía razón, él no parecía dispuesto a aceptarlo. Buscaba discusión.

–La miraste como si no te gustara.

–¿Por qué iba a gustarme la mujer que participó en arruinarle la vida a mi madre? ¿Por qué ibais a gustarme ninguno de vosotros? Los Moore denigrasteis su nombre siempre que pudisteis. Prácticamente se convirtió en una exiliada en su comunidad por vuestra culpa.

–A mí no me metas. Yo tenía tu edad.

–Cierto. Nosotros no fuimos responsables, pero nos tocó pagar las consecuencias.

Él parecía querer seguir discutiendo, pero la lógica del argumento era irrebatible

–¿Sólo querías conocerlo? –inquirió.

–Necesitaba hacerlo. Él aparece en todos los diarios de mi madre. Quería darle una conclusión a su historia, por ambos. Por su paz.

–¿Por eso está tan obsesionado contigo?

Ella comprendió lo que temía Aiden Moore.

–¿No era bastante malo que pensaras que lo perseguía? ¿Ahora piensas que hay algo entre nosotros? –la idea la habría inquietado si la verdad no fuera tan obvia–. Soy la sombra de una obsesión. Una última oportunidad de acercarse a algo que una vez deseó con locura.

–Estás hablando de mi padre, Tash.

–Lo sé. Y lo siento. Pero estaban enamorados. Sencillamente, nunca pudieron estar juntos.

–Solo lo suficiente para que los descubrieran.

–No los descubrieron. Tu padre confesó.

–¿Qué quieres decir?

–Solo estuvieron juntos una vez. Él se sentía culpable por traicionar a tu madre. Así que le contó lo ocurrido y nunca volvió a ver a la mía.

En realidad, había traicionado a Laura Moore toda su vida al amar a otra mujer en secreto, y a él mismo por no actuar en consecuencia. Pobre Nathaniel, pobre Laura, pobre Adele. Ninguno de ellos había sido feliz.

–¿Se lo contó ella a tu padre?

–Lo descubrió por amigos comunes –Tash bajó la mirada. Ella habría sido más directa que su madre, pero no había estado atrapada por la violencia de un hombre airado y cruel.

–La falta de valor debe de ser cosa de familia.

–A mí puedes insultarme –empujó su pecho con fuerza–, pero no te atrevas a impugnar a una mujer que ya no puede defenderse.

Él, impasible tras el empujón, no contestó, pero sus ojos oscurecieron un par de tonos.

–Debe de haber sido especial, tu madre –dijo–, para inspirar tanta pasión a su hija y tanta traición a mi padre.

–Era una mujer maravillosa. Y el tango se baila entre dos. Sobre todo en horizontal –no pudo evitar imaginarse en horizontal con Aiden.

–Estás convencida de eso.

–Sí, lo estoy. Lamento que causara dolor a tu familia, pero no que mi madre disfrutara de un único fin de semana en el paraíso durante lo que fue una vida triste en casi todos los sentidos.

–¿Tanto lo quería?

–Vivía por él.

Aiden bajó la cabeza y cerró los ojos. Tash se recordó que su mundo, su familia, acababa de tambalearse.

–¿Quieres cancelar el encargo? –preguntó.

–No –abrió los ojos–. Tenemos un contrato. Además, el siguiente paso le corresponde a mi padre. Si te pide que te vayas, ¿lo harás?

–Si me lo pide. Sí –dijo ella. Sabía que Nathaniel no lo haría, pero si quedarse implicaba hacerle daño, se iría lo quisiera él o no.

–Eres toda una paradoja –murmuró Aiden–. Jardine dice que eres insidiosa.

–Kyle es un borracho malvado.

–Pero no se equivoca.

A ella se le encogió el corazón. Había esperado algo mejor del hijo del hombre al que su madre había amado. Era una estúpida.

–Hay algo en ti… –siguió Aiden–, que no sé cómo definir –puso un dedo sobre el borde superior de su corpiño y lo siguió.

Ella sintió una bola de fuego en el pecho. La conexión entre ellos era innegable. Abrasadora.

–Hace dos minutos estabas enfadado.

–Sigo enfadado. Pero no contigo en concreto.

–Y hace dos minutos pensabas que me acostaba con tu padre.

–Pero no lo haces –se acercó más a ella–. Y me desconcierta cuánto me alivia eso.

–¿Por qué te alivia?

–Porque significa que puedo hacer esto –dijo Aiden, capturando sus labios con los suyos. Lo hizo como si tuviera la certeza de que encajarían y serían bienvenidos. Ella no se resistió cuando la rodeó con los brazos y la apretó contra sí.

Cada mirada libidinosa, cada comentario hiriente había estado

conduciendo a eso. Tash se preguntó si él lo sabía tan bien como ella. Deseaba responder a él, a su tamaño, a su intensidad y su abrumadora virilidad, pero algo le decía que si cedía un milímetro estaría perdida.

Aiden Moore era un hombre que sabía lo que quería y cómo lo quería. En ese momento se trataba de «ella, allí en el guardarropa de la fiesta de MooreCo».

Como si percibiera su leve rechazo, él enredó los dedos en su pelo y tiró hacia atrás, para tener acceso a su cuello. A ella la excitó aún más esa actitud dominante. Él la besó mientras, con la otra mano, levantaba su falda.

Toda ella respondía a su magnetismo. Sería fácil abrazarse a su cuello y permitir que la besara hasta matarla. E igual de fácil permitir que la subiera al mostrador y rodearlo con sus piernas.

–¿No te resultará difícil explicarle esto a tu madre? –le dijo, entre besos.

–No suelo pedir su voto respecto a con quién me acuesto –le susurró él al oído.

–Estás suponiendo que me acostaré contigo.

–Oh, lo harás –mordió sus labios–. Además, no es como si fuera a llevarte a cenar a casa con la familia ni nada de eso.

Ella sabía que estaba haciendo referencia al feudo familiar, pero esa cruda realidad la sacó de la neblina sensual que la envolvía. Se había prometido no dejar que volvieran a tratarla así. Apoyó ambas manos en su pecho y empujó.

–No podemos hacer esto –dijo.

–¿Quieres decir hacerlo aquí?

–Quiero decir hacerlo. Punto.

–Pero no estás acostándote con mi padre...

–Ahora trabajo para ti.

–¿Y?

–Por lo tanto es inapropiado –afirmó ella–. Y es demasiado lioso, políticamente hablando.

–Contaba con que fuera lioso –dijo él, acercándose con una sonrisa ladina.

–Aiden, para –empujó con más fuerza.

–¿Lo dices en serio?

–Claro que sí. ¿Acaso creías que estaba jugando a hacerme la difícil?

–Bueno... sí –arrugó la frente–. ¿Es porque estamos en un sitio demasiado público?

En realidad, el riesgo de que alguien llamara a la puerta la excitaba aún más, pero no lo dijo.

–Es por el tema familiar. Porque tú y yo nunca funcionaríamos bien. Además, apenas te conozco.

–Conoces a mi familia. Sabes dónde trabajo, lo que me gusta almorzar y que bebo bourbon. Y sabes lo que pasa cuando nuestras feromonas se mezclan. ¿Qué más hay aparte de eso?

–Otras cosas. Cosas normales –dijo ella. Era obvio que en el mundo de él, donde las relaciones duraban días, no había más. Anhelaba ser tratada como un tesoro, no como una conquista–. Pero da igual. Esto –señaló de uno a otro–, no va a ocurrir.

–Las razones que acabas darme tienen solución –la ayudó a estirarse la falda–. Lo mantendremos en secreto. Así no será problema.

–Seguirá siendo un problema –lo miró fijamente. La mente masculina era compleja, bella e ingenua–. Pero escondido –y también deshonesto. Y vulgar. Estaba harta de esas cosas.

Él siseó con expresión huraña.

–No estás acostumbrado a oír «no» a menudo, ¿verdad? –dijo ella, escrutando su rostro.

–No voy a echarme a llorar –soltó una risa burlona–. Ni a suplicar.

–No puedo ni empezar a imaginarme cómo sería ver eso –le devolvió ella. Él se ajustó la corbata–. Me das la impresión de ser uno de esos que solo me desea porque no puede tenerme.

–¿Eso piensas?

–¿Me equivoco?

Aiden estrechó los ojos y la miró fijamente, sin intimidarla ni lo más mínimo. Tash comprendió que en ese momento era ella quien tenía el poder. Y que él debía odiar eso.

–¿Y ahora qué? –le preguntó.

–Ahora saldrás de aquí un rato antes que yo –respondió él. Ella soltó una carcajada.

–¿Ahora te preocupa mi reputación?

Él sonrió y le abrió la puerta.

–La tuya no, Tash...

Aiden la vio salir con una seguridad que estaba convencido que era simulada. Estaba tan afectada como él por lo que acababa de ocurrir. Lo había visto en sus ojos.

Pero no sabía si la había afectado lo que había hecho él, o lo que había hecho ella misma.

Había cerrado la puerta a la parte de su mente que tendría que haber estado analizando lo que había averiguado sobre su familia. Lo haría en un momento más apropiado, a solas. O dejaría esa puerta cerrada. Lo hecho, hecho estaba, analizarlo no cambiaría nada.

Así era como solía funcionar la familia Moore. Si uno se esforzaba lo bastante en ignorar algo... dejaba de existir. Pura cuestión de tiempo.

Solo había visto a su madre como esa noche una vez antes. Pero no la había visto, la había oído a través de los conductos de ventilación de su dormitorio, cuando ella lloraba con desgarro en la bodega del sótano. Hacía veinte años de eso. Por eso no había sabido qué hacer cuando la madre que adoraba se había desmoronado ante él esa noche. Excepto sacarla de allí y enfurecerse.

Había buscado desquitarse, pero la lógica infalible de Tash le había robado ese desquite, así que había cambiado de táctica y redirigido su ira.

Besarla era una idea mucho mejor. Encenderla y doblegarla a su voluntad era una anestesia satisfactoria y selectiva. Él era incapaz de sentir angustia y deseo al mismo tiempo. Había adormecido aquello en lo que no quería pensar, y estimulado lo que le hacía disfrutar.

Al principio, los ojos chocolate de Tash habían escupido resistencia, para luego fundirse de pasión. Le había encantado ese momento de poder y, más aún, su intrigante mezcla de excitación y rendición.

Hasta que ella había vuelto las tornas, claro.

–Hijo...

–Después, papá – fue hacia el bar.

–Tenemos que hablar.

–Después –le dijo por encima del hombro. Necesitaba alejarse de él hasta que sus heridas empezaran a cicatrizar. Ya en el bar, pidió un bourbon doble. También era buena anestesia.

Escrutó la sala buscando un destello de cabello rubio. Tash sonreía y charlaba con un cliente de MooreCo; captó que era una pose forzada.

Lo complació saberse responsable de esa fragilidad. Era su justa venganza por el hecho de que, mientras simulaba un falso interés para apartar a Tash de su padre, ese interés se había convertido en algo muy, muy real.

Capítulo 5

Tash dejó de contemplar el partido de fútbol y se centró en Nathaniel, que volvía a sentarse tras dar un salto para celebrar un gol de su equipo.

–¿Nunca se lo dijiste?

Nathaniel miró a Aiden, que charlaba en la sala con dos hombres, junto a la mesa en la que se ofrecía una deliciosa selección de mariscos.

–¿Cómo iba a decírselo? Es mi hijo.

–¿Y lo descubrió aun así? –murmuró Tash.

–Era un niño muy callado y la gente solía hablar más de lo debido delante de él.

–¿Qué carácter tenía? –preguntó Tash. No podía imaginarse a Aiden como un niño callado.

–Era un niño espectacular –la expresión de Nathaniel se suavizó–. Pensativo y considerado. Deseoso de aprender. Centrado. Ya entonces pensaba las cosas en profundidad.

«¿Pensativo y considerado?».

–¿Y qué le ocurrió? –en cuanto lo dijo, Tash comprendió su falta de delicadeza.

–No lo juzgues mal, Tash. Aiden siente las cosas de forma apasionada y tiene un sentido muy refinado del bien y el mal. Algunas veces esas cosas entran en conflicto.

–¿Y eso incluye a su padre? Sé qué estás alojado en un hotel. ¿También evitas la oficina? ¿O eso le toca a él? –Tash sabía que solo habían ido juntos al partido porque era lo que esperaba la gente. Tenían que parecer unidos.

–Aiden creció con las murmuraciones y desconociendo los hechos –dijo Nathaniel.

Eso era lo que hacían los padres. Defender a sus hijos en todo momento, incluso de las críticas. Así debía ser. Pero ella jamás lo había visto en Eric Sinclair. Sintió un atisbo de envidia.

–¿Alguna vez pensaste en decírselo cuando se hizo adulto?

–Me importa demasiado su buena opinión de mí –Nathaniel movió la cabeza.

–Tenías que saber que lo descubriría. Y tu esposa también… Antes o después iba a ocurrir.

–Supongo que creí que podía retrasarlo, controlarlo. Hasta dejar

las cosas claras por fin.

–Querías que ocurriera –comprendió ella.

Él suspiró y dejó caer los hombros.

–Sí, quería que saliera a la luz. Negar a tu madre rompió algo dentro de mí. Ahora ella ya no puede salir perjudicada. Por fin puedo reconocer lo nuestro. Reconocerla a ella.

Después de treinta años de silencio. La miró con ojos cargados de tristeza.

–Te he utilizado, Tash. Pero no pretendía hacerte daño. Lo siento mucho.

–No me has hecho daño –«tu hijo sí», pensó–. Pero lamento lo que implica para tu matrimonio.

–Eso es algo que tendremos que solucionar Laura y yo –suspiró con pesar–. Mi matrimonio lleva mucho tiempo herido. Dos veces me faltó la fuerza necesaria para hacer lo que debía hacer. Tal vez haya madurado por fin.

–¿Dos veces? –aventuró ella. Los diarios de su madre afirmaban que no habían vuelto a verse tras esa única vez, dos décadas antes.

–No volví a ver a tu madre desde que eras niña –sonrió y le dio una palmadita en la mano–. Me refería a antes. En la universidad.

–No entiendo qué quieres decir.

–Tu madre y yo estábamos juntos antes de que empezara a salir con Laura.

–¿Qué? –Tash se enderezó–. ¿Por qué no aparece eso en sus diarios?

–Quizás por tu padre –respondió él–. Era un hombre vengativo y celoso. Oír mi nombre lo enfurecía. ¿Tal vez temía que leyera sus diarios?

Sin duda, su padre habría hecho eso y luego descargado su ira en su madre.

–Pero después estuvisteis juntos y sí escribió sobre ello –si no lo hubiera hecho Tash no sabría nada del asunto.

–Ya había dejado a tu padre cuando lo escribió. Una vez me dijo que dejaba páginas en blanco para escribir sobre mí más adelante.

–¿Y crees que las rellenó después?

–Supongo. Cuando se sintió segura.

«Segura». Eso implicaba que sabía la verdad.

–¿Cómo pudiste dejarla con él, sabiendo lo violento que era? –susurró ella.

–Actué en cuanto lo supe a ciencia cierta. Pero Adele se negó a que me expusiera –palideció–. Lo único que pude hacer fue darle el dinero necesario para alejaros de él. Y dar pie al detonante –añadió con expresión incómoda, evitando su mirada.

–¿Detonante?

–Hice que Eric se enterara de lo nuestro. Para forzarlo a dejarla. Tu madre nunca lo supo.

De repente, el desliz de su tía Karen cobró sentido. No había sido accidental.

–Pero entonces sí que te expusiste.

–No me importaba mi reputación. Quería que ella estuviera a salvo. Y también tú.

Tal vez ya había querido sacarlo todo a la luz hacía veinte años. Así que había creado el detonante y financiado la huida y la casita.

–¿Qué ocurrió en la universidad? ¿Por qué no seguisteis juntos? –había sido un gran amor.

–Ocurrió Aiden –él encogió los hombros.

–¿Te acostaste con Laura mientras estabas saliendo con mi madre? –lo miró desolada.

–No –dijo él con fiereza–. Rompimos durante tres semanas por una tontería, pero entonces... –enrojeció–. Era un crío y me creía muy listo. Me acosté con Laura por despecho.

–Y se quedó embarazada.

–Así es.

–¿Cuándo lo descubriste?

–Un mes después de que tu madre y yo volviéramos a estar juntos.

–¿Y volviste con Laura?

–Estaba embarazada. Eran otros tiempos.

Cierto, pero habían sido los años ochenta, no los cincuenta. Nathaniel Moore era muy anticuado en ciertos sentidos. Tal vez tenía un sentido del honor tan retorcido como su hijo.

–¿Y mamá?

–Quedó devastada. Creo que nunca habría iniciado una relación con Eric si yo no le hubiera hecho tanto daño.

–Te culpas por ello.

–Cada día de los últimos treinta años.

–¿Y no culpas a Aiden? –preguntó ella, sin saber bien por qué le interesaba la relación entre los hombres. Nathaniel estudió su rostro.

–Tash. Espero que no estés pensando en... Aiden y tú no serías buena pareja.

–¿No soy lo bastante buena para el heredero Moore, Nathaniel? –preguntó ella, decepcionada con él e irritada por el comentario.

–Me conoces mejor que eso. Sería afortunado si encontrara a una mujer tan inteligente, talentosa y buena como tú.

–Es tu hijo –replicó ella.

–Lo es. Por eso puedo decirte que sería malo para una mujer tan bondadosa como tú. Creo que puedes encontrar... algo mejor –afirmó.

–No tienes por qué preocuparte. No tenemos esa clase de relación –dijo ella, incómoda.

–Prométeme que no tendrás nada con él.

Ella recordó los besos en el guardarropa.

–Prometo no conformarme nunca con menos de lo que creo que me merezco. ¿Te vale eso?

–Tash… –su expresión sombría dejó claro que no le parecía suficiente.

–Lamento interrumpir –dijo una voz hosca a su espalda–. Richard esperaba contar con tu atención en algún momento de la tarde.

Nathaniel se tensó como si lo hubieran descubierto hablando con Adele en vez de con su hija. Tash aprovechó el momento para pensar en la advertencia de Nathaniel respecto a su hijo.

–Sí. Por supuesto –dijo Nathaniel. Se excusó y cerró la puerta de cristal que separaba la vista del estadio de la sala social que había detrás.

Los hombres no se miraron al cruzarse. Aiden se sentó a ver el partido.

Para Tash fue terrible contemplar la lejanía existente entre dos hombres que se querían.

–¿Qué tal? –preguntó tras un tenso silencio.

–¿Cómo va la pieza? –le devolvió él.

–Muy bien. Va a ser muy interesante.

Siguió un nuevo silencio. Antes de que ella pudiera romperlo, él la miró directamente.

–No necesitas fingir interés en las cosas para pasar tiempo con él, ¿sabes? No va a alejarse ahora que te ha encontrado.

–No estoy fingiendo nada –Tash suspiró. Por lo visto no iba a haber tregua entre ellos.

–Pues no pareces una fan de los Aussie Rules.

–Es mi equipo. Solía venir aquí con mi madre. Me encanta el fútbol.

–Ya, ya.

–¿Tan difícil te parece de creer?

–No cuadra contigo. Y te ríes de todos sus chistes. ¿Vas a decirme que eso no es adulación?

–Compartimos el mismo sentido del humor –Tash arrugó la frente. No entendía nada.

–Hasta has adoptado alguno de sus manierismos. Por ejemplo alzar una sola ceja.

–Yo y medio mundo –rezongó ella.

–Le estás dorando la píldora.

–No. Sencillamente tenemos cosas en común.

–Cosas cuidadosamente pensadas.

–¿Por qué iba a hacer eso?

–Para acercarlo a ti. Para tenerlo bien atado.

–¿Con qué fin? Tú mismo has dicho que no va a irse a ningún sitio.

–No sé. ¿Quizás para hacerte sitio en su vida?

«¿El sitio que te corresponde a ti?», pensó ella, al ver un atisbo de desesperación en su mirada.

–Aiden, veo lo mal que están las cosas entre tu padre y tú y sé lo duro que es eso…

–¿Ah, lo sabes? ¿En serio?

Desde luego que lo sabía. Tash había pasado toda su infancia intentando ser lo bastante buena para complacer a su padre.

–Estoy segura de que es más fácil dirigir tu ira hacia mí… –empezó de nuevo.

–¿No crees que te has ganado mi ira?

–Los dos éramos niños entonces.

–No hablo de entonces. Hablo de ahora.

–¿Qué he hecho para airarte tanto?

–Flirteas con él. No digo que sea algo sexual, pero revoloteas a su alrededor, manteniéndolo atrapado en tu anzuelo.

–Yo…

–¿Qué posibilidades tiene de arreglar las cosas con mi madre si tú no dejas de recordarle a ella?

–¿Es eso lo que quieres? –bajó la voz–. ¿Que a arreglen las cosas?

–Quiero visitar a mi madre y no encontrarla con un centímetro de maquillaje para disimular los ojos hinchados. Quiero que mi padre vuelva a centrarse en MooreCo y en los negocios en vez de en el pasado. Quiero que deje de buscar excusas para invitar a la sombra de ella a todas partes.

A Tash le dolió que Aiden solo la viera como la sombra de su madre. Ladeó la cabeza.

–Creo que habrías preferido que tu padre y yo estuviéramos teniendo una aventura amorosa.

–¡Diablos, sí! Al menos solo sería algo físico.

–¿Y eso por qué? –ella, que empezaba a burbujear de ira, enderezó la espalda.

–Por lo que sois: un director ejecutivo y una artesana. Al menos no habría amenaza emocional.

Había dicho «artesana» como si quisiera decir «cortesana». Eso reabrió una vieja herida en ella.

–¿No te parece posible una relación entre un director ejecutivo y una sopladora de vidrio?

–¿A ti sí? –él soltó una risotada dura.

–No veo por qué no –encogió los hombros–. Tú parecías bastante interesado el otro día.

De repente, ella comprendió que no estaban hablando de Nathaniel, sino del delicioso episodio en el guardarropa. Entonces lo

único importante había sido la química entre ellos.

–A corto plazo, sí –la miró de arriba abajo–. Me refiero a algo más permanente.

«Amenaza emocional», había dicho. Como si las relaciones largas fueran un peligro para él.

–¿Estás diciendo que no me merezco más?

–Eres una mujer muy bella, con un talento excepcional. Te mereces mucho más de lo que has tenido. Pero provenimos de mundos diferentes.

–Soy perfectamente capaz de manejarme en tu mundo. Lo hice durante un año.

–El mundo de Jardine es nimio comparado con el mundo de tiburones en el que me muevo yo. No aguantarías una semana.

–Demuéstralo –lo retó ella.

–No necesito demostrarlo. Lo sé.

–Venga, Moore. Da validez a tus palabras. ¿Quieres apostar algo?

–¿Sobre si sobrevivirías en mi mundo? Sí.

–Bien, porque tienes ideas muy poco atractivas sobre la vida y creo que te equivocas –de repente, demostrarle su error adquirió una importancia vital. Por el bien de ambos.

–Eso es ridículo.

–¿Me quieres fuera de circulación? –lo retó–. No distraeré a tu padre si paso todo el tiempo contigo, ¿verdad? ¿No es eso lo que quieres?

–¿Qué estás ofreciendo? –preguntó él.

–No lo que estás pensando –lo atajó ella–. Déjame demostrarte que el estatus no incide en que dos personas puedan llevarse bien.

–¿Llevarse bien? ¿Es eso de lo que hablamos?

–Con una condición –ella ignoró su pregunta–. Que me demuestres la misma cortesía.

–¿Cómo? –los ojos azules se fruncieron.

–Haciendo algunas cosas conmigo. Aún no sé cuáles. Mi tipo de cosas.

–¿Y qué demostraría eso?

–Que eres un tipo decente. Y que las relaciones funcionan en ambos sentidos.

–¿Por qué tiene importancia eso? –cuestionó él, acercándose más.

Tash no tenía ni idea, pero la tenía. Tanto como probar que ella podía relacionarse con la gente de su clase. Quería ver un atisbo del Aiden que veía su padre. El de la infancia, si aún existía.

Él entreabrió los labios con ironía. Miró hacia el salón social, donde algunos de los mejores clientes de MooreCo estaban dejando seco el bar y comiendo marisco.

–Si esconderte en el palco para ver el partido es tu idea de cómo

manejar a la gente de la alta sociedad, mal empezamos.

–Disculpa, pero creí que me habían invitado a ver el partido –Tash echó la cabeza hacia atrás, indignada–. Que empiece el juego, pues –fue hacia la puerta, sonriente–. Caballeros…

Hacía falta un talento especial para distraer a un grupo de ejecutivos privilegiados de una barra libre y un bufé de mariscos, pero Aiden disfrutó observando cómo lo conseguía Tash. Había visto su magia en acción en la fiesta de lanzamiento, pero había sido un entorno muy distinto. El grupo corporativo de MooreCo era un paraíso de excesos e indulgencia. Una mujer con el aspecto de Tash se exponía a que alguien le metiera un billete de cincuenta en el escote.

No tardó en tenerlos comiendo de su mano.

Sin duda especulaban sobre ella, pero en silencio. La estaban tratando con respeto, algo poco habitual en esa sala.

–¿Vas a limitarte a observar? –dijo ella.

–Parece que te manejas de maravilla tú sola –le contestó. No podía dejar de pensar en cuánto le gustaría ser el causante del bonito tono rosado de sus mejillas. Pero para eso tendría que echar a todos de allí–. ¿De qué hablas con ellos?

–Del partido. De la instalación. De cómo funciona el soplado de vidrio.

–¿Y qué pasa cuando agotas esos temas?

–Simulo interés en sus negocios.

–¿Eso fue lo que hiciste conmigo al preguntarme por MooreCo? –soltó una risotada.

–Adoras hablar de ti mismo y, por extensión, de tu trabajo. Era lo más apropiado.

Él no puedo evitar reírse. Era verdad. Un ego fuerte era esencial en su nivel de trabajo.

–¿Nadie te lo había dicho antes? –ella ladeó la cabeza de esa manera tan similar a la de su padre.

–La gente suele ser demasiado educada para comentar esas cosas.

–Una ventaja de ser «artesana» –le devolvió ella–. Se nos tolera lo socialmente inapropiado. Por cierto, ¿dirías que me estoy acoplando bien?

–De maravilla –él no pudo controlar la sonrisa.

–¿Estás dispuesto a comerte tus palabras?

–Ni por asomo.

–Esta sala está llena de ejecutivos ambiciosos. ¿Qué más necesitas para convencerte?

–Una sala llena de sus ambiciosas esposas –él conocía bien esa ralea. Mujeres hambrientas del éxito de sus maridos y del estilo de

vida que conllevaba. Protectoras de lo suyo y suspicaces en cuanto aparecía una joven atractiva. Su madre, en pocas palabras–. Después de eso, me lo pensaré.

–¿Después de qué?

–De que vengas a cenar conmigo el viernes por la noche. En Maxima.

Era el restaurante más exclusivo de la ciudad, pero eso no impresionaba a Tash en absoluto.

–Una cena de negocios en fin de semana –ella estrechó los ojos–. Muy conveniente.

–Suelo tener una cada fin de semana –a veces eran dos, y no sabía por qué estaba justificándose.

–¡Qué pesadez! –ella arrugó la nariz.

–Son negocios –arguyó él. Aunque era cierto que cada vez le costaba más no aburrirse.

–¿Y siempre te dejas llevar por los negocios? –Tash se acercó a él un poco más. Tentativa.

–MooreCo no se dirige sola

–¿Y la diversión? ¿El placer?

–¿Estás ofreciéndome algo?

–¿Te acuerdas siquiera de lo que es divertirse?

–Tengo buena imaginación –rezongó él, admirando su coraje.

Ella le lanzó una sonrisa ácida que no debería haberlo excitado, pero lo hizo. Solía salir con mujeres complacientes o agresivas. Buenas en sociedad o en la cama, pero nunca en los dos sitios. Las mujeres que le gustaban en el dormitorio no encajaban en eventos sociales. Y las que lo hacían lo aburrían en la cama.

–¿Aiden?

Él se obligó a volver a la conversación.

–¿Mañana? Trabajar. Es lunes.

Ella no se quejó de que hubiera perdido el hilo, y le gustó que no lo hiciera.

–Supongo que era una pregunta estúpida. ¿Puedes hacer un hueco en tu día de trabajo?

–¿Para qué?

–Un viajecito.

–¿Adónde? –Aiden tenía la impresión de que un «viajecito» sonaba a unas horas, no a un hueco.

–Yo he cumplido aquí. Ahora te toca a ti ver como vive el resto del mundo. Mañana la entrada al observatorio marino es a mitad de precio.

–No. Mañana es un día de trabajo.

–Trabajas todos los días.

–¿Y si vamos en fin de semana y pago yo?

–Eso sería de una condescendencia insultante.

Él sabía que lo estaba entrampando, pero podía seguirle el juego sin dejar de trabajar, para eso tenía un móvil de última tecnología.

–De acuerdo. Acuario a mitad de precio.

–Observatorio marítimo –corrigió ella–. Un acuario no tiene nada que ver con esto. Veremos el fondo marino a través de un cristal. Real, nunca se sabe lo que uno va a ver.

Él sabía que iba a verla a ella y eso era lo único que importaba. Era inquietante, hacía una década que no perdía un día de trabajo por una mujer. Pero, al mismo tiempo, lo estimulaba.

–Mejor que sea después del almuerzo –aceptó.

Capítulo 6

«¿Es posible?». Aunque estaba rodeado de belleza, no dejaba de mirar su móvil.

–Te veo –murmuró Tash–, en el cristal.

Aiden alzó la mirada, acababa de leer el último mensaje de correo. Estaban en un observatorio marino, una especie de burbuja de cristal, rodeados de peces curiosos que se acercaban al vidrio como si se preguntaran por qué no podían integrarse en el mundo humano.

–Tú estás trabajando –dijo él–. ¿Por qué no puedo hacerlo yo?

–Porque el objetivo de esto es que demuestres que puedes dar tanto como yo –apuntó Tash. Él no pudo evitar echar otro vistazo al móvil–. ¿Cuántos tratos has cerrado desde que llegamos?

–No cierro tratos por correo electrónico –su mirada habría estremecido a cualquiera, no a ella.

–Ya, pero...

–He aprobado tres –admitió él.

–A tu invitados les encantará que en la cena del viernes me siente en un rincón a dibujar.

–No es lo mismo –Aiden sonrió.

–Es exactamente igual.

–¿Contenta? –preguntó él, apagando el móvil.

–Lo estaré si te lo metes en el bolsillo –rio al verlo titubear–. Ay, Aiden. Creía que ignorar a tus clientes una tarde los mantendría en vilo. ¿No es esa una de vuestras tácti-
cas?

–No se trata de los clientes, sino de evitar que se acumule el trabajo.

–Ya, ya –dijo ella volviendo a concentrarse en su boceto. Iba a convertir el silencio en su arma.

–Vale, señorita lista ¿de qué crees que se trata?

–Creo que se trata de control, no de dirección.

–No es la primera vez que me llaman maníaco del control.

–Yo no diría maníaco. Entiendo que el control es necesario en tu rol ejecutivo. Pero tendrías que poder controlar que eso te controle a ti.

Él la miró fijamente. Ella, ignorándolo, volvió a concentrarse en su boceto.

–Te mueres por volver a encender el móvil. Reconócelo –murmuró

Tash.

Él enrojeció, pero le ofreció el teléfono. Ella sonrió, en parte triunfal, en parte complacida porque hubiera aceptado la verdad sin discutir. Guardó el móvil en su bolso.

Él se puso en pie, se acercó al muro de cristal, echó un vistazo y volvió a sentarse junto a ella.

–Si no puedo trabajar, veré cómo lo haces tú.

–Mira los peces –señaló el agua con el lápiz.

–Estoy mirando los peces –dijo él, sin dejar de mirar su boceto–. Viéndolos como los ves tú.

–Seguro que los vemos igual.

–Nuestros ojos puede, no nuestros cerebros.

–¿Qué ves tú? –preguntó ella.

–Comida –contestó él, tras mirar las siluetas plateadas que surcaban el agua tras el cristal.

–Salvaje. Espera un poco, todo empieza a y media...

–¿Qué empieza?

–Una sorpresa. Algo encantador –dijo ella, mirándolo a los ojos.

–¿Encantador? ¿Eres Mary Poppins?

–Me gustan las cosas bonitas.

–Como a todas las mujeres –rezongó él.

–Los momentos bonitos, no las posesiones.

–Pues hace un momento te ha encantado agarrar mi móvil de cuatrocientos euros.

–Aiden, si de veras te cuesta tanto, te devolveré el móvil ahora mismo.

–No. Estoy bien –Aiden se moría por dentro, pero admitir su debilidad habría sido patético.

–Excelente –sonrió ella–. Dentro de un momento la vida marina se volverá espectacular.

Segundos después la luz artificial empezó a atenuarse. Los rayos de sol que atravesaban la superficie del océano crearon una especie de aura hipnótica en el agua oscura. Lentamente, fueron encendiéndose luces ultravioleta.

Los aburridos peces grises se transformaron en seres de otro mundo. Unos morados, otros azul intenso, otros escarlata. Luminiscentes, brillantes.

Aiden tragó aire, atónito.

–Impresionante, ¿no?

–Es precioso –susurró él en la oscuridad–. ¿Es así como se ven unos a los otros?

–Eso es lo que me gusta pensar. ¿Para quién si no iban a lucirse así?

–¿Es así como los ves tú?

–Veo su potencial antes que la realidad –musitó ella–. Hasta la criatura más gris tiene su lado oculto, que hay que ver con la luz adecuada.

–¿Es eso lo que estabas dibujando? –preguntó él, al fijarse en una estrella de mar que había pasado de un marrón apagado a un naranja intenso. Antes ni siquiera la había visto.

El lado izquierdo del cuaderno de Tash estaba cubierto de diminutas patas con ventosas.

–Últimamente me ha dado por los pies. La última vez que vine una estaba escalando por el cristal. Pasé aquí unas seis horas, hasta que se fue –Tash había memorizado cada borde, cada arruga, cada cambio de volumen en esas ventosas, mientras pensaba cómo convertirlas en cristal.

Aiden, en silencio, empezó a mirar de verdad, hasta que, lentamente volvió la luz. Ella suspiró.

–¿Por qué no ponen luz negra todo el tiempo? –preguntó él.

–Porque la gente podría pensar que se ven así bajo el agua. Me gusta imaginar su mundo vibrante y colorido, en vez de apagado y gris, pero sé que su luz no está destinada a mis ojos.

–Entonces, ¿por qué nos confunden con dos percepciones tan distintas?

–Su visión es espectacular. Creo que es saludable saber que hay una parte del espectro que no vemos. Nos recuerda la humildad.

–¿Es eso lo que intentas proyectar en tu arte?

–Me gusta percibir cosas distintas en distintos entornos –contestó ella tras pensarlo un poco–. Así que es posible que lo que hago refleje eso, sí.

–¿Seguimos hablando de peces?

–También de la gente –lo miró a los ojos–. Los humanos son muy dependientes de su contexto.

–¿Cómo me percibes a mí?

La carcajada de ella rebotó en el cristal.

–¿Cómo me percibes en diferentes entornos? –rectificó él, un tanto molesto.

Ella se tomó su tiempo, como si estuviera reflexionando, aunque había pensado lo suficiente sobre Aiden para tener clara la respuesta.

–En el contexto profesional eres arrogante, decisivo e impaciente. Brillante, sin duda, pero tendiendo a despiadado cuando quieres algo –como no parecía molestarse por la descripción, siguió–. Socialmente tienes buenos valores y cooperas. Eres generoso con tu dinero y tu tiempo y sueles sentirte cómodo...

–Aún no me has visto en Maxima.

–Eso es más trabajo que vida social, allí te dominará la estrategia. Con tu madre eres protector y tan vulnerable como puedes ser. Con tu

padre, típico hijo: respetuoso pero frustrado.

–¿Frustrado?

–Estás deseando que se quite de en medio para poder dirigir MooreCo tú.

–Eso no es lo que quiero –frunció el ceño.

–Tu lenguaje corporal niega lo que dices.

–Quiero a mi padre.

–Te creo –aceptó ella–. No son sentimientos excluyentes.

–¿Y cuando estoy contigo? –se acercó a ella–. Cuando estamos solos, tú y yo. ¿Cómo me percibes ahora? –murmuró.

–Como un tiburón –farfulló ella–. Merodeando, evaluando, enseñando los dientes para demostrarme que los tienes. Sin quitarme la vista de encima. Estudiando cada movimiento.

–Sin embargo, no veo que nades para evitarme –le ofreció una sonrisa de tiburón, todo dientes.

–Los tiburones son tan excitantes como peligrosos. Poder y promesa pero ¿real o fachada?

–Yo soy de lo más real.

–Estás muy seguro de ti mismo.

–¿Y no te gusta eso?

–Sí. Mucho. Pero no me inspira confianza. La falsa seguridad es agotadora –así había sido con Kyle. Cuando las cosas iban mal, él temblaba y odiaba a quienes no lo hacían.

–¿Dudas de que mi seguridad en mí mismo esté justificada? –Aiden sonrió con malicia.

–Podría ser mera apariencia –dijo ella, aunque estaba segura de que no era el caso.

–¿Igual que la tuya?

–¿Te parezco insegura?

–¿No lo eres?

–A veces intento parecerlo.

–¿Por qué? –inquirió él, sorprendido.

–Hay gente a la que le gusta la seguridad en principio, no en la práctica –explicó ella, que no tenía ninguna intención de contarle su historia.

–¿Te refieres a los hombres? –al ver que callaba, insistió–. ¿Y qué haces? ¿Desconectas tu confianza en ti misma?

–La modero –su padre le había enseñado, de la forma más cruel, cuánto valoraba la modestia y cuánto lo enfurecía su falta de ella. Había tenido que aprender muy deprisa.

–Yo me paso el día moderando. Tal vez nos parezcamos más de lo que creía.

–¿No decías que te recordaba a tu padre?

–También. ¿Seguro que no eres una niña robada a mi familia?

Ella sintió que un escalofrío la recorría de arriba abajo. Por suerte, se acercaba gente y Aiden se apartó de ella.

–¿Has terminado con tus dibujos?

–¿Intentas quedarte a solas conmigo? –musitó ella, atraída por la idea.

–Quiero llevarte a algún sitio donde puedas dar rienda suelta a toda esa confianza en ti misma –replicó él agarrando su mano para levantarla.

–Así que es merecida, esa confianza –jadeó Aiden, dejándose caer de espaldas junto a ella.

–Eres un hombre raro, Aiden Moore –Tash estaba molida tras el enorme esfuerzo.

–¿Raro porque me gustan las barcas de remos?

–Por elegirlas como arma para el duelo.

–Solía venir a aquí en vacaciones a echar carreras con mis primos. Es una tradición familiar.

–Ya. Así que jugabas con un as en la manga.

–Desde luego. Podrías haber sido la reina de los remos de Australia occidental.

–Fui la reina de los remos.

–Pero gané yo.

–Tu barca no tenía un agujero en el fondo. Y tus piernas parecen troncos de árbol.

Tras cierto tira y afloja, acabaron riendo.

–Gracias por quitarme el teléfono –dijo él ya serio. Ella se tumbó de costado para mirarlo.

–De nada. ¿Cómo te sientes sin él?

–Mejor que en muchos años.

–Gracias a ti por la carrera de remos. Es agradable poder entregarse a algo al cien por cien.

–Aun así, perdiste.

–Por centímetros –se estiró y le dio un manotazo en el firme y musculoso abdomen.

–Explícame por qué no demuestras todo tu potencial a diario –se interesó él.

–A la gente no suele gustarle perder la batalla.

–Conmigo puedes ser tú misma. ¿Sabes cuánto tiempo hace que nadie me obliga a esforzarme al máximo? –Aiden soltó un gruñido.

–¿Será porque no quieren enfrentarse al tipo rico?

–Tú te enfrentas a mí a diario.

–Porque no me impresionan el dinero, el poder y los trajes caros y sexys. A mucha gente sí. Tal vez tus primos te dejaban ganar las

carreras de remos cuando erais pequeños.

–Tendría que lavarte la boca con jabón –rio él–. ¿Fue tu padre quien te enseñó a disimular tus cualidades?

Ella se tensó. Fin de la relajación de la tarde.

–No pudo ser tu madre, por el modo en que hablas de ella. ¿No sería Jardine?

–Nunca le habría dado a Kyle esa satisfacción –rezongó ella con desdén.

–Entonces fue tu padre –se apoyó en un codo y la miró a los ojos.

–Cuando tenía siete años empecé a expresar mi independencia, como todos los niños. A mi padre le hizo gracia alrededor de cinco minutos.

–¿Te castigaba por eso? –él frunció el ceño.

–Creo que me castigaba por parecerme demasiado a ella –admitió Tash por primera vez–. Me dio algunas palizas, pero pronto comprendió que eso solo me daba más fuerza –tomó aire–. Vivíamos en perpetuo conflicto y me castigaba con cualquier cosa que no atrajera la atención de Protección de Menores: me prohibía ir a las excursiones del colegio, no me daba dinero, se negaba a firmar mis notas del colegio para causarme problemas con los profesores.

–¿Y qué ocurrió? Si solo tenías siete años eso fue antes de…

–Descubrió cómo doblegarme.

–¿Cómo? –se arriesgó a preguntar él.

–Mamá –ella arrancó una brizna de hierba–. Si era mala, le hacía daño a ella en vez de a mí.

Los ojos azules mostraron alivio al principio, porque su padre hubiera dejado de pegarla, pero al procesar la maldad de Eric, se nublaron de furia.

–No tardó en empezar a golpearla, de forma preventiva, si veía el mínimo atisbo de rebeldía en mí. Condicionamiento negativo. Si era servil y respetuosa, la dejaba en paz. Pero si no… –cerró los dedos sobre el césped y arrancó un puñado–. Un método muy efectivo.

Aiden abrió sus dedos con suavidad para que dejara caer la hierba y agarró su mano.

–¿Qué hizo que cambiaran las cosas?

–Mucho tiempo después mi madre me dijo que había pasado todo ese año preguntándose qué era lo que provocaba su furia contra ella. Me conocía bien y vio que me moría por dentro, así que empezó a observarlo. Por fin entendió la verdad –Tash alzó los ojos–. Y entonces llamó a tu padre.

–¿Por eso reanudaron el contacto después de tantos años? –Aiden la miró helado.

–Sabía que él era el único que podía ayudarla.

–¿Y lo hizo? –la voz de Aiden sonó ronca.

–Un mes después teníamos nuestra propia casa y eso forzó la mano de mi padre. Su reputación era su vida, así que la dejó ir, pero no sin denostarla ante todos nuestros conocidos.

–¿Llegaron a acostarse juntos? ¿O mi padre solo pretendía que el tuyo lo creyera? –los ojos de Aiden destellaban. Era obvio lo que preguntaba: «¿Destrozó a mi familia para salvar a la tuya?».

–En su diario, mi madre describe cuánto la avergonzó que él viera las marcas del maltrato en su cuerpo y que solo podía pensar en cómo la había mirado cuando era joven y bella. Él hizo que se sintiera bella una última vez.

Aiden arrugó la frente.

–Después, volvió con tu madre. Contigo. Es posible que también hiciera una visita a mi padre. Para amenazarlo.

Tash calló y dejó que Aiden procesara la información. Se sentía liberada tras revelar la verdad por primera vez en su vida. Adele Sinclair había pasado una década deshaciendo el mal causado por su esposo, intentando recomponer el alma rota de su hija, que no había comprendido la verdad hasta hacía muy poco tiempo.

–¿Lo odias? –preguntó él largo rato después.

–Nunca lo querré, pero leer los diarios me ha ayudado a entenderlo. Era un hombre débil, una víctima. Incluso en la universidad. Yo era la única a quien podía dominar.

–Y cuando empezaste a mostrar tu fuerza, te obligó a ocultarla. No vuelvas a ocultarla nunca, Tash. Por nadie.

–A veces es más práctico ocultarse.

–Lo diré de otra forma. Prométeme que nunca la ocultarás estando conmigo.

Lo dijo como si fueran a pasar mucho tiempo juntos. De pronto, la seriedad de la conversación los incomodó a ambos.

–¿Para qué pensaste que te sacaba del observatorio si no era para una sesión de remo? –Aiden salvó el momento con el cambio de tema.

–Para algo mucho menos público –dijo ella.

–Aceptaste de buen grado –en sus ojos ardía una pregunta a la que ella no quería contestar.

–Había gente allí. Me pareció mejor llevar la conversación... –y la química– ...a otro sitio.

–Buena evasiva –él sonrió.

–Por desgracia, ahora estamos agotados.

–Yo me recupero muy rápido –aseguró Aiden, inclinándose hacia ella, que no lo dudaba.

–Le prometí a tu secretaria que te devolvería a la oficina a las cuatro en punto.

–Al cuerno con eso. Simone reorganizará la agenda. Podría ponerme un traje sexy para ti –agitó una ceja de forma tan ridícula y

cómica que Tash soltó una carcajada.

–Aunque te haya gustado liberarte del móvil, mi ética profesional es firme. Tengo que trabajar en el prototipo de una pieza esta noche.

–¿La estrella de mar? –preguntó él, curioso.

–Sí. Estoy empeñada en capturar esas patitas tubulares a la perfección –Tash se incorporó.

Los ojos azules de Aiden dejaban muy claro que no quería dejarla marchar, sonrió con tristeza.

–Tengo que pedirte un favor.

–Vaya. Una carrerita en barca y ya te crees con derecho a pedirme favores.

–Quiero ver cómo creas la estrella de mar.

–¿Por qué? –Tash sintió un pinchazo de pánico. Eso era algo muy personal para ella.

–Porque es interesante. Y porque es tu trabajo.

–No suelo trabajar con audiencia.

–¿Podrías hacer una excepción?

La única persona que la había visto crear una pieza entera era su madre, para entender la pasión de su hija. Tal vez eso fuera lo que quería Aiden.

–Vale –aceptó–. Será una pieza de prueba. Luego tendré que dedicar tiempo a perfeccionarla.

–Una pieza de prueba me parece bien.

–Pareces muy incómodo –dijo ella.

–No estoy acostumbrado a suplicar.

–Ya –Tash se rio–. ¿Y cómo te sientes?

–Raro –admitió él.

–Bien, pero no olvides que no suelo hacer esto.

–Eso ya lo he captado, alto y claro.

–¿El jueves? –sugirió ella. No iba a dejarle ver sus primeros intentos. Practicaría antes del jueves.

Empezaba a importarle mucho preservar su dignidad delante de Aiden.

–Te veré entonces –dijo él.

Capítulo 7

«Una niña robada a mi familia...».

Las palabras de Aiden daban vueltas en su cabeza, juntándose con la desconcertante declaración de su padre unos días antes. Que él y su madre habían estado juntos en la universidad. El casual comentario de Aiden esa tarde se había anclado en su cerebro como la pieza de puzle.

Tash miró los libros que había esparcidos sobre la bonita alfombra de su sala de estar. Ese dato no aparecía en los diarios de su madre. Nathaniel había sugerido que podía deberse al miedo a su padre, lo que tenía sentido. Era un hombre capaz de violar lo más privado para alimentar su paranoia.

–¿Por qué te quedaste tanto tiempo con él, mamá? –Tash movió la cabeza de lado a lado.

Probablemente por sus votos matrimoniales. Tal vez porque no tenía la esperanza de encontrar nada mejor, dado que el amor de su vida estaba con otra. Los diarios dejaban claro que Eric Sinclair no había sido ninguna joya en su juventud, no era tan brillante e inteligente como el resto del grupo, pero parecía inofensivo. Durante los años siguientes emergió su auténtico carácter, tal vez por su miedo y sus sospechas. Quizás su madre se había quedado con él porque no creía merecer más. Eric había rechazado los intentos de su esposa por cambiar la dinámica de la relación, negándose a asistir a terapia e ignorando sus amenazas de dejarlo para que cambiara a mejor.

Ese miedo irracional tenía más sentido si Adele y Nathaniel habían estado junto antes.

Tash agarró el diario más antiguo. Los había leído todos varias veces. Sabía que no había mención de intimidad alguna entre su madre y Nathaniel en la universidad. Pero tal vez se le había escapado algo, insinuado entre líneas.

O entre páginas.

«Dejaba páginas en blanco para escribir sobre mí...», había dicho Nathaniel.

Hojeó el principio del diario. Su madre mencionaba ir al cine con Laura, a clase con Eric o a almorzar con Nathaniel. Nada más. Unas páginas quejándose sobre los exámenes y...

¡Allí estaba! Una página en blanco tras los exámenes de primer curso. Y otra durante una semana de vacaciones con Laura, a mitad de

curso del segundo año. Contaba cómo Laura y ella, en el asiento trasero, se habían entretenido durante el viaje con juegos de palabras.

Si Laura iba atrás con Adele, ¿quién conducía?

Había otra página en blanco dos días después. Tash se preguntó si sería verdad que esas páginas en blanco estaban reservadas para Nathaniel. Si era así, ¿qué evitaba contar? Lo nombraba de vez en cuando, claro; no hacerlo habría sido aún más sospechoso para Eric, que sabía que el grupo de amigos se reunía a menudo.

Era fácil imaginar el porqué de las páginas en blanco. Su madre y Nathaniel habían sido amantes. Muchos años antes de esa «única vez». Y se separaron el tiempo suficiente para que Laura atrapara al hombre del que siempre había estado enamorada.

Se habían reconciliado pero Nathaniel, al saber que Laura estaba embarazada, tomó la difícil decisión de volver con la mujer a la que no amaba.

Eric, soltero y solo, había consolado a la devastada Adele. Por suerte para Tash, que no existiría en otro caso. Había nacido poco después de Aiden. Casi como si su madre no soportara ver al hombre al que amaba ser padre del hijo de otra.

Tash sintió un escalofrío. Había nacido poco después que Aiden.

Recordó cómo ladeaba la cabeza Nathaniel al reír, de forma muy parecida a la suya, y sus ojos, marrones como los de ella. Apoyaban al mismo equipo de fútbol. Les gustaba la misma comida y compartían un peculiar sentido del humor. Él le robaba tiempo a la empresa para pasarlo con ella.

«Una niña robada a mi familia...».

El escalofrío dio paso a una terrible opresión en el pecho. Se preguntó si había una razón para que Nathaniel y ella hubieran congeniado de inmediato y se parecieran tanto. Tal vez las semanas de reconciliación entre su madre y Nathaniel, hasta que él descubrió que iba a ser padre, habían tenido otras consecuencias.

Se le desbocó el corazón. Que Adele estuviera embarazada cuando se separaron explicaría que se hubiera quedado con Eric. Explicaría que Tash no tuviera nada en común con Eric Sinclair. Y, sin duda, explicaría el porqué de su odio hacia ella.

Tal vez no fuera su padre biológico y lo sabía. Quizás su padre la odiaba por los genes de su sangre, no por ella en sí misma.

La invadió una cálida oleada de esperanza. Cabía la posibilidad de que Nathaniel Moore, un hombre al que podía respetar y querer, digno de su amor, fuera su padre. Sintió un cosquilleo que le pareció el toque angelical de su madre, suave, benévolo y reconfortante...

Su vida habría sido muy distinta con un padre como Nathaniel. Un padre que la animara y elogiara sus éxitos en vez de romperla. Un padre que removiera el cielo y la tierra para mantener a su familia

unida, en vez de renunciar a ella con un estallido público, venenoso y vengativo. Parpadeó para librarse de las lágrimas.

Habría sido mucho mejor crecer como una Moore, como Aiden, en vez de…

El diario se le escapó de los dedos.

«Como Aiden».

Si ella era una Moore, Aiden era…

Las náuseas reemplazaron su excitación. Rememoró el momento en que, viendo el partido, Nathaniel había insistido en que no iniciara una relación con Aiden.

«Prométemelo…».

Una angustia terrible anidó en su alma. Aiden podía ser su medio hermano. No había duda sobre su ascendencia.

Llevaba días imaginándose con él, pensando en cómo sería que formara parte de su vida de forma permanente. Pero lo veía como amante…

Se odió por la batalla que se libraba en su interior. Ser una Moore: la hija de Nathaniel Moore, tener por fin un padre decente con quien relacionarse y conectar. Al que podría respetar.

Pero ser hermana de Aiden… Se le secó la boca. Era imposible, su cuerpo lo habría percibido aunque su mente no lo hiciera.

Se recordó en sus brazos, en el guardarropa, mientras sus lenguas se encontraban. Recordó su excitación cuando la abrazó. Se oyó flirteando y azuzando la atracción sexual que fluía entre ellos.

Sintió una oleada de vergüenza, pero sabía que podría superarla. Al final de su relación, Kyle había hablado de ella como si fuera poco más que una putita, y había conseguido tragarse la humillación pública y seguir adelante.

Podía hacerlo de nuevo. Esa vez en privado.

Pero si cancelaba el encuentro del jueves, Aiden, con toda la razón, exigirá explicaciones. Y no podría dárselas. Esa semana Nathaniel estaba fuera del país con Laura, intentando mitigar el daño que le había causado; no luchando por salvar su matrimonio; así que no podía dejar caer esa bomba de relojería sobre él.

Tenía dos opciones: seguir adelante con la demostración de soplado de vidrio o cancelarla.

No sabía si podría controlarlo cuando estuviera con ella. Pero en el taller, el calor y el peligro la protegerían. Era su entorno de trabajo y podía comportarse como una profesional. Y él no la violentaría en contra de su voluntad.

Sin duda, podían pasar una hora juntos sin hacer algo inapropiado.

Sin duda.

Aiden trotó por la vieja carretera del puerto que conducía al taller de Tash. Hacía décadas que esa parte de la ciudad se había convertido en un distrito artístico. Era la mejor opción para ocupar edificios ruinosos. Así obtenían inquilinos que impidieran que la zona empeorara y obtenían votos por apoyar el arte en la comunidad.

Doble ganancia.

Pero alguien había tenido poca vista al no considerar un cambio en la dinámica social que añadiera interés a la zona. Se había producido: la gente rica estaba comprando los viejos almacenes y convirtiéndolos en residencias creativas y lujosas. El ayuntamiento no podía echar a los artistas que quedaban, porque habría supuesto perder votos.

Tash había sido muy astuta al cambiar gran parte de sus mejores obras por su hueco en el antes ruinoso edificio. Tenía un taller fantástico en lo que estaba convirtiéndose en una zona de moda. Los artistas y los ricos mantenían una relación simbiótica; la gente adinerada llevó allí cafeterías y rutas de autobús, dando vida a lo que había sido una zona oscura y abandonada. Los artistas aportaban un aire bohemio e interesante a la zona.

–Toc, toc –dijo Aiden al llegar al portón que no dejaba duda de que el local estaba ocupado por una artista. Como si el calor que salía de dentro no fuera pista suficiente.

Tash abrió luciendo su habitual ropa de trabajo: gastadas botas altas, peto y camiseta. Lo único distinto fue el destello de placer de sus ojos, que no tardó en transformarse en uno de cautela.

Él suspiró. La cautela no era buena señal.

–Siento llegar tarde –dijo él.

–Pensé que habías cambiado de opinión.

–¿Estás de broma? ¿Después de lo que me costó convencerte para que me dejaras venir?

Era fácil bromear, pero no tenía gracia. Él no entendía su anhelado por estar allí. No era solo por ver el proceso de creación de las estrellas de mar. Ni porque quisiera volver a verla, aunque esperar una semana entera habría sido excesivo.

En el fondo creía que lo que más se acercaba a la verdad era que, la última vez que había estado allí, ella le había dicho que no podía verla trabajando. El que se lo pidiera la había impactado tanto como si le hubiera pedido que se desnudara y bailara para él. Eso lo había intrigado.

De hecho, pensaba que hubiera preferido bailar desnuda a mostrarle su trabajo. Desde entonces, no podía dejar de imaginársela desnuda.

–Bueno, aquí estás –dijo ella con desgana–. ¿Quieres ver las piezas que he hecho para MooreCo?

–Claro –aceptó él, aunque solo deseaba quedarse allí parado como

un tonto.

Ella se dio la vuelta y el admiró el sensual bamboleo de sus caderas al andar.

–Esto es el banco de peces tomando forma...

Tres docenas de diminutos peces plateados colgaban del techo del estudio, unidos con finos cordones de cristal invisible. Cuando los más grandes cambiaban de dirección, movidos por la brisa, los demás parecían seguirlos con precisión militar.

Era fácil imaginar la pieza reflejando la luz en la entrada de cristal de MooreCo. Y a los clientes mirándolos desde abajo. Aiden se agachó y observó el efecto desde abajo. De alguna manera, ella había conseguido que verlos desde abajo fuera igual que verlos desde arriba. Como si uno estuviera sumergido y encima del agua al tiempo.

–Es extraordinario, Tash –dijo, sin pensarlo. Solía gustarle reservar su admiración más tiempo.

–Haré tres docenas más. El montaje parece grande aquí, pero se perdería en vuestro vestíbulo.

–Estoy deseando verlo instalado.

Ella intentó disimular su sonrisa. A él le gustó haberla complacido y lo decepcionó que quisiera ocultarle su placer. Algo había cambiado desde la tarde que hicieron la carrera de remo.

–Eso solo es el elemento base –siguió ella–. Estas son algunas de las piezas clave...

Cuanto más le enseñaba, más le costaba no sonrojarse al oír sus halagos. Si seguían así, Aiden solo iba a poder concentrarse en el delicioso rubor que ella intentaba controlar, sin éxito.

Él adoraba una batalla bien librada, si iba seguida por la rendición de su contrincante. Era más seguro concentrarse en la victoria que en los sentimientos que burbujeaban bajo la superficie. Esos que le habían susurrado que fuera allí.

Ella siguió mostrándole las piezas de cristal que había esparcidas por todo el estudio.

–Esto va a dejar extasiados a nuestros clientes –dijo él cuando acabaron–. Llegarán tarde a las reuniones porque estarán en el vestíbulo, perdidos en tu subacuático mundo marino.

Ella bajó la cabeza para ocultar su placer.

Él no entendía por qué no se dejaba llevar. Todas las mujeres que conocía lo hacían. Algunas antes que otras, pero al final todas se rendían. Era cuestión de persistencia, algo que él había aprendido de dos fuentes: un padre que creía que solo el esfuerzo tenía recompensa y una madre que le había enseñado el valor de la determinación férrea. Cuando Laura quería algo, no cejaba en su empeño: partía del principio de que cuando se ignoraba un «no» las veces suficientes, solía convertirse en un «sí».

–¿Empezamos la lección ya? –preguntó él.

–Has venido con ropa adecuada –dijo Tash, tras mirarlo de arriba abajo.

Aunque en su armario escaseaba la ropa informal, había conseguido encontrar un suéter con aspecto envejecido, vaqueros y botas.

–¿Por qué yo tengo que llevar manga larga y tú no?

–Llevo haciendo esto toda mi vida –Tash enarcó una ceja–. Habrá muchas chispas volando.

–¿No las hay cada vez que estamos juntos?

–Muy gracioso –ella se puso seria–. ¿Quieres aprender algo o no?

–Vaya. ¡Qué dura te pones!

–Necesito saber que estás concentrado antes de dejar que te acerques a un crisol lleno de lo que viene a ser lava fundida.

–Te escucho. En serio.

Ella le dio una máscara facial y se puso las gafas de protección antes de guiarlo hacia el horno, que despedía un calor infernal. Le ofreció un par de enormes guantes resistentes al fuego.

–El equipo protegerá tus retinas de ulceraciones e impedirá que se te derrita la piel.

–¿Es necesario? –preguntó él, que se sentía como un receptor en un partido de béisbol.

–¿Quieres mirar o no? –le devolvió ella.

Como era optimista, él se dijo que la maldita máscara le impediría olerla como quería pero, por otro lado, le permitiría observarla sin que ella lo notara. Aprovechó su ventaja mientras Tash abría la puerta del horno.

–Pásame la caña de soplado –señaló un tubo metálico de un metro veinte de longitud que había sobre el banco de trabajo.

Cuando se la dio, la alzó sobre su cabeza y la sumergió en el centro del resplandor naranja del horno. Empezó a darle vueltas como si enrollara espaguetis en un tenedor. Después, la sacó con una deslumbrante bola en la punta, que hacía girar constantemente. Sus hombros se flexionaron con el peso cuando dejó la caña sobre un soporte.

–El bolo está a dos mil grados –dijo, sin dejar de hacerlo girar–. Para convertirlo en una vasija tengo que introducir una bolsa de aire en su interior. El aire hace parte del trabajo. Mi mano solo mantiene el cristal caliente y moviéndose.

Estaba concentrada al cien por cien. Exprimió una esponja empapada sobre el centro de la caña con la mano libre, creando una nube de vapor que dejó un brillo húmedo sobre su piel.

–Hago esto para poner los labios en el tubo con seguridad.

–¿Vas a chupar esa cosa?

–Eso sería una forma rápida de morir –rezongó ella–. No, voy a soplar. Pero no puedo empezar hasta mejorar la forma del cristal fundido.

Agarró un grueso cilindro de periódico empapado y requemado. Casi era carbón. Colocó el periódico bajo la masa fundida y fue conformando y puliendo la brillante bola de vidrio. Era como si estuviera acariciando el cristal con las manos desnudas, convenciéndolo para que se transformara en lo que ella quería.

Él cuerpo de él se tensó al imaginarse esas manos de artista recorriendo el contorno de sus músculos. Persuadiéndolo con su destreza. Tuvo que apretar los dientes.

«Quieres lo que no puedes conseguir», le había dicho ella. Era verdad. Además, quería que Tash lo deseara tanto como él a ella.

–¿No tienes herramientas mejores? –preguntó, para distraerse conversando.

–En un taller de hace dos mil años encontrarías herramientas muy similares. A veces las técnicas antiguas son las mejores.

Aiden se dejó hipnotizar por las luminosas facetas de la masa fundida que ella hacía girar y girar, hasta que tuvo la impresión de que pulía una bola de caramelo. Se acercó y puso una mano en su hombro para advertirla de su presencia.

–¿Qué ocurriría si dejaras de moverla?

–Empezaría a perder la forma en cuanto se detuviera la inercia.

–¿Se caería?

–Sigue distrayéndome y lo descubriremos.

Tenía razón, interrogarla mientras manipulaba un kilo de erupción volcánica no era buena idea. Cerró la boca y se concentró en observarla.

Tras unos minutos de giros, ella alzó la caña, la colocó de lado en el soporte y posó los labios en el extremo. Él no vio como se expandía su pecho al soplar, pero sí como el bolo se expandía un poco. Lo justo. Iba a ser una estrella de mar regordeta.

Era como observar a un gaitero. Firme y pausado. Y ver sus labios en el extremo del tubo le provocó un ardor que no tenía nada que ver con el calor de los tres hornos del taller.

«Pervertido», pensó, obligándose a centrar su atención en la forma que empezaba a surgir al final del tubo. Ella volvió a ponerlo de lado en dos soportes, entre los que había un asiento. Con dos mil grados casi sobre el regazo, siguió moviendo la masa, horizontalmente, y echó mano de sus herramientas. Un bloque redondeado que dio al pegote forma de pera, unas desagradables tenazas que pinchaban, daban forma y recortaban mientras seguían los giros infinitos.

Giro, corte, giro, corte. Cada gesto liberaba más a la criatura que existía dentro del cristal. Ella tocó los bordes de cada pata para abrir

espacio entre ellas mientras seguían girando.

Él pensaba que su eficacia y su concentración eran de lo más sexy. Y el brillo del sudor en su cuerpo le imposibilitaba concentrarse en lo que hacían sus manos. Volvió a acercarse y se inclinó hasta poner los ojos a la altura de los de Tash. Eso, por suerte, suponía doblar su torso sobre ella.

–¿Qué estás haciendo? –protestó ella. Los giros y cortes se detuvieron.

–Quiero estar a tu altura. Verlo como lo ves tú.

También quería sentir lo que sentía ella. Pero, sobre todo, quería acercarse lo más posible.

–Es como si hubiera una conexión mental entre tú y el cristal y tus manos se limitaran a preservar esa ilusión.

–¿Piensas que solo estoy convenciendo al cristal a tomar forma? –ella tensó los hombros.

–Ahora mismo, creo que podrías conseguir que hiciera cualquier cosa para complacerte.

Tash se enderezó con violencia, alzando el tubo de soplado y la estrella de mar, apartando a Aiden con su movimiento. Lo que había dicho tenía un doble sentido, poco apropiado dado lo que ella sabía. O creía saber.

Metió la pieza en el tambor de recalentado para elevar su temperatura y darse unos minutos lejos de él, que no estaba acostumbrado al calor.

–¿Puedes pasarme una de las pajas de cristal que hay en la mesa de trabajo? –le preguntó por encima del hombro. La pieza necesitaba color y ella necesitaba espacio. Añadir color al cristal requería muchos giros y movimientos; Aiden no podría acercarse mucho, si no quería arriesgarse a que le sacara un ojo con el extremo del tubo.

Tash sacó la pieza del tambor y la transfirió a una caña de cristal para manejarla con más facilidad. Después encendió el soplete y agarró el tubo naranja que Aiden sujetaba. Exageró cada movimiento para impedir que se acercara a ella.

Ya era bastante malo tenerlo allí, observando su trabajo, sin que él añadiera más fuego al caldeado ambiente. Tenía que seguir centrada.

Él la observó en silencio mientras dejaba caer el color derretido sobre cada una de las cinco patas. Después, apartó la pieza del soplete y esperó unos segundos para que se enfriara lo bastante para que el color emergiera. Oyó el gemido de asombro de Aiden.

–No está mal, ¿eh? –dijo, complacida.

Siguió añadiendo puntos de color en la parte inferior de cada pata. Después presionó para crear la curva de cada ventosa. Aún había

fallos, pero se estaba acercando al resultado final.

Aiden empezó a caminar a su alrededor para observarla desde todos los ángulos. Ella percibía el interés que ocultaba la máscara protectora; la intensidad de su mirada. Era como un tiburón.

Rodeándola. Esperando.

Tash acabó la estrella de mar, apagó el soplete y se hizo el silencio. Se quitó las gafas protectoras y Aiden la máscara. Cuando dejo la pieza al borde del soporte, las patas se curvaron y descendieron lentamente, igual que harían las de una viva, hasta que dos quedaron colgando sobre el borde, como lo harían en un estante. Quedaría perfecta en una librería. O en el cristal de un acuario.

No era la mejor que había hecho, pero sí la mejor que haría ese día. Poner fin a la intensidad de la mirada de Aiden, a la intimidad de que la observara trabajar, bien valía una estrella imperfecta. Pidió perdón al espíritu del cristal y metió la pieza en el horno de enfriado, donde estaría veinticuatro horas para que el vidrio no se quebrara, y cerró la pesada puerta.

–Deben de dolerte los brazos –murmuró él.

–Están acostumbrados –por cada paso que él daba hacia ella, retrocedía uno–. Lo que suele resentirse es mi espalda.

Por desgracia, él se tomó el comentario como una especie de invitación.

–Yo solucionaré eso –dijo, quitándose los guantes antes de obligarla a girar el cuerpo.

«No, no, no». Ella intentó escabullirse de las fuertes manos que masajeaban sus doloridos músculos. Pero eran demasiado fuertes, cálidas y deliciosas. Había deseado muchas veces que alguien le hiciera eso tras un largo día de trabajo en el taller. Los dedos oprimían y soltaban los nudos de sus músculos rítmicamente, de la misma manera en la que ella seducía al cristal.

«Seducía...».

–Aiden... – Tash se apartó sin sutileza alguna.

–Tash... –se burló él, alzando las manos.

–Esto no va a ocurrir –no podía ocurrir.

–Te sientes atraída por mí.

–Yo... No, eso no es cierto.

–Mentirosa.

Sí, más mentirosa que nunca. Por culpa de él.

–Esto... –señaló el pecho de él y luego el suyo– ...no va a ocurrir.

–¿Por qué no?

–Porque yo no lo deseo –dijo ella, hirviendo de frustración por dentro.

–Tu cuerpo no parece pensar lo mismo –estrechó los ojos–. ¿Qué datos me faltan?

Ella apretó los labios. Cualquier cosa que dijera, Aiden la utilizaría en su contra.

–¿No soy lo bastante guapo o rico para ti?

–No me interesa tu dinero ni tu guapura –dijo ella con frialdad–. Tenme un poco más de respeto.

–Te creo. Y eso me intriga. Nunca había conocido a nadie que diera tan poco valor a lo que tengo que ofrecer.

–Solo soy un reto para ti. La novedad pasará a la historia en poco tiempo.

–Ojalá fuera así –sus ojos se oscurecieron–. Porque eso lo entendería.

–¿Qué es lo que no entiendes?

–El poder que tienes sobre mí. No estoy acostumbrado a suplicar.

–No has suplicado.

–Yo tengo la sensación de que sí.

–¿Tal vez porque no me he derretido con la primera sonrisa sexy? –se maldijo por haber admitido eso. Pero él, caballeroso, no aprovechó su desliz, solo la miró con más intensidad.

–Me intrigas. Te respeto. Incluso te admiro –lo dijo como si fuera algo incomprensible.

–¿No son cualidades habituales en tus... citas?

–En general, no. Pero son guapas y con buen cuerpo. Y aceptan... mi forma de hacer las cosas.

–Entonces, es obvio. Estás mal acostumbrado. Y aburrido. ¿No será que anhelas un reto?

Los ojos azules se estrecharon. Dio un paso más, la acorraló contra la pared y puso un brazo a cada lado de su cuerpo.

–Eso lo explicaría.

Ella puso las manos en su pecho y empujó, pensando en los deliciosos músculos que tocaba.

–Pero yo no soy tan condescendiente como ellas. Desde luego, no lo bastante para darte gusto.

–Lo harás –afirmó él.

–Lo cierto es que no –dijo ella, irritada.

–¿Por qué no? Si pensara que no quieres hacerlo, me iría de aquí ahora mismo. Pero quieres.

–Tu problema es que piensas lo que quieres pensar –se escabulló, agarró la caña de soplado, aún caliente, y se la puso frente al pecho. Como un arma–. Si no te importa, tengo mucho trabajo que hacer hoy y ya he perdido la mañana contigo.

–Supongo que eso es justo. Me iré. Pero retomaremos esta conversación mañana, cuando salgamos de Maxima.

«Diablos, la cena», pensó ella.

Un evento al que no podía asistir. No sabiendo lo que creía saber.

Sabiendo cuánto la atraían sus caricias y como su cuerpo se empeñaba en sabotear a su cerebro. No podía sentarse a su lado, mirando sus seductores ojos, y no sentir nada. No sabía qué haría si la tocaba o intentaba besarla.

Pero no podía explicarle la razón de su rechazo, eso tenía que hacerlo su padre: «Por cierto, Aiden, tienes una media hermana que lleva semanas trabajando con nosotros. ¡Sorpresa!».

Si cancelaba la cita, necesitaría una excusa sólida. Si asistía, la noche sería un cúmulo de miradas, roces y sonrisas. Los dos solos, juntos, jugando con el mundo.

Ella y su… hermano.

Hasta su cerebro se atragantaba con esa palabra.

Capítulo 8

–Vístete.

Lo primero que había pensado Tash al abrir la puerta y ver a Aiden allí, serio y guapísimo, era lo bien que le sentaba el esmoquin. Lo segundo había sido que su autocontrol y su dignidad se habían ido al garete si no podía aguantar dos segundos sin sentir algo que no debía sentir.

–Estoy enferma, Aiden.

–Eres una mentirosa pésima.

–Ya te dije por teléfono que...

–Sí, lo sé. Así podías ocultar que tienes un aspecto sonrosado y de lo más saludable.

–Alguien te dice que está enfermo y tu primera reacción es ¿ir a su casa a dar la lata?

–No –alzó una bolsa de plástico–. Mi primera reacción es ir a su casa con sopa de pollo.

Tash lo miró atónita. Le había llevado sopa.

La asaltó una oleada de sentimientos que se había prometido evitar. Casi deseó estar enferma para poder aceptar su amabilidad. En cambio, iba a tener que rechazarla con mentiras.

Se cruzó de brazos.

–Gracias, Aiden –rezongó él con enfado.

–Venga ya. Necesitabas una excusa para venir.

–Necesitaba que te sintieras mejor.

Hasta el pareció sorprenderse por sus palabras.

–Ya, ya –Tash se obligó a resistirse–. Por eso lo primero que has dicho ha sido «Vístete», ¿no?

–Has abierto la puerta resplandeciente, no enferma. Por eso te dije que te vistieras. Lo que, aún no estás haciendo.

–Porque no voy a ir a cenar contigo.

–¿Por qué no? Me diste tu palabra.

–No me encuentro bien –mintió ella–. ¿Y si es un virus? Se lo pegaría a todos los asistentes.

–En vez de solo a mí.

–Eh, has sido tú quien ha llamado a mi puerta.

–Tampoco suenas como una persona enferma.

–¿Qué quieres? ¿Comprobar si tengo fiebre? –se arrepintió de decirlo. Aiden era lo bastante suspicaz para sacarse un termómetro de

la manga. Él frunció el ceño y Tash casi pudo ver cómo los engranajes de su mente se ponían en movimiento.

–Vale, entonces entraré. Una noche en casa a puerta cerrada. Solos tú y yo.

«No». Esa no era una opción, por bien que sonara. Si entraba en la casa no sería el vapor de la sopa lo único que caldeara el ambiente. Apretó los brazos contra el pecho para calmarse.

–¿Qué ocurre Tash? –se apoyó en el umbral–. Creía que estabas lista para hacerlo.

–Eso es bastante descarado, ¿no crees?

–Estoy hablando de la cena.

–Ah. Yo... ¿Por qué no vas tú solo? –lo quería lejos de ella. Cuanto más lejos, mejor.

–Voy a ir, claro. Pero no esperaba ir solo.

–Estoy segura de que tienes varias mujeres en «espera» para ocasiones como esta.

–¿Ocasiones en las que mi bella cita miente como una descosida?

–¿No puedes confiar en mí y aceptar que tengo una buena razón para no ir? –le pidió ella. Él estudió su rostro, hasta detenerse en sus ojos.

–¿Es la cena lo que te preocupa o lo que ocurrirá después de cenar?

–¿No va todo incluido en el mismo paquete?

–No. Una cosa no implica la otra.

–Entonces, ¿podríamos cenar sin más? –preguntó Tash. Eso era viable. Los amigos salían a cenar a menudo. Los hermanos también.

–Claro que podemos. ¿Es ese el problema?

«El problema es que no me fío de mí misma si estoy más de cinco minutos en tu compañía», pensó ella. Pero una cena solo implicaba comer y hablar. Después él la dejaría y estarían en paz.

–Dame diez minutos –fue hacia el dormitorio.

Aiden cerró la puerta, fue a la cocina y dejó la bolsa con la sopa en la encimera. Después echó un vistazo a su alrededor. En la nevera varios imanes sujetaban publicidad de restaurantes de comida para llevar y una preciosa foto de Tash, más joven, con una mujer de ojos brillantes. Su madre.

Los muebles eran baratos, de serie. La casita habría resultado anodina de no ser por las vistosas alfombras y la ecléctica colección de cuadros. No dominaba un estilo concreto; como Tash, el conjunto era complejo y contradictorio.

Desconcertante.

El lunes habían estado de acuerdo. Él había sido muy directo y se

le había acelerado el corazón cuando ella, sonriente, accedió a salir con él del observatorio marino. Tash había creído saber lo que iban a hacer y estaba más que dispuesta. Lo había visto en sus ojos.

Sin embargo, había pasado de eso a mentir para librarse de lo que fuera que él hubiera planeado para después de la cena.

Con un gruñido, se sentó en un mullido sillón, el único mueble antiguo y resistente, un sillón hecho para ver un partido, charlar toda la noche o... cosas más interesantes. Solo necesitaba una copa de vino y a Tash para pasar la velada.

Sin embargo, ella lo había mirado con pánico cuando sugirió que se quedaran allí. Tal vez a eso se debiera la falsa enfermedad: estaba nerviosa.

En circunstancias normales no habría tenido un minuto de paciencia con tanta timidez y rubor. Pero estaba dispuesto a aceptar la idiosincrasia de Tash si eso le permitía estar cerca de ella. Tocarla. Iría más despacio, flirtearía y sería romántico, a las mujeres les gustaba eso. Tras la espera, el éxito sería más dulce.

Decían que era «implacable y persistente» en las negociaciones, cualidades que llevaban al éxito. Las usaría con ella. A nadie le gustaba rendirse, y menos a alguien como Tash.

Sería implacable y la haría suya. Se conocía bien y sabía lo que ocurriría una vez superado el reto de la conquista. Pero eso llegaría después.

Esa noche iniciaría su campaña: «Operación romance».

Capítulo 9

Si la tocaba una vez más, iba a explotar.

Tash estaba segura de que Aiden no había sido tan «tocón» en otras ocasiones. Cada leve presión de sus fuertes dedos le nublaba la mente. Eran peores las veces que se detenía a milímetros de su piel, sin llegar a tocarla; entonces solo podía pensar en si el contacto llegaría o no.

Temiendo y anhelando el momento.

Mientras se vestía en el dormitorio, había ideado un plan para sobrellevar la velada. Un sistema de clasificación mental que le permitiría controlar los sentimientos que habían empezado a surcar sus venas en cuanto lo había visto en la puerta, agitando la ridícula bolsa de sopa.

Dos carpetas mentales: una titulada «hermano» y una titulada «otros».

La cualidades que podía apreciar y disfrutar de Aiden de forma segura y apropiada irían a la carpeta «hermano»: admiración por su aptitud profesional, aprecio por su sentido del humor, fascinación por cómo controlaba a individuos concretos y a toda una sala al mismo tiempo…

Esas eran cualidades para admirar de un hermano.

Sin embargo, estremecerse con su contacto, sentir una opresión en el pecho cuando la miraba, quedarse sin aliento cuando sonreía, anhelar estar más cerca de él, el horrible e intenso deseo… Esas no eran sensaciones apropiadas e irían a la carpeta de «otros». Que no abriría ni en cincuenta años.

Había funcionado alrededor de una hora.

Ya al salir de su casa había sentido una mano suave y ardiente en la espalda mientras iban hacia el coche. Su cuerpo la había rozado al inclinarse, sin necesidad, para ajustarle el cinturón de seguridad. Después, sus nudillos habían conseguido rozar la tela de su falda cada vez que cambiaba de marcha.

Para cuando llegaron al restaurante, la carpeta «otros» estaba llena a rebosar.

También había que tener en cuenta su conversación, ingeniosa, e interesada en todo lo que ella decía. Ese era su talón de Aquiles, tras un padre como Eric, a quien no le importaba, y un novio como Kyle, que no escuchaba nada que no se centrara en él. Esas cosas podían ir en la carpeta «hermano», pero la agradable calidez que la hacían

sentir, no. Era demasiado peligrosa.

Agitó mentalmente la carpeta «otros» para hacer hueco y enterró allí esa calidez.

Una buena estrategia era entretenerse hablando con los comensales invitados, hasta que notó cómo la observaba hablar con sus colegas. Con cautela al principio, luego curiosidad y, por último, complacido.

–¿Tienes que mirarme tan fijamente todo el tiempo? –le murmuró, de medio lado.

–Disculpa –los ojos de él chispearon–. Estoy disfrutando viendo cómo me ignoras.

–Estoy congeniando con tus colegas –dijo ella, mirándolo–. ¿No es eso a lo que he venido?

–Sí. No me quejo.

Solo clavaba en ella esos ojos seductores, obligándola a llenar más y más la carpeta de «otros». Tash miró a su alrededor buscando distracción, pero todos parecían ocupados.

–¿Por qué no nos sentamos? –Aiden señaló un sofá de dos plazas en la zona de bar.

Ella ocupó un extremo, lo más alejada de él que pudo, sujetando su copa con ambas manos. Cuando Aiden se sentó, la suspensión del sofá hizo que su cuerpo se inclinara hacia él. Se irguió, maldiciendo a la fuerza de la gravedad.

–¿Puedo preguntarte por tu madre?

–¿Aquí? –se sorprendió Tash.

–No tienes que hacer relaciones públicas toda la noche. Pensé que te gustaría hablar de ella.

Eso era muy dulce, dado que su madre era el punto central de las diferencias entre ellos; la única persona de la que no podían hablar.

–Hablamos de ella todo el tiempo –alegó.

–No. Hablamos de ellos dos. ¿Cómo era?

Tash sonrió. Habría sido fácil contestar, pero se sentía vagamente inquieta por la pregunta. Era un terreno demasiado íntimo si consideraba los límites que se había impuesto. Por otro lado, anhelaba mantener una conversación normal con él. Como cualquier pareja..., se insultó mentalmente..., de hermanos.

–Era como yo. Optimista, perfeccionista, imperfecta pero consciente de sus defectos, dispuesta a dar siempre lo mejor de sí misma.

–Debía de estar orgullosa de la mujer que eres.

–Sí, en general. Le encantaba mi trabajo –Tash recordó el brillo de los ojos de su madre cuando vendió su primera pieza.

–¿En general?

–No estaba contenta con mis... relaciones –pensó que se habría revuelto en la tumba si hubiera visto que la rondaba un tipo tan

peligroso como Aiden–. Pero aceptaba que tenía que aprender de mi experiencia. Como hizo ella.

–¿Estás hablando de Jardine?

–A mamá nunca le gustó.

–No le gusta a nadie. Solo se gusta él.

–No siempre fue como es ahora.

–¿Lo estás defendiendo?

–Creo que estoy defendiéndome a mí misma. Elegí estar con él. Entonces no era un idiota.

–¿Así que tú lo convertiste en uno?

–No intencionalmente –ella se rio–. Pero creo que nuestra relación no fue buena para él.

–¿Por qué no? –Aiden estrechó los ojos.

–No quiero que me consideres una narcisista –dijo ella tras un titubeo. Había racionalizado la ruptura, pero eso no implicaba que tuviera razón.

–¿Por qué iba a pensar eso?

–Creo que se sentía amenazado por mí.

–¿Por tu éxito? –adivinó Aiden, como si eso no lo sorprendiera en absoluto.

–Eso y... otras cosas –Tash se preguntó cómo habían llegado a ese punto. Hacía un momento hablaban de Adele, un tema agradable y seguro.

–No éramos demasiado compatibles –Tash hizo énfasis en la última palabra.

Aiden la miró sin entender. Pero de repente los ojos azules se agrandaron, comprendiendo.

–¡Ya! Compatibles –sonrió, mostrando los dientes regulares y blancos–. ¿Así que Jardine es pésimo en la cama? Eso sí que es una joya.

–¿Por qué supones que la culpa era de Kyle?

–Porque hablamos de ti... –empezó– ...y porque me dijo que eras dinamita en la cama.

–¿Qué? –ella lo miró, helada.

–No te enfades. Estaba fanfarroneando.

–¿Se puede saber qué diablos hacíais hablando sobre mi destreza sexual?

Tash había subido el volumen de voz y él miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando.

–Fue un monólogo iniciado por él, más que una conversación, y me dijo mucho más sobre Jardine que sobre ti.

–Excepto que soy «dinamita».

–De hecho, él utilizó la palabra «dinamo» –se recostó en el sofá–. Deberías sentirte halagada.

–Pues no es el caso –imaginaba perfectamente el tono de voz de Kyle al decirlo. Le recordaba viejas heridas. La implicación de que, de algún modo, ella era una aberración.

Pero no podía lanzar piedras cuando acababa de admitir que Kyle era un soso en la cama.

–Creo que es hora de cambiar de tema.

–Estábamos hablando de tu madre. Kyle no le gustaba –le recordó él, complaciente.

–Pensaba que él me hacía de menos para sentirse un hombre más importante.

–Estoy de acuerdo con tu madre –Aiden apretó los labios–. Me sorprende que aguantaras eso. No das la impresión de dejar que se aprovechen de ti.

–Aprendo despacio, pero aprendo –encogió los hombros–. Vi a mi padre hacerle eso mismo a mi madre y acabé con un hombre exactamente igual –movió la cabeza–. Ella se alegró mucho cuando rompí con Kyle.

–¿Por qué lo hiciste?

–Maduré. Quería más –o al menos tenía la esperanza de poder tener más. Al oír eso, los ojos de él adquirieron un brillo metálico.

–¿Qué esperas de un hombre?

Esperaba que la tratara como a su igual. Que disfrutara viéndola dar lo mejor de sí, no intentando cambiarla. Que la quisiera por sí misma, no solo por lo que pudiera darle. Que no palideciera si salía del cuarto de baño con lencería atrevida.

En otras palabras, quería un adulto.

Pero no podía expresar esos pensamientos en voz alta. Ya había compartido demasiado. Sobre todo tratándose de un hombre como él, capaz de interpretar cualquier cosa que dijera como la descripción de un puesto de trabajo.

Además, cumpliera o no los criterios, él ya no podía ser el candidato adecuado para el trabajo.

–Espero que no deje que su cita sedienta se muera de sed –se escabulló ella.

–No te muevas –Aiden sonrió.

Ella inspiró lentamente tres veces. No tenía sed y no quería beber nada. Lo que quería era un momento de respiro mientras él iba al bar.

Se repetía «hermano» y «otros» como un mantra. Tenía que mantener el archivo en funcionamiento y a él a distancia.

Se secó las manos húmedas con una servilleta. Tal vez la mejor forma de poner distancia sería devolverle una dosis de su inquisición. Tenía una pregunta por cada una que él le había hecho. Había muchas cosas que querría saber sobre Aiden Moore.

Pero, dadas las circunstancias, iba a tener que confrontar a

Nathaniel con sus sospechas y, si era el caso, él tendría que decirle a Aiden que compartían genes. Después se limitarían a intercambiar tarjetas de Navidad y a saludarse en las fiestas. Porque una hija bastarda de Nathaniel Moore no iba a ser aceptada por su perfecta familia, de ninguna manera.

Eso sería lo mejor porque, si se basaba en esa noche, era lo único que iba a convencer a su cuerpo de que Aiden era intocable.

Tuvo que concentrarse para controlar los latidos de su corazón cuando lo vio volver hacia ella. El traje, hecho a medida, resaltaba sus anchos hombros. Se movía como un purasangre.

–¿Cuándo vuelve tu padre? –le preguntó en cuanto llegó a su lado. Aiden se tensó.

–Su vuelo aterrizó esta tarde. Vuelve al trabajo el lunes –dijo él, sentándose.

–¿Qué tal les fue el viaje?

–No ha sido muy beneficioso –contestó él apretando los labios.

–¿Las cosas no han mejorado entre ellos?

–No se trataba de un desacuerdo sobre finanzas o sobre cómo pintar el salón, Tash. Le ocultó que estaba viendo a la hija de una mujer con la que tuvo una aventura. Para ella eso se parece demasiado a lo que hizo entonces.

–¿Crees que habría sido distinto si él se lo hubiera dicho desde el principio? –preguntó ella.

–No –admitió Aiden con un suspiro, tras pensarlo–. El daño está en el hecho en sí. Haberlo ocultado solo lo amplifica.

Tash se preguntó si Laura se sentiría de otra manera si supiera que a quien veía su esposo en secreto era a su hija. Tal vez le sería más fácil perdonar eso… cuando las estrellas de mar aprendieran a volar.

–Es mejor que saquen todos los problemas de fondo a la luz, ¿no crees?

–¿Qué problemas de fondo? –la taladró con los ojos. Ella agradeció el abismo emocional que se estaba abriendo entre ellos.

–Todas las familias tienen problemas ocultos. Por mucho que esto disgustara a tu madre, es probable que no sea el fondo de la cuestión –apuntó ella. Pistas, pistas.

–Las malas decisiones de mi padre son lo único que hay de fondo.

–Tal vez.

–¿Tanto lo admiras, Tash? –su voz sonó demasiado fuerte para un restaurante tan refinado.

–Solo creo que te apresuras mucho al culparlo –dijo ella, consciente de que era especialmente susceptible a cualquier crítica sobre su madre.

–Tú te apresuras mucho al defenderlo. Y a tu madre. Solo hay otra persona, la única inocente.

«¿Laura Moore inocente? ¿La mujer que le robó el hombre a su mejor amiga en cuanto pudo?» Tash se esforzó por medir sus palabras.

–No estoy culpando a tu madre. Solo sugiero que esto puede haber sido solo el detonante, no el origen de los problemas entre ellos.

–¿Quién dice que hay problemas?

–Aiden, él tuvo una aventura –«Con su primer amor», pensó–. Tiene que haber problemas.

–Eso fue hace veinte años.

–Mi madre murió amándolo todavía.

–Eso sería triste para ella.

La rapidez de su respuesta la molestó. No iba a dejar que siguiera ciego; lo obligaría a sacar la cabeza de la arena y a reconstruir el puzle. Y, si no podía hacerlo sin traicionar la confianza de Nathaniel, tendría que darle más pistas.

–Él le dejó un mensaje en el móvil hace unos meses, el día que habría cumplido cincuenta años. Es obvio que seguía pensando en ella.

Eso lo anonadó. Su aguda mente comprendió lo que significaba. Movió la cabeza.

–Le dio a mamá su palabra de que nunca volvería a verla.

–La cumplió. Ni siquiera fue a su funeral –se le cascó la voz y Aiden tocó su mano un instante–. Ya que estamos hablando de madres, háblame de la tuya. ¿Qué es lo que tanto adoras de ella?

–Es mi madre –dijo él, inexpresivo.

–La defiendes con fiereza. Es muy revelador.

–Es mi madre –repitió él lentamente, como si fuera tonta. Luego se explicó–. Estuvo siempre a mi disposición mientras mi padre trabajaba. Llevándome al colegio, preparando mi comida, curando mis heridas y relacionándose con las madres de mis compañeros de clase, lo que me ayudaba a integrarme.

–¿No te integrabas en el colegio? –sintió un pinchazo de dolor–. ¿Te costaba hacer amigos?

–Al contrario –hizo una pausa–. Pero me costaba mantenerlos.

Eso era comprensible. Seguramente ya era carismático de niño, pero sus altas expectativas respecto a los demás habrían supuesto una decepción constante en el tema de las amistades.

–Tenía siete años cuando empezó el asunto Moore versus Porter; crecí sabiendo que había ocurrido algo malo, por culpa de mi padre –buscó sus ojos–. Pero le ocurrió a mi madre, ¿sabes?

Laura, siempre la víctima, a pesar de haber conseguido a su hombre, un hijo perfecto, un estilo de vida lujoso y todo lo que eso conllevaba. Tash se esforzó por ser caritativa.

–Está bien que la quieras tanto...

–Gracias por el permiso.

–...pero ya eres mayor, y deberías ser capaz de verlos a ambos con ojos de adulto.

–¿Qué es lo que crees que no estoy viendo?

–Solo digo que una historia suele ser más compleja de lo que parece.

Él la miró tan fijamente que Tash se preguntó si habían entrado en zona peligrosa.

–Lo tendré en cuenta. Ahora me gustaría oír más de la historia de la que hablábamos. La tuya.

–Mi historia no tiene mayor interés.

–Hija única, distanciada de un padre violento, deja al imbécil de su novio y pierde a su madre en un par de años. ¿A quién recurre Natasha Sinclair cuando las cosas se ponen feas?

–Recurre a sí misma –admitió Tash–. Busca la fuerza en su interior.

–Una actitud muy zen.

–Funciona –soltó una risita–. Admito que me pregunto qué haría mi madre cuando me encuentro en situaciones que no sé como manejar.

–Me cuesta creer que exista algo que no sepas manejar –se movió hacia ella, acercándose peligrosamente.

–Te sorprenderías. Son situaciones en las que solo tengo dos opciones, ambas malas.

–¿Malas para quién?

–Para la gente involucrada. Malas para mí.

–¿Qué haces entonces?

–Analizo y resuelvo como puedo.

–¿Nunca sientes la necesidad de apoyarte en alguien? ¿De compartir las cargas de la vida?

Por supuesto que Tash la sentía. Solía hacer eso con su madre.

–El deseo de desahogarse sería un mal motivo para iniciar una relación.

–Los hay peores –apuntó él.

–¿Qué sabes tú de compartir? –preguntó ella, picada por la curiosidad–. Eres el hombre más aislado que conozco.

–Estábamos hablando de ti.

–Viene a ser igual; nos parecemos mucho.

Sin previo aviso, él extendió la mano y pasó el dedo índice por un mechón de su cabello.

–Es cierto. Lo he notado. No en los detalles, sino en las cosas esenciales.

«Hay una razón para que nos parezcamos», deseó gritar ella. En vez de hacerlo, se inclinó para dejar la copa en la mesita, apartándose sutilmente de él.

–Tengo a mi tía Karen. Y a mis amigos.

–¿Tienes amigos?

–Claro que sí –soltó una carcajada–. ¿Creías que surjo de la nada minutos antes de que tú entres en la habitación? Tengo muchas amistades en el mundo del arte, y un par del colegio con las que sigo estando muy unida.

–¿Por qué no hablas nunca de eso?

–Porque tú y no hablamos de cosas comunes como nuestras amistades. Solo de cosas seguras –también hablaban de cosas peligrosas, pero no lo dijo.

–Esta noche hemos hablado.

Era cierto y, dado el momento, irónico.

–Incluso eso seguía una agenda.

–¿Qué agenda?

–Estás dorándome la píldora. Compensándome por hacerme salir esta noche.

–¿Por sacarte de tu lecho de muerte?

–Bueno, tal vez no me encontrara tan mal como dije, pero la conversación ha distado mucho de ser casual. ¿Estás intentando envolverme con una sensación de falsa seguridad?

–Intento conocerte mejor, Tash.

–¿En Braille? –tenía que hacerle saber que se estaba excediendo con el toqueteo.

–¿Tan terrible ha sido? –él se sonrojó un poco.

–No terrible. Solo demasiado obvio.

–Confieso que no estoy acostumbrado a esto –admitió él con cierto pesar–. A intentar mantener una conversación. Las mujeres con las que salgo suelen ocuparse de ello. O no hablamos.

–¿Esto es una cita?

–No sé lo que es. Es un misterio.

–¿Un misterio agradable o uno que estás deseando que acabe? –preguntó ella hipnotizada, olvidando sus carpetas mentales.

–¿Me has visto mirar el reloj?

–Entonces, considérame parte de tu educación. Tal vez así es como se relaciona la gente real.

–¿Acaso te parezco falso?

–No eres falso. Pero no te mueves en el mismo plano que los demás, ni sigues las mismas reglas. No me disgusta, pero no me inspira confianza.

–Quieres decir que no confías en mí.

–No confío en nadie.

–¿Por qué no?

–Experiencia. Pero confío en ti más que en la mayoría, eso es algo. El día que estuvimos tumbados a la orilla del río te vi como eres.

–¿Y te gustó lo que viste? –tras la arrogancia de sus ojos asomaba

un destello de incertidumbre.

–Eres un hombre asombroso, Aiden Moore. Guapo, rico y disponible. Sería tonta si no lo viera –Tash no quería hacerle daño–. Pero me gustas más cuando no te esfuerzas tanto. O cuando no me siento como si fuera parte de uno de tus juegos. O de alguna encerrona que no entiendo.

–Me asombra que Jardine siga siendo capaz de funcionar –dijo él con admiración–. Esa capacidad de análisis tendría que haber anulado a un hombre como él –al ver que ella ensanchaba las aletas de la nariz, se explicó–. No me malinterpretes. La carencia es suya, no tuya. Todo lo que has dicho es cierto, para mi vergüenza, y lo has dicho con consideración. Pero no es fácil ser transparente cuando se está acostumbrado a conseguirlo todo.

–Si fuera tan aguda como dices, sabría a qué jugamos. Ahora mismo no puedo interpretarte.

–Tal vez porque ahora estoy siendo auténtico. Sí, quería jugar contigo hoy. Quería someterte a base de caricias, calmar el nerviosismo que creía que sentías.

–¿Nerviosismo por qué?

–Por nosotros. Por la cena y por lo que haríamos después. Pero eran imaginaciones mías. Esta noche no iba a pasar nada, ¿verdad?

–No. Pero eso no implica que no haya disfrutado de tu compañía ni de la conversación –respuesta para la carpeta del hermano en potencia, al que no quería herir–. Y no implica que no hubiera podido dar otra respuesta a principios de la semana –añadió para ser sincera consigo misma, aunque se protegiera siendo críptica.

–¿Quieres oír la mala noticia? –dijo Aiden tras un largo e incómodo silencio–. Tu sinceridad no está consiguiendo que te desee menos.

Él no podía desearla. Era así de sencillo. Cuando descubriera el porqué recordaría ese momento con ira y humillación. Pero no la recordaría a ella empeorándolo, ni haciéndole una escena.

–Por lo visto, ser inasequible es parte de mi encanto –Tash se levantó y se estiró la falda.

–¿Crees que tienes encanto? Curioso –él seguía flirteando.

Pero había pasado a un territorio más seguro. El tiburón incrementaba el diámetro de sus círculos, dejándola respirar.

–¿Sabes qué otra cosa es curiosa? –murmuró, guiándola de vuelta hacia los invitados–. Que crees que esto se ha terminado.

Se había terminado. Era imprescindible. O el daño sería demasiado intenso. Tash miró su reloj. Eran las diez. Giró hacia él.

–¿Tu padre ha vuelto hoy? Tenemos que hablar con él. Ahora.

–¿Por qué? –se asombró Aiden.

–Cuando hablemos con él, lo entenderás. Esto ha ido demasiado

lejos. ¿Puedes llamarlo?

–¿Estás bien, Tash? Te has puesto pálida. Por favor, no me digas que estabas enferma de verdad.

–Estoy bien.

–Tal vez debería llevarte a casa.

–Llama a tu padre, Aiden. Dile que nos veremos en MooreCo –un viernes por la noche no habría nadie en las oficinas. Tendrían intimidad.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, sacando el móvil.

–Te lo explicaré cuando estemos allí –agarró su brazo y tiró de él–. Vamos.

Era hora de poner punto final al asunto.

Capítulo 10

–Soy ¿qué? –la exclamación incrédula de Aiden ahogó el gemido atónito de Nathaniel.

–Mi medio hermano, más bien –se corrigió ella, mirando sus ojos azules. Habría sido difícil decir cuál de los dos hombres estaba más pálido.

–Natasha… –gimió Nathaniel.

–Lo siento si esto te pone las cosas aún más difíciles, Nathaniel. Pero él tenía que saberlo.

–Oh, Dios –murmuró Nathaniel.

–¿Tienes idea de cómo fue crecer con él? –preguntó ella, incapaz de contenerse–. ¿Creyendo que mi propio padre me odiaba? –eso era lo que la había convencido; nunca había creído que un padre pudiera odiar a su propia sangre, tenía que ser biológicamente imposible.

La mirada horrorizada de Aiden pasó de uno a otro, para finalmente centrarse en su padre.

–¿Tu aventura empezó antes de que yo naciera? –preguntó acusador.

–¿Bromeas? ¿Eso es lo que te importa de todo esto? –siseó Tash con ira. «¡Soy tu hermana!».

–Entonces no era una aventura –se defendió Nathaniel, centrado por completo en Aiden.

–Cuestión de semántica –ladró Aiden.

–No –apretó los labios exactamente como hacía su hijo–. Estás juzgando sin saber. Tu madre y yo habíamos roto cuando volví con Adele.

–¿Después de dejar a mamá embarazada?

–Sí, eso lo descubrí después.

–¿Y luego dejaste embarazada a Porter?

–No –Nathaniel se volvió hacia Tash, con ojos rebosantes de dolor. Curvó la mano alrededor de su muñeca, como si eso pudiera paliar el impacto de lo que decía–. No, Tash. No soy tu padre.

–Sí lo eres –dijo ella, sintiendo un dolor que no había sentido desde la muerte de su madre.

Él no volvió a negarlo, se limitó a entrelazar los dedos con los de ella.

–Estuvisteis juntos –sollozó Tash–. Te acostaste con Laura para vengarte de mamá. Estabas enfadado con ella.

–¿Es verdad eso? –Aiden rodeó a Tash para escrutar el rostro de su padre.

–Es verdad –Nathaniel cerró los ojos–. Adele y yo nos habíamos peleado y salí con Laura por venganza. Para demostrar que podía.

El cuerpo de Aiden se tensó como un muelle.

–Pero volviste con ella –lo urgió Tash–. Después de estar con Laura.

–Sí, pero nunca… –Nathaniel inspiró profundamente–. Nunca estuvimos juntos, Tash. Físicamente hablando.

Aiden rezongó.

–Rezonga cuanto quieras, Aiden –criticó Nathaniel–. Considerando las mujeres que buscas, no podrías entender que dos personas se amaran desesperadamente y no consumaran su amor.

–Bobadas.

–No todo el mundo vive tan rápido como tú, hijo –se volvió hacia Tash–. Tu madre era rebelde y alocada en ciertos sentidos, pero tradicional en lo que realmente importaba.

–¿Nunca os acostasteis? –aventuró Tash.

–Esa fuera la razón de que rompiéramos.

–¿Fue porque no quería acostarse contigo? –las lágrimas quemaban los ojos de Tash.

–Yo era joven y estúpido –admitió él con expresión avergonzada–. Y busqué a la primera persona que sabía que lo haría. Para hacerle a Adele tanto daño como sentía yo.

–Bastardo –escupió Aiden con ira.

–¿Sabes una cosa, hijo? Llevo veinte años viviendo con tu condena. Desde que tuviste edad para formarte una opinión, has tenido una mala sobre mí, sin conocer los hechos. Lo he permitido porque veía cuánto te gustaba ser el defensor de tu madre y cuánto le importaba a ella tu opinión. Pero ya he aguantado bastante. Dejé a la mujer que quería para hacer lo correcto con la mujer a la que había dejado embarazada. La apoyé aun sabiendo que ella…

–Aun sabiendo ¿qué? –inquirió Tash, intrigada por el súbito silencio. Nathaniel apretó los labios.

–Aun sabiendo que no volvería a ver a Adele.

–¿Por qué lo hiciste?

–Porque hiciera lo que hiciera iba a arruinar la vida de alguien. Mejor que fuera la mía.

Aiden, pálido como un muerto, se dejó caer en el sillón más cercano.

–No –suspiró Nathaniel, captando el rumbo que había tomado la mente de Aiden–. Nunca te culpé a ti. Tenía un hijo, mi único consuelo entre tanta desolación. Elegir a tu madre en vez de Adele no tuvo nada que ver con mis sentimientos por ella, era mi penitencia por

haber sido un bastardo y presionar a Adele para que diera más de lo que podía dar en ese momento.

–¿Lo sabe Laura? –Tash sintió el primer atisbo de compasión por la rival de su madre.

–En el fondo, ya lo sabía entonces. Y lo supo con seguridad después de... –sus ojos buscaron el horizonte a través de la ventana–. Pero no me comprometí por completo con ella hasta que la verdad quedó expuesta.

–¿Por qué no volviste con mamá cuando por fin estuvo libre?

–Porque me había comprometido con Laura –subió y bajó las manos en un gesto de derrota–. Y habían pasado ocho años. No podía abandonarla.

–Era un poco tarde para ser caballeroso, ¿no crees? –rezongó Aiden con desdén.

–Elegí a tu madre, Aiden. Libremente. Dos veces. Pero no te mentiré diciendo que la amaba como a la madre de Tash. Adele Porter fue, y siempre será, mi corazón –se le cascó la voz.

Las lágrimas de Tash empezaron a fluir.

–Piénsalo bien, Tash –Nathaniel le acarició el pelo–. Adele te lo habría dicho si fueras hija mía. Antes de morir. ¿No crees?

La lógica del comentario palió su confusión. Sí. Se lo habría dicho. Había tenido una muerte larga y lenta para compartir todo lo importante. Y ese detalle sin duda lo era. Pero Tash no podía asentir aún. Seguía estando demasiado dolida.

–Sería el hombre más orgulloso del mundo si pudiera decir que había engendrado dos hijos tan maravillosos, y habría dado cualquier cosa por saber que mi hija crecía en el cuerpo de Adele. Y por evitarte la miseria de tu infancia con Eric –se inclinó para mirarla a los ojos–. Pero te doy mi palabra, no hubo sexo, así que no puedes ser mía.

–Pero nos parecemos mucho –musitó ella, aunque el tono de Nathaniel no daba lugar a dudas.

–Es verdad. Yo también lo he notado. Me pregunto si son características de tu madre y si tal vez ella adquirió algunas de mí en aquella época.

–Tengo tus ojos –arguyó ella.

–Tienes ojos marrones, Tash –rio con gentileza–. Igual que la mitad del planeta. Incluida tu tía Karen, si no recuerdo mal.

–Me previniste contra Aiden... –era la última carta desesperada que Tash podía jugar.

–Porque está demasiado dañado...

–¡Eh! –Aiden alzó la cabeza de repente.

–Daría mi vida por ti, hijo, pero eres el producto de mi disfuncional relación con tu madre. Adquiriste tus valores sobre el amor y la confianza de un ejemplo muy imperfecto. Veo las

consecuencias de eso en ti a diario.

Aiden ensanchó las aletas de la nariz, pero el respeto lo hizo guardar silencio.

–Deseaba mucho ser tu hija –musitó Tash.

–Lo sé –la rodeó con los brazos.

–Y no quería serlo. Por Aiden –le susurró.

–Por favor, ten cuidado, Tash.

Ella recordó el daño provocado por la relación disfuncional de sus padres. Habría sido peor si hubieran seguido juntos. Aiden había crecido en ese tipo de entorno. Sintió lástima por él.

–Necesito aire fresco –dijo Aiden–. Me voy.

–Me has traído tú –tartamudeó ella, necesitaba escapar, pero no quería quedarse sola aún. Y estaba preocupada por Aiden.

–Le pediré a Max que reorganice tus citas –ofreció Nathaniel–. Tómate unos días libres.

–Gracias –murmuró Aiden.

–De nada.

Ella odió ese intercambio cortés y frío. Así habían sido sus encuentros con su padre cuando había tenido que verlo, siendo ya adulta.

–¿Estás bien? –le preguntó a Aiden mientras esperaban al ascensor.

–Mi cabeza está a punto de explotar. No sé por quién me siento más traicionado, si por él o por ti.

–Yo no podía decírtelo. Tenía que ser él.

–Lo has sabido toda la semana. Por eso no querías ir a la cena. Creías que era tu hermano. ¿Por qué diablos has salido conmigo?

–Viniste a buscarme a mi casa.

–Tendrías que haberme dicho que me largara.

–No se me da bien eso. Manejé la situación lo mejor que pude, dadas las circunstancias.

–Tiene que haber sido muy entretenido observar cómo intentaba ligar con mi hermana.

–Fue horrible. Quería decírtelo. Compartir la sospecha y mi ansiedad. Me emocionaba pensar que tenía otra familia –su voz se quebró. También la había horrorizado lo que eso suponía para ellos dos.

–Pero no la tienes –dijo él, más suave.

–No. Vuelvo a estar sola.

–He visto cómo te ha tratado mi padre. Pase lo que pase, no estarás sola. Si hubiera sido posible, serías hija suya.

–Eres afortunado por tenerlo, ¿sabes?

–¿En serio? ¿A un adúltero adicto al trabajo e incapaz de amar a la madre de su hijo?

–No digo que no sea trágico. Pero es un buen hombre, a pesar de lo

que hiciera en el pasado. Salvó la vida a mi madre. Y probablemente a mí. E hizo lo correcto por Laura. Dos veces.

–Me alegra tu afán de perdón. Quizá puedas obviar mis, supuestas, numerosas imperfecciones.

–Te quiere, Aiden. Se preocupa por ti, nada más. No seríamos humanos si fuéramos perfectos

–¿En serio? ¿Cuáles son las tuyas?

–Digo lo que pienso. Creo lo mejor de los demás incluso tras experimentar su peor parte.

–¿Eso un eufemismo de tu credulidad?

–Considerando cómo crecí, tardo muy poco en confiar en la gente.

–¡Tienes que estar de broma! –su bufido resonó en el aparcamiento, al que acababan de llegar–. Tardé semanas en ganarme tu confianza. Me pareció un triunfo conseguirlo.

–¿Cuándo fue eso?

–Remando. Pero la luna de miel duró poco.

El viaje de vuelta a casa de ella fue silencioso.

–¿Eres consciente de lo que has descubierto hoy? –preguntó él, ya ante la puerta.

–Que no soy la hija bastarda de un buen hombre –solo era la hija buena de un bastardo.

Los ojos de él destellaron, compasivos.

–Has descubierto que no somos parientes. Eso significa que no hay razón para no estar juntos. A no ser que tengas otra línea de defensa, ya no tienes excusa. ¿Cómo vas a protegerte de mí?

–Me siento segura contigo –eso era lo malo–. Pero tienes una forma muy retorcida de flirtear.

–Esto no es flirteo, cariño. Son los juegos preliminares –puso un brazo sobre sus hombros.

Y funcionaban. El destello prometedor y sensual de sus ojos hizo que a ella se le desbocara el corazón. Por suerte, Aiden no era su hermano.

Bajaron del coche y fueron hacia la casa. Tras abrir la puerta, se volvió hacia él.

–Gracias por traerme –le dijo.

–Pienso entrar contigo.

–Creí que necesitabas aire fresco y pensar.

–He cambiado de plan. No me interesa pensar en nada de eso. Ahora mismo no –la apretó contra la puerta e inclinó la cabeza para besarla–. Además, te lo voy a demostrar.

El beso llegó como maná para Tash. Lo deseaba y se odiaba por ello. Pero su cuerpo sabía la verdad aunque su mente no quisiera aceptarla. La presión de los labios suaves y firmes afectó a cada célula de su ser. La calidez de su piel, el cosquilleo de su aliento y sentir su

cuerpo duro contra el suyo provocó una explosión de sensaciones. Rodeó su cuello con los brazos y besó con pasión esa boca que había dejado de estar prohibida. Se perdió en su sabor.

Sintió su lengua tentando a la suya, explorando y jugando. La extasió volver a estar en los brazos del hombre al que había creído que no podría volver a besar. Se sentía embriagada por él.

–Adentro –farfulló Aiden contra sus labios. Empujó la puerta y la hizo entrar de espaldas. Una vez dentro, cerró de una patada.

Tash anhelaba lanzarse contra él, pero el viejo miedo la contuvo; esperó a ver qué hacía Aiden. Segundos después, él metió los largos dedos entre su cabello y echó su rostro hacia atrás.

–Llevo deseando esto desde que te conocí –dijo, acariciando sus labios con el pulgar.

–¿No es algo meramente físico? –jadeó ella, sorprendida por poder formular un pensamiento coherente. Mordió la yema de su pulgar y él aprovechó para deslizarlo dentro de su boca.

–Bruja –la besó largamente–. Si fuera solo físico habría sido mucho más fácil ignorarlo.

–No das la impresión de ser un hombre acostumbrado a las privaciones.

Era mal momento para conversar, pero si no echaba el freno todo iba a ser demasiado rápido y salvaje. Y aunque había anhelado eso mismo, imposible con Kyle, quería saborear cada segundo. Por si acaso no volvía a ocurrir.

–Esa es solo una de mis muchas depravaciones –murmuró él contra su cuello.

–¿Ah, sí? –rio ella–. ¿Cuáles son las otras?

–Tenemos toda la noche para esas –dijo él, ardiente y seductor.

Deslizó las manos por su cuerpo, acariciando y excitando cada poro de su piel. Ella siempre había estado con hombres exigentes, apresurados o torpes. Pero Aiden recorría las líneas de su cuerpo como si fueran una obra de arte, descubriéndola y saboreándola. Agarró sus manos y las sujetó detrás de su espalda, haciéndola cautiva.

El contraste entre sus suaves caricias y su fuerza hizo que a ella le hirviera la sangre. Quería equipararse a él, pero temía ir demasiado lejos. Recordaba la reacción de Kyle cuando aceptó el reto sexual que le había lanzado: se había encogido. Literalmente.

Sonrojado e incómodo, había retrocedido en su lujosa cama, apartándose de ella. A partir de entonces se había asegurado de dominar cualquier encuentro sexual. De mala manera, como si la tuviera miedo. Y eso no era sexy. Había hecho que se sintiera sucia y avergonzada por responder con entusiasmo a la bravuconería sexual de Kyle, que había resultado ser pura palabrería.

Aiden no era Kyle. En absoluto. Las señales que enviaba eran

claras. Y le había comentado que le gustaban las mujeres atrevidas.

Se moría de ganas de serlo, pero no sabía si arriesgarse o no. Tal vez su idea de mujer atrevida no incluyera el que ella tomara la iniciativa.

Hizo acopio de fuerza y alzó los brazos, que él sujetaba, por encima de la cabeza para llevarlos hacia delante. De inmediato, Aiden se apartó un poco, liberándola. Tras bajar los brazos, ella le dio un empujón en el pecho.

Muy fuerte.

Él tuvo que retroceder hacia la puerta, jadeante, escrutándola. Ella intentó leer su expresión; después hizo lo que había querido hacer desde la primera vez que lo vio en su taller, juzgándola. Lo aprisionó contra la puerta y abrió su camisa de un tirón, arrancando los botones.

Tras desvelar su intención de la forma más gráfica posible, alzó la mirada con la esperanza de ver sorpresa, no desagrado. Ni, por supuesto, temor. Pero no contaba con encontrarse con la pasión hambrienta que vio en sus ojos.

–Me debes una camisa –la retó él.

Sin sentencia. Sin desagrado. Con deseo.

Él se impulsó con los hombros y eso los llevó junto al sofá que dividía la sala en dos. Cuando los muslos de Tash chocaron con el respaldo, se apoyó para recibir el beso furioso de Aiden.

Lo recibió y lo devolvió.

Curvó los dedos sobre la camisa abierta y lo atrajo hacia ella. Él puso una mano en su cadera y agarró su pelo con la otra, abrasándola con los ojos.

–¿Quieres llevar tú las riendas? –preguntó.

A ella se le desbocó el corazón. Por fin había llegado el momento que siempre había esperado. Un hombre bueno y guapo cediéndole el mando. Creando un entorno seguro en el que pudiera probar sus límites, ofreciéndose como conejito de Indias. Minutos antes había creído que el gran riesgo sería mostrarle ese aspecto de sí misma, pero ponerlo en práctica, aceptar el control que Aiden le ofrecía, era más aterrador aún.

Porque lo anhelaba. Y demostraría que ella no era ninguna abominación. Sencillamente, aún no había encontrado a su igual.

–Yo cuidaré de ti –afirmó Aiden, captando e interpretando su titubeo.

Ella supo que lo haría. Era esa clase de hombre. Las cualidades de la carpeta «hermano» no habían desaparecido desde que Aiden había pasado a la carpeta «otros»: inteligencia, compasión, interés por todo lo nuevo que supusiera un reto, espíritu, lealtad y valores. Todas las cualidades que la habían atraído quedaban amplificadas por las llamaradas de deseo que emanaban de él, no desaparecían.

Aiden Moore era capaz de cuidarla hasta el día de su muerte. Su preocupación por su madre lo demostraba. Por eso se había enamorado de él.

De repente, perdida en las lagunas azules de sus ojos, todo encajó en su lugar. Por eso sentía esa conexión. Por eso la había dolido tanto la idea de separarse de él. Por eso se había sentido lo bastante segura para ser ella misma.

Lo amaba.

Él le apartó un mechón de pelo de su rostro, como si percibiera su tumulto interior, sin presionarla pero sin dar marcha atrás. Esperando.

Ella inspiró profundamente. Expresó su confianza en una gran sonrisa.

Y lo envolvió en sus brazos.

Capítulo 11

¿Había habido alguna vez algo tan bello como ese momento? Tash gloriosamente desnuda y desparramada sobre la cama. Inconsciente. Poco elegante. Vulnerable.

«Y mía».

Esa palabra no dejaba de surgir en la mente de Aiden, por más que intentaba evitarlo. Adoraba hacer a alguien suyo. Ponerle su marca. Le encantaba doblegar cualquier resistencia.

Pero no se enfrentaba a esa clase de «mía».

Era algo muy distinto. Un «mía» fiero, celoso, protector. El tipo de posesión que le hacía desear salir de puntillas, buscar a Eric Sinclair y matarlo a cuchilladas por haberle hecho tanto daño.

Incluso habría apaleado a su propio padre porque ella había deseado que fuera también el suyo y no lo era. Una parte de él había decidido que su nueva misión era proteger a Tash y satisfacer sus necesidades. Ridículo, porque ella lo tumbaría de un golpe por atreverse a pensarlo.

Fue a ver si el café estaba listo. Había buscado refugio en la cocina porque no se creía capaz de estar tumbado a su lado y no volver a tocarla. Y ella se había ganado un merecido descanso.

Su bella y salvaje Tash.

No, no suya. Quería dejarle eso claro al mundo. Lo que acababan de hacer, de igual a igual, los había convertido en socios.

Eso era nuevo para él. Y muy inquietante.

Su padre había dicho que estaba «dañado», pero aunque sus anteriores relaciones habían durado poco, habían sido con mujeres decentes. Mujeres que también querían encuentros breves y sin ataduras. No eran tan especiales o únicas como Tash, pero no las había recogido en una esquina.

Sexo y poder iban de la mano. Como le gustaba controlar el poder, controlaba el sexo. Cuándo ocurría, dónde y con quién. Aunque había cedido parte de ese control a Tash, lo había recuperado al final de la noche, obligándola a suplicar por sus caricias. Siempre lo hacía. Él dirigía los aspectos físicos y los emocionales. Utilizaba el tiempo a su favor: cuanto más corta era la relación, mayor era el control que ejercía.

Su querido padre, dado como había tratado a las dos mujeres más importantes de su vida, no estaba en situación de criticar sus

relaciones.

«Apártate que me tiznas, le dijo la sartén al cazo», pensó Aiden. Apagó la cafetera y se sirvió una taza. Había aceptado que no iba a volver a dormir esa noche, su mente estaba demasiado agitada aunque su cuerpo anhelaba descanso. La única opción era el café, mucho, solo y fuerte.

Se sentía culpable por ser tan débil. Era irónico que una persona que disfrutaba con los conflictos y los retos empresariales se manejara tan mal en los conflictos personales. Pero su familia no solía tener conversaciones profundas y significativas. Así que había refinado el arte de encontrar algo que distrajera su mente. Y desde la pubertad ese algo había sido el sexo.

Tendría que haber estado en su casa, analizando el campo de minas emocional que era su familia no allí, distrayéndose con Tash.

Utilizándola.

Volvió a remorderle la conciencia. Para ella no había sido fácil abrirse a él y dar rienda suelta a su sensualidad. Sabía que no se acostaba con cualquiera. Además, le había quedado muy claro cuando, media hora antes, los bellos ojos chocolate se habían abierto y mirado los suyos un instante antes de volver a cerrarse, agotados. Ella no había podido disimular la intensidad de su mirada. Una especie de adoración adormilada.

Casi había huido de su lado, con el corazón a punto de estallar. Lo había mirado como si...

Se negó a pensar en eso. Tomó un sorbo de café y miró las brillantes y alegres fotos que adornaban la nevera de Tash. Momentos de júbilo, momentos de amor. Volvió a ver esos ojos chocolate clavándose en los suyos, rebosantes de... optimismo adormilado.

Se había enfrentado a ese momento muchas veces en el pasado. Por eso nunca llevaba a nadie a su casa, porque de allí no podía irse. Y él se marchaba en cuanto la situación se ponía pegajosa. En cuanto percibía que la mujer con la que estaba empezaba a encapricharse.

O si le ocurría a él, como era el caso actual.

Miró la foto más grande. Tash con su madre, en una playa, ambas resplandecientes de felicidad.

Las mujeres Porter-Sinclair.

Las menos apropiadas del mundo si quería seguir manteniendo algún tipo de relación con su madre. Y quería. Él no iba a ser otro de los hombres de su vida que la abandonaba.

Miró la parte superior de la nevera y se quedó helado al ver una pata traslúcida, azul anaranjado, con diminutas ventosas por debajo, curvada sobre el borde del electrodoméstico. Una estrella de mar regordeta, que parecía casi viva. La tocó.

Era su estrella de mar. La que había visto crear a Tash el día

anterior. Había estado seguro de que acabaría en el cubo de reciclaje tras ver cómo la metía en el horno de enfriamiento como si no tuviera ningún valor.

Pero allí estaba. En su casa.

Para una mujer que se ganaba la vida manipulando el cristal, esa pequeña estrella de mar era una minucia. Eso otorgaba mucho significado a su presencia allí. La tomó en la palma de la mano y dejó que las patas, frías y duras colgaran a un lado. Distaba de ser perfecta, las patas eran irregulares y el color no era uniforme. Sin embargo, esos fallos, en parte ocultos por la belleza del cristal, lo atraían porque le recordaban a él mismo.

Las mujeres no guardaban ese tipo de cosas sin motivo, al menos no las mujeres prácticas como Tash. Si había pensado regalársela, lo habría hecho antes de que fueran a cenar. Eso implicaba que la guardaba como recuerdo, lo que no era buena señal. Sintió una opresión en el pecho.

Que la hubiera guardado daba otro sentido a esa mirada de sus ojos chocolate. Y a que se hubiera atrevido a mostrarle su lado más salvaje. Y a todas la sonrisas de las últimas semanas. Sintió una horrible punzada de responsabilidad. Miró la pieza y luego la nevera.

Sí, la estrella de mar era él. Y Tash la había colocado junto a sus recuerdos más preciados.

Eso significaba que había llegado la hora de irse. Que no le gustara nada la idea lo convenció de que era imprescindible hacerlo.

Tash se estiró y se obligó a abrir los ojos. Era curioso que pudiera sentirse sola en la cama, cuando era lo habitual, tras compartirla unas pocas horas. Eran las cinco de la mañana. Aguzó los oídos, pero no se oía ruido en el baño.

Frunció el ceño y obligó a sus deliciosamente doloridos músculos a cambiar de posición.

–¿Aiden? –murmuró, incorporándose.

No podía haberse ido. Él no le haría eso.

Encendió la lámpara de la mesilla y miró a su alrededor, buscando una nota. No la había. Bajó los pies al suelo y se puso una bata. No sabía si la ausencia de nota era algo bueno o malo. Podía significar que seguía allí, o que se había ido pero no se había sentido obligado a despedirse. En una casa tan pequeña, su ausencia sería evidente.

«¡Ve a mirar!», rezongó para sí. Deseó poder ser capaz de darse la vuelta y seguir durmiendo. Las ocho habría sido una hora más apropiada para sufrir una crisis de confianza.

Salió del dormitorio y, ya en la sala, su nariz le dijo cuanto necesitaba saber.

–¿Necesitabas cafeína? –murmuró, entrando en la cocina.

Aiden contemplaba el batiburrillo de cosas que había en la puerta de la nevera, sujetas con imanes de colores. Tash vio que la cafetera de cristal estaba casi vacía. Tenía que haberse tomado al menos tres tazas grandes. Se preguntó cuánto tiempo llevaba allí.

Cuando miró a Aiden, el tenía los ojos velados y expresión de disculpa.

–Oh –musitó ella, con un nudo en la garganta. Tendría que haberlo visto venir la noche anterior.

–¿Cómo te sientes? –preguntó él.

Ella no quería oír eso. «¿Cómo te sientes?» implicaba que le daba igual. «¿Cómo te sientes?» sugería que había hecho algo por lo que debería sentirse incómoda. «¿Cómo te sientes?» era el preludio a «Bueno, es hora de que me vaya».

–¿Qué ha pasado? ¿Se te ha resistido el cerrojo? –cruzó los brazos sobre el pecho.

–No iba a irme –él apretó los labios–. Quería esperar a que te despertaras.

–Ya estoy despierta –«Vas a irte», pensó.

–¿Por qué te has despertado?

«Porque no estabas en la cama y te echaba de menos». Por supuesto, no iba a decirlo.

–Me resulta raro que haya gente en la casa. Debo de haber percibido que te movías por ahí.

Notó que él no la creía, pero no la extrañó.

–Esto es un récord mundial, hasta para mí –canturreó–. ¿Tienen nombre las aventuras de media noche?

–Tash... –él cerró los ojos.

–Tranquilo, lo entiendo. Ahora, aunque no lo capté antes. Por la forma en que me mirabas... –calló. No quería ser una de esas mujeres que decían «pensé que...». Pero lo cierto era que sí lo había pensado.

–No tendría que haber venido –él movió la cabeza–. No tendríamos que habernos acostado.

Ella parpadeó y se abrazó con más fuerza. Tal vez sí fuera una aberración. Su intensidad lo había asustado. Sin embargo, él la había hecho creer que podía con todo. Era Aiden Moore. Dada su reputación tenía que haber visto cosas más raras.

–Nadie te obligó. Inicialmente –añadió, recordando los botones volando por los aires.

–Me importas, Tash. Sabía que esto no iría a más y no debí empezarlo. No he sido justo.

Ella oyó los ecos de la voz de Kyle e incluso de la de su padre. Asumiendo la responsabilidad con esa condescendencia masculina que dejaba claro que la culpable era ella. Como si le hicieran un favor.

Aiden tendría que haber estado por encima de eso, era ofensivo para ambos.

Asintió con la cabeza y fue hacia la puerta con tanta dignidad como pudo. Pero una vez allí se dio la vuelta y se obligó a hablar.

–Dime… ¿Por qué esto no iba a ir más allá?

–Tash, no hagas eso.

–¿Hacerte responsable de tus acciones? –de repente deseó oír lo que tenía que decir–. La miradas lujuriosas, los besos en el guardarropas, el día que estuvimos remando… Yo diría que has tenido tiempo de sobra para los remordimientos de conciencia.

«Vamos, Aiden, dilo. Has sido demasiado dominante, Tash». Eso había ocurrido con Kyle. Y también con su padre, la única vez que había intentado poner parches en su horrible relación.

–Parecías estar disfrutando –rechinó. Él le había ofrecido el control. No podía quejarse de que lo hubiera aceptado. La historia se repetía.

–No tiene que ver con esta noche, Tash.

–Entonces, ¿con qué? –«¿Qué he hecho?».

–No quiero… –maldijo y se dio la vuelta un instante–. No quiero hacerte daño, Tash.

–Es demasiado tarde –inspiró varias veces para armarse de valor–. Me cediste el control, Aiden. Querías que lo tuviera.

–Ya te he dicho que no se trata de esta noche. Ha sido una noche fantástica –intentó tocar su brazo, pero ella lo apartó.

–¿De qué se trata entonces?

–No te veo… sintiéndote cómoda en mi familia –carraspeó, indeciso–. A largo plazo.

Ella sintió hielo circulando por las venas. No era mucho mejor de lo que había temido. De una u otra manera, suponía un rechazo de lo que ella era en esencia. El orgullo traspasó la barrera de hielo.

–Que yo sepa, no te has declarado.

–Eso no cambiará en unas semanas –la miró a los ojos–. ¿Por qué vas a perder el tiempo?

–¿O tú el tuyo? –le devolvió ella. Tenía que haber estado loca al imaginarlo loco de deseo.

–Esto no tiene que ver conmigo.

–No. Tiene que ver con tu familia. Pero seamos sinceros. Hablas de tu madre.

–Tengo seis tíos y tías con sus parejas respectivas. No van a aceptar a la hija de Adele Porter en su jardín, menos aún en su familia.

–No si nadie se opone a sus prejuicios.

–Esperas que me oponga a mi familia por ti –siseó el con frustración.

Si eso le parecía inconcebible, era obvio que no significaba nada

para él.

–¿Por qué no lo haces por tu padre?

–No metas a mi padre en esto –frunció el ceño.

–El pobre Nathaniel debe de haber vivido en zona de guerra todos estos años. En territorio enemigo. Con una panda de histéricos incapaces de dejar el pasado atrás –Tash estaba a punto de echar humo. Estaba harta de gente ciega, prejuiciosa y estúpida–. Abandonó a la mujer a la que amaba por consideración a Laura y para que tuvieras un padre. Cierto, se rindió a un impulso cuando éramos niños, pero siguió con Laura veinte años más, Aiden. Volvió a hacer lo correcto por ella. Pero eso no os basta, ¿verdad?

–Tash... –advirtió él, alzándose sobre ella.

–¿Qué diablos queréis de nosotros? Siento que no la amara más. Pero no es culpa mía.

–Podría preguntar lo mismo, Tash –dijo él con pasión–. ¿Qué diablos quieres de mí? Intento hacer lo correcto. Sería muy fácil seguir contigo, ocultando la verdad y pasándolo bien las semanas que tardara en aburrirme de ti.

Por lo visto, para él aburrirse era inevitable.

–Eres dinamita, como decía Jardine. ¿Por qué no iba a aceptar lo que ofreces y disfrutarlo? Estoy siendo caballeroso y poniendo punto final antes de que las cosas se compliquen con una mujer que no tiene cabida en mi futuro.

Sus palabras resonaron en la cocina, haciéndolas aún más difíciles de soportar. Tash agarró la estrella de mar que había creado ante él el día anterior y la apretó contra su corazón. Se preguntaba si estaba condenada a ser siempre «buena para un rato pero no a largo plazo».

–Tienes razón –dijo sarcástica–. Gracias por evitarme tanto dolor –las lágrimas le quemaban los ojos, pero no iba a permitir que viera cuánto la había herido–. Es irónico que, para ser un hombre digno de mí, tengas que salir por esa puerta –tragó aire–. No sé por qué esperaba más. Todo el mundo me previno contra ti, incluso tu padre. Al final resulta que eres igual que los Kyle Jardine y los Eric Sinclair que pueblan el mundo.

Aiden la miró con ojos ardientes de ira.

–Él golpeaba a su esposa y a su hija de seis años por tener la fuerza y el carácter de los que él carecía. Debía matarlo ver eso día a día. Kyle era igual: demasiado inseguro emocionalmente para mantener una relación auténtica. Fui una estúpida al creer que eras distinto. Estas tan deformado emocionalmente como ellos. Solo vistes mejor.

–Cuidado, Tash... –advirtió él.

–¿O qué, Aiden? ¿Crees que puedes hacerme algo que no me hiciera mi padre? ¿O decirme algo que no me dijera Kyle? Estoy harta de hombres que me desprecian. Si no tienes valor para enfrentarte a tu

familia, así sea, pero admítelo. No me des discursos sobre lo buen hombre que eres por evitarme la incomodidad de no ser bienvenida en tu casa. Tu familia sería muy afortunada por tenerme. Tal vez añadiría algo de carácter y fuerza a unos genes bastante disminuidos.

El insulto, horrible, flotó en el aire.

–Sería como lanzarles una bomba, Tash.

Ella se dio la vuelta y lanzó la estrella de mar contra la pared del vestíbulo. Estalló en cientos de pedazos de cristal azul anaranjado.

–Pues lánzala, Aiden. Como haría el hombre de quien creía haberme enamorado. Un hombre fuerte y excitante. Dios, estoy harta de «niños».

–Tú no me quieres –dijo él con voz agónica.

–Por favor, no me midas por tu rasero –cuadró los hombros–. Haz el favor de marcharte.

Haciendo acopio de dignidad, pasó por encima de los cristales y volvió a su dormitorio. Cerró la puerta y se apoyó en ella, negando a sus ojos el descanso de las lágrimas. Oyó a Aiden enjuagar la taza y dejarla en el escurridor. Lo oyó correr el cerrojo, abrir la puerta y cerrarla tras de sí.

Agradeció el entumecimiento, su viejo amigo, que la ayudaría hasta que pudiera lidiar con las emociones que la asolaban. Se dejó resbalar puerta abajo, hasta el suelo. Al apartarse el pelo del rostro comprobó que se le mojaban las manos.

Las lágrimas que había contenido empapaban su rostro. Igual que los cortes que laceraban las plantas de sus pies teñían de rojo la alfombra.

Lágrimas y sangre que fluían libremente, en contra de su voluntad.

Capítulo 12

Seis semanas después

Si Nathaniel había percibido que volvían a verse de forma clandestina, los dos solos, no se lo comentó a Tash. Su conversación, como siempre, era serena y relajada. Parecía disfrutar de sus encuentros tanto como ella. Solo había mencionado a Aiden dos veces. Estaba segura que la primera vez había captado su mueca y, la segunda vez, la escrutaba con tanta atención cuando nombró a su hijo que Tash supo que lo había hecho por ver su reacción.

Al ver que ella mantenía una expresión impasible, se había recostado y había evitado volver a mencionar a Aiden. Durante semanas.

–¿Qué tal tu nueva casa? –preguntó ella, removiendo su café con leche.

–Bien. Nunca he sido de los que acumulan cosas; lo que me llevé cabría en esta mesa de café, así que no me falta sitio.

–¿Necesitas algo?

–Bendita seas, Tash –puso una mano sobre la suya–. No. Nada que no pueda comprar.

–¿Necesitas compañía?

–¿Te estás ofreciendo?

–Disfruto cuando pasamos tiempo juntos –se preguntó si estaba tan desesperada como sonaba.

–¿No deberías pasar ese tiempo con amigos?

–Pensaba que tú y yo éramos amigos.

–Me encantará verte siempre que quieras –dijo él, lanzándole una mirada... paternal.

–Por lo menos sabré que no estás dejando que te absorba el trabajo.

–Es tentador, pero no. Un adicto al trabajo en la familia es más que suficiente –dijo él.

–¿Aiden está trabajando muchas horas? –preguntó ella con tanta indiferencia como pudo.

–Muchas e intensas –rezongó Nathaniel–. Y arrastrando a los demás. Ahora mismo es un castigo para toda la empresa –la miró fijamente–. ¿Sabes tú algo de eso?

–¿Cuándo empezó? –se evadió ella, que era tan mala fingiendo

inocencia como mintiendo.

–El día que se enteró de lo mío con tu madre.

–Bueno, eso lo explica, ¿no?

–Eso creía yo, pero cuando intenté hablar del tema con él me evitó como si tuviera cosas más importantes en las que pensar.

–¿Quién sabe? –encogió los hombros. Deseó que sus palabras de despedida hubieran hecho efecto y a él le remordiera la conciencia.

–¿Tú, quizás? Tus cambios de comportamiento empezaron al mismo tiempo.

–¿Qué cambios? –alzó la vista hacia él.

–No eres tan vivaz y alegre como antes.

Era verdad. Tash lo veía en su trabajo.

–Tash, aunque no seamos familia de sangre, te quiero como a una hija –Nathaniel midió sus palabras con cuidado–. Estoy preocupado por ti.

Era curioso que hubiera dejado de importarle el asunto de la paternidad. Su desencuentro con Aiden hacía unas semanas le había dado una nueva perspectiva. Cada uno recibía el trato que permitía que le dieran.

Había tardado treinta años en comprenderlo.

Había acusado a la familia de Aiden de vivir en el pasado, pero ella hacía lo mismo con su padre. Era quien era; el porqué ya no importaba. No podía dar vueltas a lo que no podía cambiar.

–Me encantaría ser tu hija honoraria –sonrió a Nathaniel–. Excepto por...

–Aiden es un adulto –interrumpió Nathaniel, leyéndole el pensamiento–. Puede que no le guste nuestra amistad, pero tendrá que aceptarla.

–Es un hombre complicado. Conflictivo.

–Yo podría haber dejado a Laura –Nathaniel suspiró–. Cuando erais niños. Habría sido el momento correcto. Pero vi la enorme influencia que ejercía sobre Aiden, y habría sido peor aún si yo no estaba allí para equilibrarla.

–¿Te quedaste por el bien de Aiden?

–No soy perfecto, pero al menos podía contrarrestar lo peor de Laura. Asegurarme de que se convirtiera en un hombre bueno. Cuerdo.

–Lo hiciste bien –dijo Tash. «Excepto por su arrogancia, narcisismo e ineptitud emocional».

–Muchas veces deseé tener la mitad de la fortaleza de tu madre. Cuando llegó el momento de hacer lo más difícil, lo hizo. No miró atrás. Tal vez a Aiden le habría ido mejor si hubiera crecido alejado de los problemas de sus padres.

–En ese caso habrías tenido poca relación con él. Imagínate lo que

habría supuesto eso –lo consoló ella, poniendo la mano sobre la suya.

–Siempre que tenía un problema, solía pensar «Qué haría Adele?».

–¿Qué crees que habría hecho ella de otra manera, si hubiera estado en nuestra situación?

–Habría hecho lo que hacía siempre. Actuar. Hacer algo concreto y positivo que cambiara su situación. No esperar a ver qué hacían los demás.

Tash llevaba semanas obligándose a olvidar a Aiden, parcheando a su vida lo mejor que podía. Sobreviviendo en un túnel. Las palabras de Nathaniel abrieron ante ella un camino paralelo. Brillante, abierto al aire y con aroma a violetas. Como la crema hidratante de su madre.

Necesitaba cambiar de dirección. Hacer las cosas de otra manera. Había llegado la hora de, en vez de sobrevivir, pasar a la acción. De luchar.

–Nathaniel –alzó su mano y la besó–. ¿Te ha dicho alguien que eres un hombre brillante?

–Alguien me lo dijo una vez –sus ojos se humedecieron de emoción–. Me alegro mucho de poder compensar, por fin, ese cumplido.

La últimas notas del Big Ben resonaron en lo que sin duda era un enorme vestíbulo. Tash esperó una respuesta. Oyó el inconfundible sonido de unos tacones sobre el mármol, pero se detuvieron junto a la puerta. Sintió los ojos que la escrutaban tras la mirilla y el peso del silencio que siguió.

Se preguntó si Laura abriría la puerta.

–Solo necesito unos minutos de su tiempo, señora Moore –dijo con voz templada y neutral.

Poco después, la puerta se abrió un poco.

–Señora Moore, soy…

–Sé quién es –dijo Laura–. ¿Qué quiere?

Habría sido una pregunta grosera si no hubiera sonado tan defensiva. A Tash la sorprendió lo envejecida que estaba Laura. Acababa de cumplir los cincuenta, pero parecía veinte años mayor.

–Me gustaría que habláramos.

–¿Sobre qué?

–Sobre su hijo. Por favor.

Obviamente, era lo último que Laura esperaba oír. La sorpresa hizo que retrocediera unos pasos, dejando a Tash paso libre al ornado y lujoso vestíbulo. Laura fue hacia la cocina y Tash la siguió; su casa entera habría cabido allí.

Sonó el teléfono y Laura se excusó para ir a contestar. Tras intercambiar unas frases en voz baja, colgó y se volvió hacia Tash.

–¿Qué puedo hacer por usted, señorita Porter?

–Sinclair –corrigió ella. Miró los taburetes de cuero que asomaban bajo la isla de mármol de la cocina–. ¿Podemos sentarnos?

–¿Hace falta? –Laura no se movió.

–Supongo que no –cuadró los hombros–. Quería preguntarle por la época de la universidad con mi madre y Nathaniel.

–Pensé que querías hablar de Aiden.

–Tiene mucha relación. Supongo que le ha dicho que sabe que Nathaniel y mi madre tuvieron una relación antes de que él se casara con usted.

Su súbita palidez le indicó que no lo sabía.

–Aiden nunca diría nada que pudiera herirme. Es muy considerado en ese sentido –dijo Laura. Apretó los labios–. Supongo que tú tienes la culpa de que sepa eso.

–Indirectamente –Tash tomó aire–. Pensé que podía ser hija biológica de Nathaniel.

En ese momento ocurrieron dos cosas: la palidez se intensificó y un brillo extraño y vindicativo endureció los ojos de Laura. Pero era algo interno. Cuando habló, le temblaba la voz.

–Y ¿lo eres?

–No, no lo soy.

–Ah.

–¿Esperaba que lo fuera?

–Eso habría explicado muchas cosas –dijo Laura, tras pensarlo un momento–. Entonces, ¿eres de Eric?

–Que yo sepa, sí –contestó Tash.

–¿Y te alegró saberlo?

–No. En absoluto –Tash intentó que el sarcasmo no tiñera su voz.

–Me lo imagino –Laura asintió–. Eric era un joven difícil. Dudo que mejorara con la edad.

–¿Por qué era amiga suya entontes? –no pudo evitar preguntar Tash.

Laura, desconcertada, se apoyó en la lujosa encimera de la cocina, pensativa.

–Eric siempre estaba allí. Formamos un pequeño grupo el primer día de curso y nunca nos separamos hasta que... –titubeó un segundo– ...dejé los estudios. Él era periférico con respecto a nosotros tres y nunca pareció captarlo.

Tash pensó que tal vez si lo había captado.

–¿No le caía bien?

–No me inspiraba confianza. Ni a los otros.

Con razón, como había demostrado el tiempo.

–Entonces, ¿por qué se casó mi madre con él?

Tal vez fue el instinto maternal de Laura lo que la llevó a

contestar, o tal vez llevaba años preguntándoselo ella misma.

–Porque él se lo pidió. Y porque ella quería demostrar algo.

–Me cuesta creer que se casara con alguien como él solo porque se lo pidiera.

–Ella estaba… perdida –el rostro de Laura se arrugó con consternación–. Él estaba disponible y deseoso. A tu madre no le gustaba no ser el centro de atención.

Tash se mordió la lengua. Estaba allí con un fin y no era discutir con la madre de Aiden. Además, las palabras de Laura estaban cargadas de amargura, no de deseo de venganza.

–¿Sabe por qué era así? ¿Eric Sinclair?

Por primera vez, los de Laura se ablandaron.

–Provenía de una familia rota. Nada agradable, si no recuerdo mal.

Tash provenía de un entorno similar, pero tenía la esperanza de no parecerse nada a él.

–Y quería a tu madre con locura. Siempre tuvo querencia por lo deslumbrante.

–No puede haberla querido, a juzgar por cómo la trató –Tash se preguntó cuánto sabía de Laura de cómo había sido castigada su madre antes de tener fuerza suficiente para abandonarlo.

–Tú no estabas allí, Natasha. No viste cómo la adoraba, como una abeja a una flor. Pero ella no le hacía caso –sus ojos se endurecieron de nuevo–. No hasta que…

–Hasta que Nathaniel la dejó –«Por ti», pensó–. Entonces tendría que haber sido el hombre más feliz del planeta. ¿No cree? –algo no cuadraba.

–¿Puedes imaginar lo que es ser la segunda opción de la persona a la que amas? –chirrió Laura–. Eso no pudo ser bueno para un ego tan frágil como el de Eric. Por mucho que obtuviera lo que quería.

Ni para una mujer herida como Laura, comprendió Tash de repente. El paralelismo era obvio, no entendía que se le hubiera escapado.

–Que todo te lo recuerde a diario –siguió Laura, absorta–. Incluso en lo que no se dice. Como elegir un nombre que empieza como otro.

–¿Natasha es por Nathaniel? –gimió Tash.

–Él siempre lo creyó –sus ojos parecían hielo. Tash se preguntó si «él» era Eric o Nathaniel.

Intentó imaginarse una vida con Aiden secretamente enamorado de otra mujer. Y luego sin que fuera un secreto. Y cómo la reconcomería con el tiempo. Eso no hizo que su padre le gustara más, pero explicaba en cierto modo su odio.

–Pero mamá no lo mencionaba –la defendió–. Ni siquiera escribía el nombre en sus diarios.

–¡Eso es aún peor! –ladró Laura–. Como si su nombre fuera algo

que atesorar y ocultar. Como si eso hiciera posible olvidar lo ocurrido antes.

Era obvio que estaban hablando en clave. Tash intentó procesar las palabras de Laura.

–Sí. Eso lo entiendo. Tenía que ser difícil.

–No seas condescendiente conmigo. Ni con él. Hasta que no se vive con ello, no se entiende.

–Sigue queriendo a Nathaniel, incluso ahora, ¿verdad? –musitó Tash, compasiva.

–Moriré amándolo –casi gritó ella.

–Por eso le disgusto tanto –dijo Tash. Su madre había muerto amando a Nathaniel.

–No tengo ninguna opinión sobre ti –mintió Laura–. Tu madre y tú no me importáis nada.

–Eran amigas. Sus diarios están llenos de los buenos ratos que pasaron juntas antes de que todo se estropeara. ¿Qué ocurrió?

–Ocurrió mi padre –dijo una voz grave tras ellas–. ¿No es siempre un hombre el culpable de todas las quejas femeninas?

–Cariño... –el rostro de Laura cambió al ver a su hijo. De repente parecía frágil, vulnerable–. ¿Que haces aquí? –ronroneó.

Era una víbora.

–Pulsaste la tecla de alarma –Aiden la miró con frustración–. Habíamos hablado minutos antes. Vine porque pensé que había una emergencia –miró a Tash con rabia, por hacerle perder el tiempo, como si fuera ella quien había pulsado la tecla–. Y os encuentro aquí, charlando.

Tash cuadró los hombros, obvió la excitación que le causaba verlo y se enfrentó a su desdén.

–Tras comprender que lo único que nos impide estar juntos es que tu familia es incapaz de aceptarme, he decidido intentar algo al respecto.

Laura, a su espalda, dejó escapar un gemido.

–Proactiva, como siempre... –dijo Aiden. Eso esperanzó a Tash– ...y demente, como siempre.

«Yo también me alegro de verte», pensó ella.

–Has llegado muy rápido –comentó Tash.

–Es sábado. Estaba trabajando en casa.

–Aiden vive en la calle de al lado –anunció Laura, sin que viniera a cuento–. La familia siempre ha sido importante para él. ¿Quieres un té, cariño? –le dijo a Aiden, melosa–. Natasha, ¿seguro que no puedo convencerte para que te quedes?

Crecer como hija de Eric Sinclair había enseñado a Tash cómo responder a una conducta pasivo-agresiva. Entrando en el juego.

–Si insistes... –la tuteó y esbozó una sonrisa forzada.

–Seguid, no dejéis que interrumpa vuestra conversación –Aiden miró a Tash.

Sus ojos gritaron «¿Qué haces aquí?». «Luchar por lo que quiero», respondieron los de ella.

–¿Cuánto has oído? –preguntó Tash.

–Le preguntabas a mi madre qué fue de su amistad con la tuya.

No era una respuesta auténtica. Eso significaba que podía haberlo oído todo, o nada.

–Ya sabéis cómo son las cosas –Laura agitó una mano elegante y apergaminada en el aire, antes de poner agua a hervir–. Esos años de la vida son muy dinámicos. Las amistades vienen y van.

–El primer diario de mi madre describe cuánto la entristeció que vuestra amistad se desvaneciera.

Laura la miró con ojos amargos que no tenían nada que ver con los que le ofrecía a Aiden. Tash notó que él captaba la diferencia en el reflejo de la placa metálica que protegía la pared.

–A Adele siempre se le dio bien encenderse y apagarse según le convenía.

–¿Todos los problemas entre vosotras fueron por Nathaniel?

–Cielos, ¡no hay duda de que has heredado su ego! –clamó Laura, aguda y sarcástica–. Como si una mujer tan deliciosa y fabulosa como Adele tuviera que ser amada por todo el mundo –dio un golpe en la encimera–. Tenía tantos fallos como cualquiera. Eric y ella se merecían el uno al otro.

–Mamá... –advirtió Aiden, con voz grave.

–¿En serio? –a Tash se le había revuelto el estómago–. ¿Se merecía noches en el hospital y ser golpeada con una guía telefónica para que no se notaran los cardenales? ¿Se merecía una investigación del forense cuando murió por las viejas lesiones que habían destrozado su cuerpo?

Las manos de Laura, que estaba poniendo las bolsitas de té en las tazas, empezaron a temblar. Consiguió levantar el hervidor y verter el agua a duras penas.

–¿Él la maltrataba? –preguntó con voz queda.

Tash asintió y Laura empezó a temblar. Aiden se acercó y le puso una mano en el hombro. Ese gesto de solidaridad la desmadejó aún más.

–No sabía que era tan grave –murmuró.

–¿Pero sabías que ocurría algo? –Tash tuvo que apretar los dientes para controlarse.

–Me lo dijo Eric –se estremeció–. Vi la cuenta de gastos de Nathaniel. Los costes legales. La compra de la casita. Obligué a Eric a hablar. Pero nunca me dijo por qué se había ido, solo que lo había abandonado. Supuse...

Tash entendió lo que quería decir. Laura había supuesto que era el primer paso de Nathaniel para volver con Adele.

–Nathaniel nos salvó la vida a las dos.

–Él habría hecho cualquier cosa por ella.

–Mamá...

–No, Aiden –lo miró dolorida–. Estoy cansada de todo esto. Es hora de que salga a la luz.

–¿Sin que papá esté aquí?

–Él lo sabe todo. Siempre lo ha sabido.

–¿El qué ha sabido?

–Adele no debería haber escuchado mis consejos, Natasha –le dijo a ella–. Eran egoístas.

–¿Qué quieres decir?

–Me dijo que Nathaniel la estaba presionando para consumar su relación Él me dijo que temía que Adele no quería intimar porque no lo amaba tanto como él a ella –rio con amargura–. Fue fácil manipularlos. Convencerlo a él de que tenía razón y a ella de que seguir resistiéndose era lo mejor.

–Los dos confiaban en ti.

–Por supuesto.

–¿Qué estás diciendo, mamá?

–Quería separarlos. Quería poner fin al interminable culebrón de amor entre Adele y Nathaniel, quería que él me viera como algo más que una amiga –contestó, mirando a Aiden.

–Provocaste su ruptura –musitó Tash.

–No lo digas como si fuera un pecado –siseó ella–. Aproveché la oportunidad. Sabía lo que quería y fui por ello. No compadeceré a Adele por esperar a que el mundo se lo diera todo. Ya tenía belleza, inteligencia y... –calló.

–¿Y a Nathaniel?

–El botín es para quien obtiene la victoria. Así son las cosas. La victoriosa fui yo.

–Hasta que dejaste de serlo –apuntó Tash–. Volvió con ella.

–Y luego regresó conmigo.

Aiden, con el rostro apenado, cerró los ojos y apretó el hombro de Laura.

–Él solo necesitaba tiempo. Una oportunidad para amarme.

–¿Y yo fui esa oportunidad? –preguntó Aiden.

–Era un buen hombre –dijo ella, temblorosa–. Solo necesitaba una razón para volver conmigo. Para librarse de la influencia de Adele.

Un embarazo era, sin duda, una buena razón.

–Atrapaste a Nathaniel –susurró Tash. Destrozando un montón de vidas de un golpe.

Aiden quitó la mano del hombro de su madre y se apoyó en la

encimera.

–No lo atrapé –alegó Laura–. Le di una razón.

Tash la miro fijamente. Vio a la mujer rota que necesitaba vivir rodeada de brillo y glamour.

–Llevo años culpándolo –musitó Aiden–. Convencido de que te había hecho mucho daño.

–Me lo hizo. Se acostó con ella.

–Estaba desesperado. Descubrió la brutalidad de mi padre y quiso salvarla, pero ella no permitió que te dejara. Así que él lo organizó todo de modo que Eric lo descubriera.

–No –los ojos de Laura destellaron bajo las lágrimas–. Ella se habría ido con él sin dudarlo.

–Aparece en su diario, y Nathaniel me lo confirmó. Ella quiso que volviera con su familia.

–¡No! –exclamó Laura con pánico.

–¿Por qué «no»? ¿Te duele pensar que era una buena persona? ¿Que la mujer a quien le robaste el amor de su vida no se merecía eso? ¿Que abandonaste a tu amiga y la pusiste en manos de un hombre que la maltrató durante años?

–¿Por qué está ella aquí? –gimió Laura, mirando a Aiden con expresión de pánico.

–Estoy aquí porque quiero oír la verdad –Tash se situó delante de ella y la miró a los ojos–. Estoy aquí porque sé lo que quiero y voy a ir por ello. Voy a aprovechar la oportunidad, como hiciste tú.

–¡Quieres a Aiden! –casi aulló Laura.

–Desde luego que sí.

A su espalda, Aiden se enderezó y salió de la cocina por la puerta que daba al porche.

–Parece que el sentimiento no es mutuo –clamó Laura, triunfal.

–Puede que tengas razón, pero solo lo aceptaré si me lo dice él. ¿No ha habido ya suficientes mentiras y falsedades en esta familia?

–¿No basta con que ella tuviera el corazón de Nathaniel? ¿Ahora tengo que darte el de Aiden?

–Puede que los corazones de los hombres Moore siempre fueran de mi familia por derecho –le devolvió Tash–. Tal vez el universo esté poniendo las cosas en su sitio, por fin.

–¡No! –el aullido de Laura era puro dolor.

–No lo quiero en exclusiva, Laura –Tash sentía lástima por esa mujer que había dejado que el miedo a la pérdida rigiera su vida–. No podría amar a un hombre que no adorase a su familia. Pero quiero mi oportunidad. Y no la dejaré pasar.

–Eres igual que ella ¿sabes? –murmuró Laura–. Adele tenía una percepción muy clara del bien y del mal. Yo lo sabía. A pesar de todo.

–Sabías que no lucharía por Nathaniel.

–Contaba con ello. Siento que la perdieras siendo tan joven. Dios se equivocó…

Tash transformó el odio que sentía por la débil mujer que había destrozado la vida de su madre en pena y comprensión. Quería dejar el pasado atrás.

–Gracias.

–Éramos amigas de verdad. Al principio. Espero que Adele lo supiera.

–Lo sabía –sin decir más, Tash se encaminó hacia la puerta del porche. Aiden estaba junto a la piscina. La voz ronca de Laura la detuvo.

–Yo lo convertí en el hombre que es. Un hombre que no confía en el amor.

–¿Por qué iba a confiar? –respondió Tash. Abrió la puerta y salió en su busca.

–¿Aiden? –llamó.

–¿Sospechabas la verdad? –preguntó él desde donde estaba.

–No tenía ni idea. Solo quería hablar con ella, intentar cambiar las cosas.

–¿Crees que mi padre sabe que se quedó embarazada a propósito?

–Sí. Siempre me ha parecido que estaba a punto de decir más. Pero nunca lo hizo.

–Ya. Siguió siendo un caballero con ella. ¿Crees que su relación tiene algún futuro?

–Tal vez haya llegado la hora de que piense en sí mismo –contestó Tash. Por lo que le había dicho Nathaniel, la brecha era ya insalvable.

–Se lo merece, no hay duda –Aiden buscó sus ojos, su alma. Ella agarró su mano–. Lo he juzgado mal durante años.

–Él lo entiende. Eres su hijo. La única persona a quien puede querer incondicionalmente. No va a renunciar a eso.

–También te quiere a ti.

–Porque le recuerdo a alguien –Tash sonrió.

–También te quiere por lo que eres. Me lo ha dicho. Hablarme de ti se ha convertido en su deporte favorito –miró hacia la casa–. Cuando ella me dijo que estabas aquí… Pensé que habías venido para presionarme.

–Parecías muy enfadado cuando llegaste.

–Tu persistencia me irritó tanto como me avergonzó tu coraje. Te atreviste a enfrentarte a mi familia. Sabiendo cómo reaccionaría ella. ¿Por qué lo hiciste?

–Llevo toda la vida cediendo el poder a otros. A mi padre. A Kyle. A ti, en cierta medida. Era hora de asumir el control.

–¿Entrando en la guarida del león?

–Sí. Tardaré en superar lo que ha dicho tu madre, pero no la juzgo. Ya lleva demasiados años viviendo con su conciencia.

–Eso es muy generoso de tu parte.

–Generoso no, inteligente –al ver que no la entendía, se explicó–. Quiero ser parte de tu vida.

–Tash…

–Tenías razón cuando dijiste que no estaría cómoda con tu familia. Es cierto. Pero estoy dispuesta a vivir incómodamente con ella. Por ti.

–Esa no es forma de vivir –interpuso él–. Piensa en mi padre.

–Haré lo posible por cambiar las cosas. Merece la pena soportar esa incomodidad por ti.

Aiden caminó hasta el otro extremo de la piscina y luego volvió a su lado.

–Gran parte de lo que soy se basa en la imagen que tenía de mi padre –masculló Aiden–. Vi y oí más de lo que ellos creían. Sabía lo que había hecho él. Creía saberlo –se corrigió–. Y eso condicionó mis relaciones. Aprendí que uno se hace vulnerable al dolor cuando entrega su corazón a otra persona.

–No es así para todo el mundo.

–Me pregunto si tu madre le dijo eso a mi padre alguna vez.

–Y yo qué habría ocurrido si hubieran sido sinceros el uno con el otro desde el principio.

–¿Crees que él habría actuado de otra forma cuando supo que mi madre estaba embarazada?

–No. Porque era y sigue siendo un hombre que se responsabiliza de sus acciones. Pero creo que no se habría acostado con ella.

–Entonces tú y yo no existiríamos. No nos habríamos conocido.

Ella se preguntó si él habría preferido eso. Si todo sería más fácil para los dos si nunca hubiera leído los diarios de su madre. Se dijo que lo fácil no necesariamente era mejor.

–Conocerte, estar contigo, supuso un cambio en mi vida. No me gusta cómo acabó, pero me alegro de que ocurriera –Tash fijó la vista en un pajarito que revoloteaba de arbusto en arbusto.

–Necesito que sepas algo, Tash– Aiden se aclaró la garganta–. Cuando nos acostamos juntos, no tenía ni idea de cómo iba a sentirme después.

No había dicho «hicimos el amor», que era como lo habría llamado ella.

–Estaba anonadado tras la reunión con mi padre. Anhelaba tu presencia, tu cuerpo –bajó los ojos–. Necesitaba distraerme de lo que acababa de saber. Te utilicé. Odio haber hecho eso.

–A mí tampoco me hace mucha gracia.

–Mi experiencia en cuanto a relaciones es limitada –admitió él. Ella

lo miró atónita.

–Leo los periódicos, Aiden. Y tengo Internet.

–No hablo de cantidad, sino de variedad. He tenido cientos de relaciones del mismo tipo. Rápidas, limitadas. Seguras. Eso no se lee en los periódicos –metió las manos en los bolsillos–. Eras una experiencia nueva para mí. Alguien que me retaba. Que podía ganarme. Que estaba dispuesta a ser irrespetuosa conmigo.

Empezó a pasear de un lado a otro mientras Tash lo miraba paralizada.

–En tu apartamento, vi lo nerviosa que te ponía atreverte a ser tú misma conmigo, sentí que el deseo me abrasaba, eso me abrumó.

–¿Y tus cientos de experiencias? –cuestionó ella, retomando la vieja desconfianza.

–No hablo de mi deseo de estar contigo. Hablo del deseo de cuidar de ti. De protegerte. Quería liberarte de las dudas que el imbécil de Jardine había plantado en tu mente y apalear a tu odioso padre por cómo te había tratado. Cuando me desperté a tu lado, supe que no quería despertarme junto a otra persona nunca más. Nunca. Fuiste valiente, salvaje y perfecta y eso... me aterró.

Tash sintió que la atenazaban las lágrimas.

–Cuando rompiste la estrella de mar, mi estrella de mar, comprendí lo que te había hecho. Había roto algo bello y frágil en mil pedazos. Con mi propia cobardía.

–No eres un cobarde, Aiden.

–Tú me lo demostraste, Tash. No estaba dispuesto a enfrentarme a mi familia por ti. A mi madre. Toda nuestra vida se ha basado en mantener el estatus quo, en hacerla feliz. Me educó para que fuera el hombre que quería que fuese mi padre. Complaciente, cariñoso y lleno de adoración por ella. De hecho, ha condicionado así a cuantos la rodean.

–Aiden, no...

–Habría matado a un hombre a golpes por ti, pero no me habría atrevido a llevarte a cenar a mi casa. ¿Qué clase de hombre hace algo así?

–Un hombre imperfecto. Un hombre humano.

–Un niño –rezongó él con desdén.

–Eras un niño cuando aprendiste a ser así. Tan controlado por tu madre como yo por mi padre.

–Es una manipuladora. Ahora me doy cuenta.

–También es tu madre. La única. Y todo lo que hizo por ti de niño sigue teniendo validez.

–Tú tienes más razones que nadie para odiar lo que ha hecho –dijo él, confuso.

–Ya basta de odio entre nuestras familias. Si yo puedo aceptarlo,

también tú. Su legado podría habernos herido a los dos. Pero lo detuvimos. No podemos cambiar el pasado, solo el presente –se situó de cara a él–. Dime, Aiden Moore, ¿qué hay del presente? Eso es lo que cuenta.

–No sé ni que hacer –admitió él.

–Yo tampoco.

–No tengo derecho a esperar nada de ti. Después de lo que hice.

–No. Pero sí a tener esperanza. Y puedes pedir –rodeó su cuello con los brazos–. Y yo puedo dar.

–¿Harías eso? –inquirió él rodeando su cintura.

–Sí. De hecho, creo que es hora de hacer otro trabajo para MooreCo.

–Aún no has terminado el primero.

–Este será especial. Algo con infinitas facetas y un potencial glorioso. Mi mejor obra.

–¿Qué será?

–Voy a crear una vida para nosotros. Y tú vas a ayudarme. Vas a afilar mis herramientas con tu percepción, alimentar el horno con tu pasión y protegerme de las llamas con tu amor. Lo exhibiremos en nuestro primer hogar.

Él se inclinó para besar el lóbulo de su oreja.

–Amor –murmuró–. ¿Es eso lo que siento? ¿Esta incapacidad de conciliar el sueño, la angustia que siento cuando pienso en lo que te dije? ¿El sudor febril que me invade cuando recuerdo la noche que pasamos juntos?

Una noche. Eso era lo que habían tenido su madre y Nathaniel. Por primera vez, Tash comprendió cómo una sola noche podía haber alimentado una pasión de más de veinte años.

–Sí, estúpido. Eso es amor.

–Pensé que tal vez fuera un brote de gripe.

–Estás demasiado guapo para tener gripe.

–Nunca se sabe.

–Te tomaré la temperatura –lo hizo, con labios, largo y tendido–. Vaya, estás algo caliente. Tal vez debería traerte algo de sopa.

–Solo si la compartimos. En la cama.

La besó de nuevo y a ella casi se le fue la cabeza. Tenía la sensación de estar unida a él de forma celular, con una intensidad que no había imaginado posible. Era como cuando fundía y fusionaba dos trozos de cristal con el soplete. Siempre que se unían dos piezas diferentes surgía algo nuevo. Algo arriesgado y bello.

Una obra de arte.

–Si esto es amor –susurró Aiden contra sus labios–. No quiero curarme nunca.

–¿Y tu madre?

–Tendrá que aprender a vivir con ello.

Ella sintió ese cosquilleo que asociaba con la aprobación del espíritu de su madre

–¿Y tu padre? –preguntó, pensando en Adele.

–Tengo mucho que compensarle. Pero querrá ser él quien te entregue en nuestra boda. Y quien te dé la bienvenida a la familia Moore.

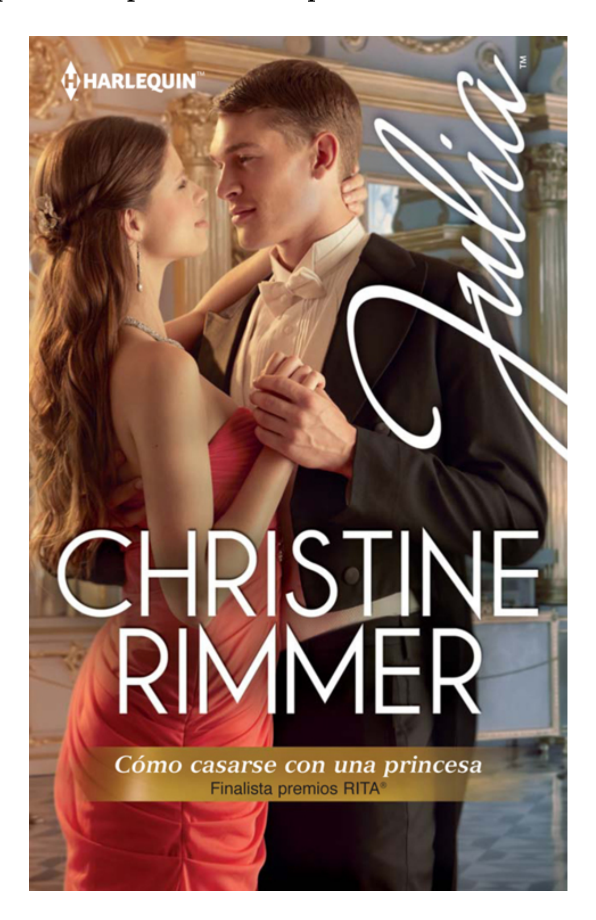
–¿Va a haber boda? –lo miró boquiabierta.

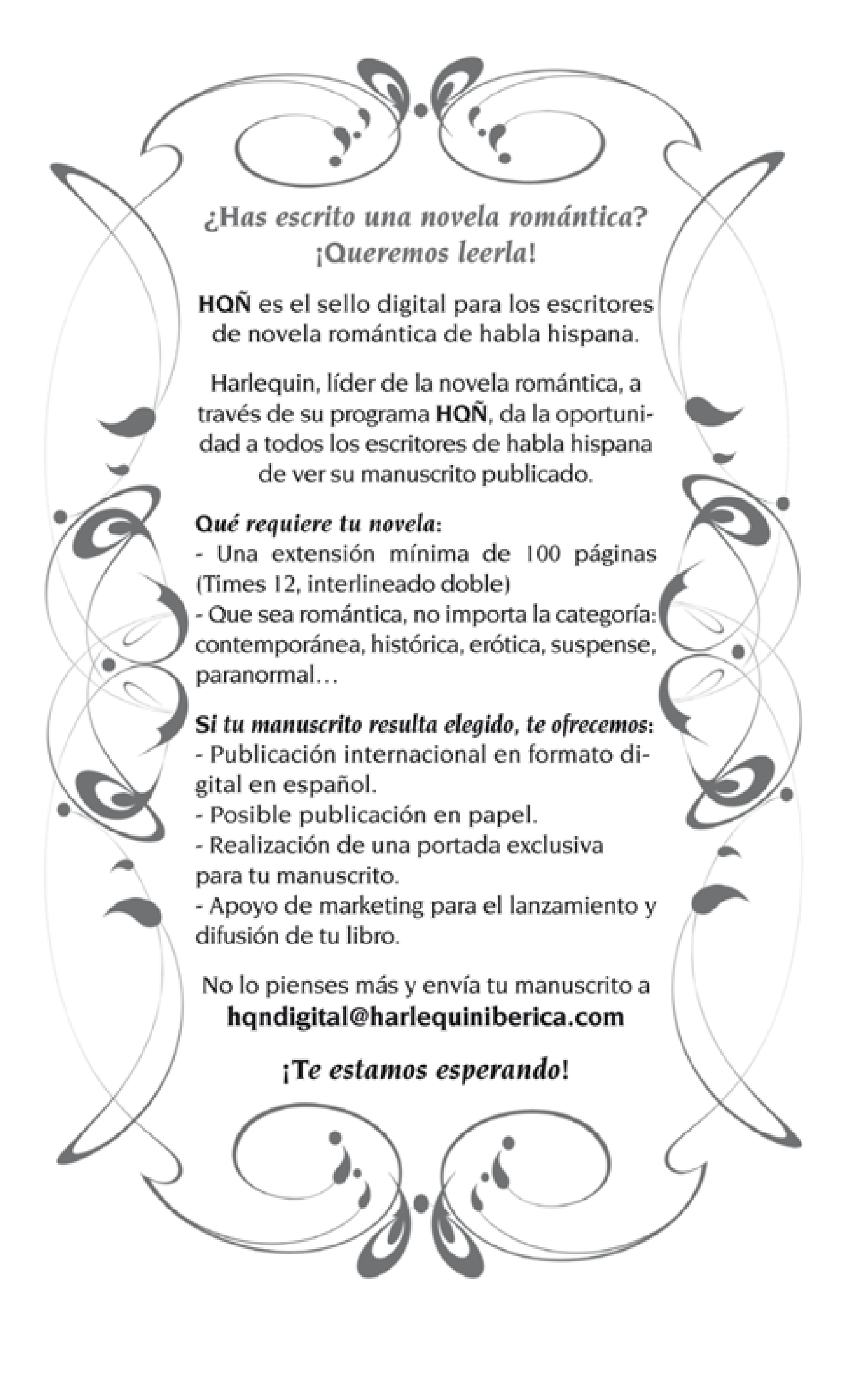
–En algún momento. No esta semana. Necesito ver el boceto de esa obra que crearás para MooreCo. Comprobar si eres la artista adecuada para nuestra vida en común. Podrías no serlo.

–Aiden Moore, eres el más arrogante...

No dijo más, porque los bellos y arrogantes labios le robaron las palabras y el aliento.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.




¿Has escrito una novela romántica?
¡Queremos leerla!
HQÑ es el sello digital para los escritores de novela romántica de habla hispana.
Harlequin, líder de la novela romántica, a través de su programa HQÑ, da la oportunidad a todos los escritores de habla hispana de ver su manuscrito publicado.
Qué requiere tu novela:
- Una extensión mínima de 100 páginas (Times 12, interlineado doble)
- Que sea romántica, no importa la categoría: contemporánea, histórica, erótica, suspense, paranormal…
Si tu manuscrito resulta elegido, te ofrecemos:
- Publicación internacional en formato digital en español.
- Posible publicación en papel.
- Realización de una portada exclusiva para tu manuscrito.
- Apoyo de marketing para el lanzamiento y difusión de tu libro.
No lo pienses más y envía tu manuscrito a
hqndigital@harlequiniberica.com
¡Te estamos esperando!